Heriberto Moreno García

Jalisco, esta tierra

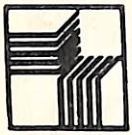
Heriberto Moreno García

Jalisco, Esta Tierra

CENTRO DE INVESTIGACIONES TURISTICAS
FAC. DE TURISMO UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Gobierno de Jalisco
Secretaria General
Unidad Editorial
Guadalajara, Jalisco
México 1982

UNED



Colección
Ensayo e Investigación

Serie:
Testimonios N.° 1

Primera Edición 1982
D.R. © Gobierno del Estado de Jalisco
Secretaría General de Gobierno, Unidad Editorial
1er. Piso del Edificio "C", Unidad Administrativa Estatal.
Apartado Postal 2-324, Guadalajara, Jalisco, México.
Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico
Portada: Jesús H. Guillén / Alejandro Servín

ISBN 968–832–069–2

INDICE

UNIDAD I

Tierra y Hombre: la vida de Jalisco 11

Muchas regiones distintas y un solo Jalisco Verdadero 11
Entre la sierra y la costa 16
De las sierras y declives a las llanuras salitrosas 19
Ahora, en el Centro 23
Esos Altos de Jalisco... ¡qué bonitos! 28
El Norte y sus cañones 33

UNIDAD II

Nuestro maravilloso original mundo indígena 39

El hombre empieza a transformar esta tierra 39
Subiendo los peldaños del primer desarrollo 42
Tras la luz del oriente, nubarrones de conquista 48
Hombres barbudos, armados de hierro, dominan la tierra 51
El trabajo de sus hombres y sus alimentos 55
Los vestidos, las casas y mercados 57
La gente era fuerte, la familia, grande 59
La sociedad tenía niveles y desniveles 61
Y una sencilla armazón política 63
Para hacer la guerra o vivir en paz 65
Su lengua, ciencias y artes eran variadas 67

Su religión demasiado distinta para permitirla 69

UNIDAD III

La vida neogallega bajo el dominio español 73

Las conquistas amplían la tierra y el mar 73
La Nueva Galicia nace entre batallas 77
El dominio de los españoles arraiga en Occidente 79
Un recorrido por las tierras neogallegas 82
Una nueva agricultura para españoles e indios 85
Ganaderos, comerciantes y mineros acarrean riqueza 89
Una organización para el trabajo del indio y el mando del español 91
Mientras los españoles pleitean, los indios se rebelan 93
El mundo del obispo, los curas y los frailes 95
Y el mundillo de los laicos, sus fiestas y devociones 98
Todo concurre a formar el alma y la cultura neogallega 100
El español luce en las letras; el indio, en las artes 101
En el siglo XVIII aumentaron la gente y los bienes... 104
Y crecieron las ansias de autonomía 108

UNIDAD IV

En busca de la integración nacional 111

Del sometimiento a la lucha por la Independencia 111
La consumación de la Independencia 113
Treinta y tres años de innumerables problemas 115
La Reforma Liberal y la Guerra de Tres Años 119
Jalisco en la prueba más difícil del nacionalismo 121
La "Paz porfiriana" se adueña de los estados 124
De la revolución de Madero a la Revolución Mexicana 129
Ahora la revolución la hará el gobierno 132
Para muchos la revolución comenzaba en 1934 134
De la revolución también brotaban flores y cantos 136
Y cuajaban todos los frutos de las ciencias y las artes 140

UNIDAD V

Los bienes materiales de la sociedad jalisciense 143

La agricultura jalisciense 143
La ganadería en Jalisco
Silvicultura, caza y pesca 151
La minería y los energéticos 155
La industria y las artesanías jaliscienses 159
Las comunicaciones y transportes 164
El comercio, la banca y el turismo 168

UNIDAD VI

Los recursos humanos de la sociedad jalisciense 173

Cuántos, qué somos, qué tenemos los jaliscienses 173
Los que estamos, los que llegan y los que se van 175
La familia en la nueva sociedad jalisciense 177
La sociedad de la propiedad agrícola 179
La sociedad de la propiedad industrial 180
Las relaciones entre propietarios y no propietarios 182
La gente se asocia para trabajar 184
Los jaliscienses también se agrupan para rezar y creer 186
Los jaliscienses van a la escuela 187
¿Qué hay de nuevo en educación en Jalisco? 189
El inquieto y cerebral mundo de los universitarios 192
La pasión social por el deporte

UNIDAD VII

La vida ciudadana y cultural de los jaliscienses 197

La política y los jaliscienses 197
La vida libre de los municipios 199
Los cuatro últimos gobiernos jaliscienses 200
Por la planeación y el desarrollo cultural 202
Por la salud y la seguridad social 204
Por la ciencia, la técnica y el saber 206
Por las letras y las artes 208
La religión de cada día y de cada quien 211
Fiestas y diversiones pa' todo el año 212
De Jalisco para todo México, con mariachis 215
Bibliografía 217

UNIDAD I

TIERRA Y HOMBRE: LA VIDA DE JALISCO

Muchas regiones distintas y un solo Jalisco verdadero

Jalisco se halla en el occidente del País; precisamente, donde se empieza a entallar la tierra mexicana para tomar forma de sirena en las espumas del Golfo de México y el Océano Pacífico. Remarca y refuerza la cintura continental la apretadera del Eje Volcánico; áspero cinturón de montañas que, enjoyado de bosques, nieves perpetuas, ríos, lagos, llanuras y barrancas, corre desde Veracruz hasta Cabo Corrientes; esto es, desde la Sierra Madre Oriental a la Occidental.

En las sierras, verde

¿Has pensado alguna vez que las sierras son como la madre de la vida en la tierra? En ellas travesean atmósfera, hidrósfera y litósfera, estimuladas por las alzas y las bajas de la temperatura. De ellas depende la variedad de los climas; la abundancia o escasez de lluvia; la calidad de los suelos; las actividades y trabajos del hombre, el asiento de las poblaciones y sus caminos, y hasta la salud, la alegría y la inspiración artística. De tal manera, que una región sin sierras solo podrá desarrollar su vida si tiene ríos. De lo contrario, la vence el desierto.

Extiende tu vista sobre cualquier rincón de nuestro Estado y lo comprobarás.

Las sierras en Jalisco son de enorme importancia. Llegan del oriente. El Eje Volcánico penetra a Jalisco por Mazamitla; ahí comienza a enarcar

su espinazo la sierra del Tigre. La Sierra Madre del Sur entra por Pihuamo. De las estribaciones de ambas fluyen arroyos y ríos sobre la boca sedienta de la tierra caliente michoacana o sobre los sofocantes valles colimenses. La Sierra Madre del Sur remata estupendamente en el macizo de los Volcanes. Nieve y fuego, por encima de precipicios, declives y llanadas, coronan la gradación de todos los verdes.

El mundo se deshace, al norte, con la cadena serrana de Tapalpa y Quila, que en sus vertientes del oeste originan los alimentadores del río Armería. En cambio, por el este, bajan de nivel hasta la depresión lacustre de las salitrosas playas sayultecas. Otra cordillera arranca de los Volcanes hacia el noroeste y, desde lejos, juega parejeras con lã costa. Es aún la Sierra Madre del Sur, que con las de Perote, Autlán, Cacoma y Cuale, eleva la porción media de Jalisco. Las del Parnaso y San Sebastián apuntan a Nayarit. Los caudales de sus ríos fertilizan la llanura de Purificación y los valles de La Huerta y Tomatlán. Para marcar el límite nayarita, se arremolinan las aguas del Ameca y el Mascota; no sin antes luchar por partir la sierra.

Los últimos escalones del Eje Volcánico se hunden en el mar, en Cabo Corrientes; frente a la fosa del Pacífico de unos 5 mil metros de profundidad, se suma a la fatidica de San Andrés. En cambio, desde el Parnaso y San sebastián, con rumbo norte, empezará a agigantarse la Sierra Madre Occidental sobre los lomos y crestas de La Yesca, Bolaños y los Huicholes.

Sigue para Nayarit y Durango. Sus cañadas y cañones son imponentes.

Como podrás observar, las sierras jalisciense que hemos considerado, configuran muchas y distintas regiones: la Costa, los Declives internos y externos, las Depresiones salitrosas, los Cañones insuperables. También les condicionan sus climas: para la Costa, el tropical; para sus Declives, el subtropical; para las Tierras Serranas y los Declives del interior, el frío.

En lo demás, amarillento

Pasemos ahora al otro Jalisco; al de las escasas sierras, amplios llanos y parajes altos. Ahí son los ríos que viajan de lejanas tierras y que antes de reemprender su camino al mar, escarban hondas barrancas. Ahí son los lagos y lagunas, restos de una remota era diluvial, que sobreviven en contra de los arrastres de tierra y pedruzcos acarreados por el aire y el agua a las llanuras de terrenos cafés, ocres y amarillentos. Es el caso del conjunto fluvial-lacustre del Lerma-Chapala-Santiago. Sus primeras beneficiarias son la Ciénega y la ribera de Chapala. Esta, sobre todo, se protege además de los ataques meteorológicos del norte por la sierra del Tecuán; y de los del sur, por la de García. Su vida es agradabilísima, dentro de un clima subtropical de altura.

En la porción central, las modestas serranías de Tlajomulco y Tesistán y los cerros de Tonalá, El Cuatro, El Colli, Tala y Tequila, son las vértebras de un panorama que, en colinas, avanza hasta donde se lo permiten las barrancas de La Experiencia, Ibarra y Huentitán. En cambio, por un hueco que deja la sierra de Ameca, de Cocula al sur, un corredor natural y tranquilo nos pone de nuevo en la cuenca lagunera de San Marcos, Zacoalco y Sayula. Conforme nos aproximamos a sus playas, queda atrás el clima templado del centro y del valle de Atemajac y se nos echan encima los rigores del semidesierto. Aquí llueve en verano, como en todo Jalisco, pero en cantidad bastante menor que en las zonas aledañas. Cuando sucede lo inesperado, acostumbramos decir: "Hasta que llovió en Sayula".

Volvamos al río típicamente jalisciense, el Santiago. Es un río chiqueado; río favorito. Se le llamó "El Grande". Su padre es el Lerma; su madre, la laguna de Chapala. Grande, pues, tenía que nacer. Apenas da sus primeros pasos, ya recibe el regalo del Zula. Luego, el del Verde que corre hacia él para ofrendarle toda el agua de Los Altos y Aguascalientes. El Juchipila le brinda los líquidos de Zacatecas. También desde allá y desde Colotlán, entre profundos cañones, el Bolaños le entrega su tributo. Por la izquierda recoge la propina del riachuelo de San Juan de Dios, como un agradecimiento del valle de Atemajac.

Y como los ríos, también las gentes van a él. Todos quieren verlo cómo salta en Juanacatlán y cómo se ahonda en las Barrancas, antes que se despida, como todo un río maduro y ansioso por correr mundo, para su viaje de Nayarit. Todos lo queremos, como queremos los linderos de nuestra casa o nuestro campo. Es el lindero que tantos jaliscienses deben atravesar para ir al centro, al norte o al noroeste del País.

Dejando abajo el río Santiago, se nos presentan sobre la abrupta cuesta que sube de Atotonilco a Arandas, Los Altos. La Altiplanicie de llanuras y valles. La Meseta de colinas y lomeríos ondulados; de planadas cortadas, casi siempre, por pequeñas barrancas. Sus aguas corrientes no son muchas. Las más van al Verde, separador de la Caxcana y de Los Altos. Aquélla complica su orografía con las quebradas y cañadas de la sierra de Mexticacán. Esta amplía sus terrenos sinuosos entre las sierras de Jesús María, Los Altos, Comanja, Teocaltiche y Encarnación de Díaz.

Con la altura, la resequedad aumenta hacia Aguascalientes y Zacatecas. En cambio, al oriente y al pie del peralte de la Meseta Alteña, abre sus perspectivas agrícolas El Bajío guanajuatense. Casi toda la Meseta goza de clima templado. No así el extremo noreste, donde ya se siente el frío seco zacatecano.

La "X" de Xalisco

Sobre este conjunto de regiones tan numerosas como distintas, se distiende la superficie del estado de Jalisco. Su forma es muy irregular. Parecería la "X" con que nuestros antepasados escribían *Xalisco*. Sus dos aspas cubren desde el mar hasta Ojuelos, y desde Pihuamo hasta Huejuquilla. La "X" da lugar a que por sus cuatro flancos se le introduzcan Zacatecas, Michoacán, Colima y Nayarit; a la vez que se ensambla, por el norte, con Durango, Zacatecas y Aguascalientes; por el este, con San Luis Potosí, Guanajuato y Michoacán; por el sur, con Colima; por el oeste, con el Océano Pacífico y Nayarit.

Como la "X", Jalisco es un punto en cruz. Su posición, sus ríos, sierras y planes lo convierten en región intermedia; en paso insalvable entre el centro y el noroeste del País; y, en muchos casos, también del norte. Pocos estados costeros se embrazan con tantas entidades vecinas como Jalisco. De los mediterraneos, solo los estados de México y San Luis Potosí igualan su colindancia con otros ocho.

Todo; su ubicación, su estructura geográfica, su forma, hacen de Jalisco un Estado que sale al encuentro de los demás y que invita a pasar a él y por él. Sus caminos de tierra lo conectan con todo México. Sus caminos de mar lo proyectan al Pacífico, océano mundial. Sus caminos de aire lo acercan a todos los pueblos y naciones.

La "X" jalisciense tiene una superficie de 80,137 Km.^{2}. Después de los estados enormes de Chihuahua, Sonora, Coahuila, Durango y Oaxaca, que juntos cubren el 40.60% de la nación, viene a continuación Jalisco. Desde su sexto lugar, encabeza la lista de los estados *grandes* de Tamaulipas, Zacatecas, Chiapas, Baja California Norte y Sur, Veracruz, Nuevo León, Guerrero, San Luis Potosí y Michoacán, integrando con ellos el 39.47% del total mexicano. Queda muy por encima de los estados *medianos* de Sinaloa, Campeche, Quintana Roo, Puebla, Yucatán, Nayarit, Guanajuato, Tabasco, México, Hidalgo y Querétaro, que representan el 18.84%. Para los estados *chiquitos* de Aguascalientes, Colima, Morelos, Tlaxcala y el Distrito Federal que alcanzan el 1.09%, la superficie de la "X", equivalente a un 4.07% de la totalidad, resultaría gigantesca.

En cambio, si repartiéramos los 4.548,910 jaliscienses en toda la superficie de la "X", veríamos que los estados *medianos* de Guanajuato, Hidalgo, México, Puebla y Querétaro, y los *chiquitos* de Aguascalientes, Colima, Morelos y Tlaxcala y el congestionado Distrito Federal cuentan con una mayor densidad de población. Entre los *grandes*, también en esto lo supera Veracruz; pero ninguno de los *enormes*.

Pero, ¿qué relaciones hay entre esos 4 millones y medio de jaliscienses y sus regiones y su nación? ¿Qué hacen para integrar sus muchas y distintas regiones en un solo Jalisco y un solo México verdaderos?

ENTRE LA SIERRA Y LA COSTA

Hace 25 años, la Costa no era más que los pies de Jalisco que daban al mar, acariciados por las aguas mansas de Melaque, Tenacatita, Chamela y Los Muertos o azotados por los tumbos de las olas bravas de Tecualmixtle y Cabo Corrientes.

Mundo y Costa

Un litoral de 350 kilómetros, frente al cual se agitan 226 mil hectáreas de aguas continentales y 129,640 Km.^{2} de mar patrimonial, como el fluido vestido verdiazul de los 3,772 Km.^{2} de la reducida plataforma continental. El Jalisco abismal de pies plantados a los 5 mil metros de profundidad de la falla Clarión. El Jalisco mudo del pez dorado, el pargo, la raya, el jurel, el tiburón y la tortuga. Por encima de él, el Jalisco estruendoso de los acantilados y el susurrador de los palmares. El de mangles y candelones sostenidos en el aire por sus raíces para librarse de los esteros fangosos y tapizados de verdolagas de agua. La marisma de íbices, espátulas, gallaretas, patos y garzas. La vastedad para martín pescador, la gaviota, el albatros, el alcatraz y el ave de las tempestades.

De la Costa para arriba, la selva tropical de amates con raíces fantasmales, enlazados de lianas y tocados de musgos y orquídeas. Y más allá, las elegantes acacias y ceibas y las masas densas de los capomos. Mundo verde, oscuro y solemne del pecarí, el tigrillo, la onza, el puma, el jaguar y el caimán. Nidal del amarillento cincuate, el coralillo de cinto negro, amarillo y rojo, la nauyaca barbiamarilla, el negro cantil punteado de blanco; mortíferos a cual más. En sitios secós y pedregosos, manchado de amarillo y negro y cargado de veneno, el horroroso escorpión, mal pariente de las verdes iguanas de ojos de sangre, que prefieren el boscaje.

En las tierras altas, furtivas comadrejas, zorras astutas, apestosos zorrillos, observadores tejones, coyotes ululantes, esquivos venados cola blanca, liebres y conejos vagabundos e inquietas ardillas. En el día cruzan los aires gavilanes, aguilillas, tordos, urracas, cuervos negros y azules, pájaros carpinteros, cenzontles, clarines, gorriones, calandrias, palomas y güilotas. Durante la noche hacen su ronda el gran duque, el tecolote y la lechuza, y se encienden las luciérnagas.

Hombre y Costa

En ese Jalisco con manto de tierra negra y gris, en los valles costeros, el hombre, en lucha abierta contra el clima excesivamente cálido, húmedo, malsano y plagado de zancudos, jejenes, niguas, pinolillos, conchudos y alacranes, alterna con los bosques de caoba, rosamorada, granadillo, linaloe, tampecirán, ceiba y cedro, sus limoneros, palmeras, cocoteros, piñoneros, chicales, platanales, tabacales y maizales. En cambio, en los suelos rojos y cafés encarnados de las tierras elevadas, los pastos altos y nutrientes, junto con las gruesas y cerosas hojas del capomo, generan en el escaso ganado buenas carnes y pieles lustrosas. La ganadería era de ramoneo. Las reses creaban sus rutas hasta dar con su alimento. Los vampiros las atormentaban. Fueron las reses las primeras colonizadoras de la Costa; pues, agostada por ellas una zona, podía después el hombre abrir los terrenos. Pocos eran los ganados estabulados, frente a los que dependían de las limitaciones de los aguaceros y los aguajes. Asimismo, agricultura y horticultura quedaban al amparo del temporal de lluvias. Plantas y arbustos crecían entre la maleza y los zacatonales. Las nubes y la exhuberancia de la tierra suplían las fallas del cultivo.

Imposible soñar con un riego sistemático. El caudal de los ríos, cortos y broncos, como el Cuale, el Quiniste y el China de Bahía de Banderas, y el Tuito, Tomatlán, San Nicolás, Purificación y Cihuatlán, entre Cabo Corrientes y Colima, salía al mar; menos el que iba a aumentar los pantanos. También al mar, en los fondeaderos de Tomatlán y Chamela, pero más en Puerto Vallarta y Barra de Navidad, salía con rumbo a otros puertos mexicanos o estadounidenses; aceite de coco, chicle, madera fina, plátano y algo de maíz, frijol, arroz, ajonjolí, tabaco, garbanzo y cacahuate. La pesca, primitiva y desarmada en la lucha contra las fuerzas desconocidas del mar y los vientos, daba para comer y ya.

La Costa más parecía una "isla" que, aunque pegada materialmente al suelo jalisciense, estaba separada de él por las sierras. Una brecha indomable hasta para las mulas, bajaba de Mascota a Vallarta. Otra curveaba de Barra de Navidad a Chamela. No pasaban entonces de pobres pueblos El Tuito, Tomatlán, Cihuatlán, La Huerta, La Resolana, Cuautitlán y Purificación. Se podía decir que aquel Jalisco, donde el ritmo de las estaciones solo oscilaba entre "las aguas" y "las secas", no había mejorado ni empeorado en siglos. Tal vez si regresaran del seno del tiempo los expedicionarios que en 1564 zarparon de Navidad para conquistar las Filipinas; o si volvieran a anidar en Chamela y Teopa los corsarios y piratas extranjeros, azote del galeón de Manila, la Costa les parecería la misma.

El tiempo vacío de acontecimientos

Para la historia campanuda que se hincha con los chismes de las ciudades, con las cabriolas de los políticos, con las matanzas de los héroes de la guerra, con los números y nombres de la producción económica, cultural y artística, la costa jalisciense,hasta septiembre de 1953, no pasaría de ser más que una entidad geográfica con un tiempo vacío de acontecimientos conmemorativos. En efecto; se sabe que algún grupo prehistórico dejó en ella concheros, como señal de su paso y de su dieta marisquera. Los pocos españoles que por ella se aventuraron a vivir de los cacaotales, pronto desistieron. Los funcionarios coloniales no hacían más que guardar el campo, remitir algún informe, dar el grito de alerta contra los piratas o avisar del paso hacia Acapulco de la nao de China. Se independizo de España, sin saberlo ni buscarlo; fue cosa de toda la nación. Quedó incorporada al Estado Libre de Xalisco por la misma razón que antes fuera del Reino de Nueva Galicia. Luchas y guerras entre federalistas y centralistas y entre liberales y conservadores la dejaron impasible. No sufrió ni la invasión yanqui ni la intervención francesa. Como no tenía indios que exterminar ni tierras que robar, el porfirismo se olvidó de ella. No siendo punto estratégico ni neurálgico, las revoluciones de 1910 en adelante no la revolucionaron.

Parecía que todo se había conjuntado para ignorar a la gente de la costa y sus recursos; a pesar de que todo mundo sabía, al menos de oídas, de su fortuna y potencial. Cuando en 1953, se creó la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco, fue como si toda la Familia Jalisciense acabara de enterarse que tenía un hermano rico en un remoto lugar.

Un tiempo repleto de sucesos

El nombre de la Comisión, la CPCJ, lo decía todo. Malo que se hubiera llamado Comisión de Explotación del Hermano Rico. Planeación, estudio, enfrentamiento y solución de *sus* problemas. Dirección, desarrollo e integración de *sus* recursos. No la costa en bien del *otro* Jalisco; sino el bien para la Costa del verdadero Jalisco. Aún más, del verdadero México. Gobierno estatal y federal se coordinaron. No se podía acabar con aquel aislamiento, si no se planeaba cómo hermanar la Costa con las demás regiones. Se actuó con inteligencia, entusiasmo y generosidad por parte de todos los sectores, sabiendo que una región por rica que parezca no es nada, si no entra al toma y daca con las demás.

Con los medios y técnicas más avanzados de la geodesia, la fotogra-

metría, la cartografía, la agrología y la geología, como nunca se había hecho antes en México, se estudió la Costa. Los trabajos de 1954 a 1958 permitieron inventariar sus recursos agrícolas, ganaderos y forestales y la calidad, distribución, localización y extensión de sus diferentes clases de suelos. El reconocimiento geológico reveló los yacimientos de metales preciosos e industriales. Se comprobó una mayor densidad de población en Vallarta y Navidad, que obligaba a remodelarlas. Entre los dos puertos se marcaron las cotas de una carretera y sus puentes, que cerrara el triángulo con Guadalajara, vía Autlán y vía Tepic.

Puerto Vallarta incrementó su frijol, maíz, ajonjolí, tabaco, plátano y coco. Encoquetó sus callecitas empedradas; intensificó sus artesanías, levantó hoteles y convocó a turistas, que acudían deseosos de gozar en las playas de Las Gatas y Mismaloya el embrujo virgen y seductor que difundio por el mundo y por México el film *La noche de la iguana.*

En San Sebastián se plantaron cafetos a la sombra de los pinos. Se potenciaron los maíces de Mascota y Tequesquitlán. Cihuatlán se dio más al coco de agua, el plátano, los cítricos y el maíz. La Huerta y Casimiro Castillo, antes La Resolana, se escogieron para plantíos de pastos buffel, pará y guinea. En el norte se seguirían utilizando las hojas del nutritivo capomo.

Al norte del río San Nicolás se localizaron los metales preciosos. Mercurio en Mascota; oro y plata, entre Vallarta, Cabo Corrientes, Talpa y San Sebastián. Al sur, los metales industriales. Hierro en La Huerta. Cobre de alta concentración entre Cuautitlán, Tequesquitlán, Autlán y Ayutla. Manganeso en Autlán. Cal y otros metaloides en varios sitios. Hasta Talpa, dentro de su mística religiosa, rejuveneció con sus cestas, adornos y vírgenes de chilte.

Para 1967 la realidad de la Costa era innegable. En las VIII Jornadas de la Alianza para el Progreso, celebradas ese año en Guadalajara, la Costa fue una de las piezas fundamentales en el Plan para el Desarrollo Integral de Jalisco. En 1971, el Departamento de Economía del Estado, designó a la Costa como la Zona 4, formada de 14 municipios, en torno a Cihuatlán, Tomatlán, Vallarta y Mixtlán.

En abril de 1977 se decretó la extinción de la CPCJ, tras de cumplir su ventajoso cometido de incrementar y hermanar la Costa al Jalisco de todos.

De las sierras y declives a las llanuras salitrosas

El terreno

Para bautizar y caracterizar la extensa comarca que estamos por recorrer,

nada mejor que apellidarla El Gran Contraste del Sur. Sobre los horizontes, a la altura de las nubes, se yerguen las cabezas y crestas de las serranías con sus cabelleras tupidas de bosques perennes. De todas ellas, hacia abajo, las caras de los declives o se arrugan con valles cruzados o se reclinan suavemente sobre las llanuras hundidas.

Los valles colgados son fértiles y los ríos cantadores mantienen la vida de las tierras. Las llanuras, en cambio, dan cabida al espejo de lagos salobres que mueren en tiempo de secas, heredándole al paisaje un fondo gris de tequesquite.

La Sierra Madre del Sur y la de Quila, seguida por la de Tapalpa, que levantan y encrespan toda la superficie desde Guachinango a Tonila, encierran los valles de Atenguillo, Tenamaxtlán, Chiquilistlán, Tapalpa, San Gabriel y Autlán. Ahí, después del nevado de Colima y el volcán de Fuego, las cumbres más altas son las del cerro de La Tetilla y El Huehuentón. Por el lado oriental, entre las sierras de Quila, Tapalpa, El Tigre, Mazamitla, Pihuamo y el puño apretado que simulan los volcanes, se abren los valles de Cocula y Ameca y las llanuras de Zacoalco, Sayula, Ciudad Guzmán y Tuxpan. En el extremo sur, el panorama se desliza sobre un espinoso plano inclinado que prolonga fuera de Jalisco, por las cuencas del Tuxpan y del Tepalcatepec, las pendientes de las sierras.

Las plantas y los animales

Las tierras altas se arrullan con el silbar de los pinares. Sobre Atengo se mece el pino hayarín. Por Tenamaxtlán y Juanacatlán priva el pino chino. La sierra de Tapalpa, encima de Sayula, lleva pinos amarillos. Tecalitlán se distingue por sus ocotes escobetones; así como también las sierras del Tigre, Mazamitla y Pihuamo. No es raro que a menores altitudes se hermanen el pino avellano, el blanco y el barba caída con los encinos laurel, rojo, amarillo y rosillo; mientras que en las quebradas, sobre la multitud de los arbustos, helechos, epífitas y plantas trepadoras, se vuelven gigantes el abedul, el avellano, la mora de la sierra, el junco serrano y el palo barranco. Nueva variedad ofrecen a la vista y al olfato las laderas protegidas de las barrancas y cubiertas de oyameles, pinabetes y abetos. Manchas de zacatonales van desde estos bosques hasta las cimas arenosas, para quedar como única población vegetal ya muy cerca de la nieve de los Volcanes.

Por su parte, la depresión de los ríos Tuxcacuesco,Ayuquilla y Armería y las riberas del Tepalcatepec y algo las del Tuxpan, se erizan con bosques espinosos de palo dulce, dotado de flores melifluas y astillas medicinales. A su vez, las "playas" de Zacoalco y Sayula crían mezquites de madera dura

y durable. No es raro descubrir sobre los matorrales los pochotes con sus bolas y púas; los espinudos tepamos con cabezuelas de flores anaranjadas; los tepames de pinchos torcidos como cuerno y los punzantes huizaches chinos. Y en las pendientes que dan a la Costa, los cazahuates blancos de agudas hojas, los pubescentes y venenosos palolobos, los hirsutos raspaviejos y los nanches con su ácida frutilla café rojiza.

Variado y sugestivo jardín botánico convertido en zoológico natural que brinda alojamiento, además de los animales costeros que con frecuencia alcanzan las alturas, al higiénico mapache, al receloso huinduri pinteado, al desconfiado mojocuán, al impolítico lobo y a toda la parentela de los jaguares, onzas, leoncillos, tigrillos, pumas, gatos monteses y leones mexicanos. Parque de silencios rotos por los escándalos de la locuaz chachalaca; por el gorgoreo del guajolote de cerro, por el zureo de las palomas, torcazas, perdices, codornices y conguitas; por el sobresalto que se desata entre conejos, liebres, ardillas, tuzas, ratas de campo, tordos, güilotas, toritos y citos por la peligrosa presencia de las aguillillas, gavilanes y zorras; por el rebramo de los venados que bajan a las aguadas; y en las noches, por el aullido profundo de los coyotes.

El tiempo de la naturaleza

Aseguran los geólogos, sabios conocedores de las entrañas de la Tierra, que en la Era Secundaria, hace no menos de 70 millones de años, un gran brazo de mar se extendía desde el sur y centro de Jalisco hasta El Bajío guanajuatense. La furiosa actividad volcánica de la Era Terciaria arrojó incontenibles corrientes de lava sobre aquellos fondos marinos hasta hacer desaparecer las aguas. Empezaron a formarse ahí nuevas tierras y a levantarse encrespadas sierras sobre cuencas cerradas. Después de otras millonadas de años, ocurrió una época de fuertes aguaceros entre la Era Terciaria y la Cuaternaria, que remodelaron y arredondearon los cerros. Las depresiones se llenaron de agua, a la vez que los arrastres de la erosión depositaban arenas, guijarros y piedras en los planes.

Como compensación a las sierras enalzadas, se produjeron hundimientos y fracturas imponentes. Fue entonces cuando se hundió Chapala y se convirtió en vaso lacustre. Otro tanto sucedió en la región de Sayula y Zacoalco que, a diferencia de aquel, rellenado por el río Lerma y desaguado por el Santiago, quedó sin drenaje. Las sales suspendidas en sus aguas se asentaron y concentraron, al mismo tiempo que las lluvias seguían trayéndole arenas y arcillas. A lo largo de milenios, la depresión sayulteca ha acabado por terraplenarse más y más, permitiéndose solo acaparar en

tiempo de lluvias un delgado manto de agua salobre que no sube más de un metro de profundidad y que se evapora en las secas.

Aceptando las mismas enseñanzas de los geólogos, podemos explicarnos algo más de este Gran Contraste del Sur; pues, mientras el esqueleto de granito de las sierras que corren de Tecalitlán a Mascota y la estructura de basalto de las de Pihuamo, Mazamitla y El Tigre esconden bajo su superficie abundante en humus los ricos minerales; en cambio, el subsuelo de la hondonada de Sayula, Zacoalco, San Marcos y Tizapanito guarda potentes estratos de sal que, por efecto de la humedad, se rezuma a la superficie desecada en forma de tequesquite o salitre.

El tiempo del hombre

En esta región del Gran Contraste del Sur, la vida humana ha dejado las huellas mas antiguas de su actividad. A ella llegaron los primeros cazadores en busca de la carne, huesos y piel de los descomunales animales prehistóricos. Su buen clima y sus recursos favorecieron el desarrollo de la agricultura y las aldeas indígenas. Sus minas y llanuras no escaparon al ojo ambicioso de los conquistadores españoles. Con las mejores porciones de su territorio se integró a la Provincia de Avalos, rica en cobre, plata, oro, ganado y azúcar. La Independencia la encontró ocupada por laboriosas haciendas. En sus llanos y montañas resonó el grito libertario del guerrillero antiespañol y antisantanista, don Gordiano Guzmán. Gran número de combates entre conservadores centralistas y liberales federalistas y entre nacionales republicanos y extranjeros imperialistas, sangraron sus llanuras y barrancas.

Por siglos el famoso y trabajoso camino real de Colima le dio movimiento y le repartió riqueza. A comienzos de este siglo, el ferrocarril Guadalajara-Manzanillo, por un tiempo, descoyuntó su economía regional para hacerla depender de los insaciables centros urbanos. La Revolución de 1910 y las rebeliones revoltosas que le siguieron, muchas veces la hicieron escenario de heroísmos y modificaron su sociedad y su economía. La guerra religiosa de los cristeros contra el gobierno federal sembró en ella hondos recuerdos de violencias y crueldades recíprocas.

Al apagarse los incendios del odio y trazarse las nuevas carreteras y los planes de desarrollo, se vienen intensificando y revitalizando las relaciones humanas, a la vez que se potencian sus recursos y riquezas. Hoy la industria, con base en la explotación de los bosques, cañaverales, maizales y frutales, la presentan como un banco inagotable para todo Jalisco y la na-

ción. De la cría de ganados vacunos, porcinos y lanares, derivan cueros, pieles, leche, queso, crema, manteca y embutidos.

Novelas, cuentos, canciones, sones y corridos la han sublimado al punto de que podemos exclamar:

¡Ay, Jalisco, tierra mía;
eres lindo desde Ameca a Zapotlán!

En el Sur, rápidamente se ha dejado atrás el tiempo viejo para llegar al presente. Todavía son recuerdos de apenas ayer los trabajos de quienes fabricaban jabón, tejían rebozos y amasaban bolas de plata. Añoranzas de aquellas carretas que recorrían las calles, tiradas por bueyes y cargadas de tequesquite, con rumbo a las fábricas de jabón, para saponificar las grasas y producir el sin igual "jabón de Zapotlán". Imagen imborrable de las tejedoras de rebozos, teñidos con los tintes de Autlan o de los moluscos de la Costa. Nostalgia de aquellos fundidores de plata bajada de las montañas que, con simples utensilios de cocina, moldeaban brillantes bolas como limas chichonas, para venderlas los sábados en la plaza de Sayula, al lado de zapatos, botas picadas, rebozos, cambayas, sayales, marquetas de azúcar prieta, puntiagudos piloncillos, quesos frescos, cremas espesas, panzudas ollas de mezcal, montones de maíz y frijol y cerros de fruta de huerta y de horno.

Al día de hoy, el Sur configura la Zona 4 del plan socioeconómico de Jalisco, con 43 municipios que viven y trabajan alrededor de Zacoalco, Tamazula, Tecalitlán, Autlán y Ciudad Guzmán.

Ahora, en el Centro

Guadalajara en un llano... de jal

Nos encontramos en la región donde se vuelve paisaje la etimología del viejo *Xalisco:* "En la superficie de la arena". El jal todavía está a flor de tierra. Se viste de verdes raquíticos, mientras dura el tiempo de lluvias; pero, antes y después, en tonos ocres y amarillentos se deshace su túnica, bajo la mirada inmensa de los cielos azules.

También esta zona fue seno de mar. También, luego, fue soterrada por firmes estratos de roca volcánica y bordeada por los contrafuertes de sus montañas. Su superficie quedó recubierta de pedacería volcánica de todo tamaño: arenas gruesas, gravas de jal, trozos de rocas de color claro y de obsidiana. Por el incontenible efecto de la erosión, algunas rocas se soldaron formando tepetates; otras, sueltas, se acomodaron, más o menos, entre sí. Los insectos, los alacranes y las serpientes debieron ser los primeros

habitantes de su sueldo erizado. En la porción sur predomina el basalto; el jal es escaso en suelo negro y arcilloso, pariente del de los bajíos de Guanajuato y Michoacán.

Los hundimientos que dieron origen a la formación del lago de chapala, separaron los Altos de Jalisco de sus tocayos del Sur, elevados sobre Jalisco y Michoacán y que Luis González ha dado en llamar los altos de Jalmicán. Los grandes desagües posteriores marcaron la fisonomía de la llanada tapatía con hondonadas y barranquitas que van a dar a la ceja de las barrancas del río Santiago, desecador implacable de la explanada.

Quedan en ella, sobre el fondo impermeable de la roca madre y las capas de tepetate, los vasos del hermoso lago de Chapala y las modestas lagunas de Cajititlán, Tizapanito, Atotonilco y La Magdalena. Por varios puntos encontramos que las corrientes de aguas subterráneas abren caminos ocultos entre las capas del subsuelo y brotan en cristalinos chorros y manantiales. Son inolvidables Los Colomos, Agua Azul y San Rafael. Termales, las tenemos en la zona de La Primavera, alrededor de Chapala, Tala y Acatic. En otros casos, el líquido crea reservas más o menos profundas, denunciadas con frecuencia por las tierras coloradas derivadas de los basaltos volcánicos, o por las capas partidas del tepetate. Casos de estos los hay al pie del cerro del cuatro, hacia el sur, y en Toluquilla y Huentitán.

Pero, la mayor de las veces, escurren en arroyos. San Gaspar, Osorio, El Caballito, El Hondo, El Chicalote, El Atemajac y el río de San Juan de Dios remarcan su camino con verdes jaras, mientras que cerca de Tala, entre los cerros del Huiluste y San Miguel, el agua revienta casi en estado de vapor sulfuroso y origina el río Salado. Su cauce atrae el arroyo de Las Fuentes y las aguas termales de La Laja para engendrar el río de Ameca, barrenador de la Sierra Madre del Sur, en el límite con Nayarit.

Según esto, se diría que tenues corrientes y llanos de jal es lo que campea en el Centro; mas no acabamos de decirlo, cuando ya nos cortan la palabra y el horizonte las siluetas de los cerros. En efecto, después de contemplar el valle de Atemajac, con su superficie un tanto corrugada sobre unos 300 kilómetros cuadrados, notamos que va desde el cerro del Colli al de Tonalá, y desde la loma del Centinela al cerro de Las Juntas. Las alturas nos rodean por todos los flancos; menos, claro está, de norte a poniente, donde se suceden lomas peladas y barranquillas jalosas.

En cambio, entre el norte y el este, divisamos, como rojizo telón de fondo, el corte escarpado de las Barrancas. Girando hacia el sur, nos tronchan el pànorama el cerro de Tonalá, el Cholo y el Cuatro que, mucho tiempo atrás, derramaron sus materiales eruptivos por el rumbo. Desde el sur al oeste vemos una pequeña sierra que, por unos 40 kilómetros, lleva cerros desde el Colli hasta Santa Ana Acatlán. Se sabe que está hecha de piedra pómez. Su cubierta tambien es de jal. Sobre todo el valle de Atemajac, traza una suave pendiente que surte de agua al río de San Juan de Dios, hace varios años, encerrado en un enorme tubo de cemento.

Con un poco de atención se advierte, entre el cerro del Cuatro y la sierra del Colli, cómo se alargan los cerros de Santa María y del Gachupín para formar una especie de garganta con dirección al sur. Frente a ellos, y con rumbo oeste, se va alejando la sierra del Colli, hasta envolver con una curva el vallecito de Tala y permitir la única salida natural, por esa parte, entre el valle de Atemajac y el de tlajomulco. Más adelante, se le juntan las prolongaciones de la sierra de Tecuán, que viene desde Ocotlán, y las de la sierra de García, que parte desde Tizapán, después de haberse retratado sobre las aguas de Chapala.

Tras otros dos pasos naturales para el sur, en Acatlán y Aguacaliente, tanto estas serranías como la del Colli apuntan hacia Ameca. Rematan en el volcán de Tequila, de ondulada mole coronada por altísimo peñón apilonado. Todo ello, antes de que la geografía se vuelva un vericueto de cerros, laderas, quebradas erosionadas, arroyos y ríos, entre el cerro de los Vértigos, Hostotipaquillo y Plan de Barrancas.

Al norte del río Santiago, aunque los terrenos suben más pronto, el panorama también está hecho de llanos que cuelgan sobre las infranqueables barrancas o que llegan sosegados a la horizontalidad del río.

Amplias y feraces llanuras de este tipo reposan entre La Barca, Atotonilco, Ocotlán, Poncitlán, Zapotlán del Rey y Tototlán, con no más interrupciones que unos cerros que se levantan enmedio. Es la cuenca del Zula que desciende de Los Altos. En cambio, el cerro del Molino, en la orilla opuesta de Atotonilquillo, ya anuncia las alzadas de terreno que, de Santa Fe y Zapotlanejo hacia el oriente, y de Acatic y Cuquío hacia el noreste, irán a configurar las sierras de Los Altos y de Mexticacán.

Desde la entrada de las aguas limpias del río Verde en las del Santiago, que llega sucio tras de recorrer y recoger los desechos del Corredor Industrial, hasta la confluencia del Bolaños, tenemos otro aspecto de la orografía encabritada del Centro. La visión que se ofrece frente a Huentitán, La Experiencia, San Cristóbal de la Barranca, Villa de Cuerámaro, Tequila y Hostotipaquillo, es una cortina de roca, cuyos pliegues casi horizontales compusieron, hace millones de años, el fuego y el agua; y que el Santiago, incansable zapador de la Barranca, ostenta para el asombro de los paseantes, el estudio de los geólogos y el quebradero de cabeza de los constructores de puentes, vías férreas, malacates y carreteras.

El imponente murallón, de trecho en trecho, se rompe por los boquetes que en la vertiente del norte han abierto los violentos ríos desbocados, con prisa por entregar sus aguas al Santiago. contempladas las barrancas desde su fondo, son jardines colgantes, con un dosel de neblina que en la mañana desdibuja los bordes rugosos y las frondas. Hacia el mediodía, el calor y la humedad parecen de invernadero. al tardecer, murmura el río y susurran los árboles. en la noche, arriba en las alturas, insondable, corre también un río de estrellas.

Naturaleza austera; trabajo intenso

Sus cerros, casi siempre, son calvas disimuladas por los mechones que forman aquí y allá los matorrales. Por encima de ellos se alzan tepamos, tepanes y huizaches. en las llanuras crecen mezquites, guamúchiles y pirules. Si hay humedad, se amontonan fresnos, cipreses, álamos, tabachines, jacarandas. Cerca de Ocotlán se dan encinos rojos. En Tuxcueca son cimarrones los encinos avellanos. Por Arroyo de Enmedio reclaman las miradas

los ozotes de flores lanosas. También allá mismo los pinos son variados y alternan con encinos laureles.

Pero más que la flora silvestre, predominan las tierras de labor y las huertas, cultivadas con empeño. Los trigales de Tlajomulco, Atequiza y Poncitlán son mares dorados. La Ciénega de Chapala es un tablero de cereales, forrajes, hortalizas y legumbres. Tala, Zapopan, Tlaquepaque y Zapotlanejo se especializan en jícamas de agua; las barrancas, en frutas. En Tequila, La Magdalena, El Arenal, Teuchitlán, Ahualulco y Amatitán los magueyes mezcaleros semejan un ejército azul de espadachines invadiendo los llanos y laderas. En varios lugares se contrapone al verde fuerte de los maizales y el tierno de la caña de azúcar.

Dígase lo mismo de la fauna. Existen, aunque en menor proporción, muchos cuadrúpedos y volátiles de los que vimos en otras regiones; pero, como particularidad, no olvidemos al gato montés y al guajolote de cerro del rumbo de Tequila. A los chonchos, guijes y voladoras que, desde Tlaquepaque y Tlajomulco se extienden hasta Tizapán. A los tlacuaches y arconcillos de Ahualulco; y a más de un jabalí que aún rondará entre Antonio Escobedo y Tequila, en recompensa, las aguas están bastante pobladas de peces. Bagres, carpas y juiles nadan entre Chapala y el Santiago. El blanco exquisito y los charales botaneros son típicos del lago. Otras lagunas y represas, a pesar del lirio y el tule que las atacan, crían buenas especies de peces.

Por lo que hace a la fauna, en las últimas décadas, es más común y frecuente el cacareo de las gallinas, el piar de los pollos, el mugido de las vacas, el bramido de los toros, el balido de las ovejas y el gruñido de los puercos en granjas y corrales, que las voces y gritos inquietantes de los animales monteses.

Con estas extensiones y recursos, el Plan Jalisco hizo del centro la Zona 1. Tiene 38 municipios potenciados y estimulados por Ocotlán, Ameca y Tequila, como los primeros nudos de la red política, económica, social y cultural que se acciona desde Guadalajara. Centro natural de las regiones jaliscienses y lugar de paso y encuentro de mercancías, gentes, palabras e imágenes del altiplano y las costas del oeste y noroccidente, la vida de Guadalajara y su comarca ha sido el motor y el eje de toda una historia que la consagró como La Perla de Occidente.

Desde los exiguos asentamientos indígenas de Atemajac hasta su imponente catadura de ciudad millonaria, el rol de Guadalajara ha ascendido del anonimato al estrellato. Hoy su industria, banca, comercio, universidad, deporte, radio, televisión, turismo, folclore, música, artesanía la acreditan, no solo para ejercer el papel de capital del Estado, sino también para influenciar en los intereses de no menos de 10 millones de mexicanos, entre Jalisco y Estados circunvecinos.

Esos altos de Jalisco... ¡Qué bonitos!

Su nombre lo dice todo. Los altos son una extensa llanura de lomeríos, pequeñas quebradas, mesas alargadas y también serranías que, a partir de Arandas, Tepatitlán y Cuquío, tras empinadas cuestas o planos muy inclinados, poco a poco va ganando altura hasta ponerse al parejo con la Altiplanicie del Norte.

Los altos evocan la imagen de su tierra roja y sus jugosas naranjas.

La tierra roja nos habla de cómo las rocas de basalto que forman su subsuelo, se han ido desintegrando por la acción del agua, del viento y de los fríos y calores. Las naranjas son el símbolo más sabroso del trabajo tesonero del hombre sobre una naturaleza pobre en tierras gruesas y en gruesas corrientes de agua.

Casi se podría decir que la geografía física alteña no tiene nada de espectacular. Ahí lo espectacular lo pone la geografía humana; pues, hoy resulta bastante difícil poder señalar qué es aún obra de la naturaleza y qué es ya efecto del azadón, la pala, la guadaña, el arado, el hacha, la sierra o el tractor. Lo cierto es que unas tierras flacas sostienen una población y una economía que llaman la atención.

No solo tierra colorada y naranjas

Preocupados por diferenciar naturaleza pobre y trabajo tesonero, comencemos por contemplar el aspecto general de Los Altos.

Para quien nació ahí, salir de los Altos significa bajar por las pendientes de San Juan de los Lagos, Valle de Guadalupe y Tepatitlán, rumbo a Guadalajara; o por la cuesta sinuosa que descendiendo de Arandas, al llegar a Atotonilco, se convierte en un empedrado al que le dan aromas y frescuras los naranjales; o, si no, por el polvoriento camino que de Jesús María y San Diego de Alejandría lleva a las llanuras verdes de El Bajío de Guanajuato.

Para quien llega de fuera, ir a Los Altos es remontar los escarpes de la meseta que, impresionante, cierra el horizonte apenas se deja a la espalda el Lerma en Degollado, San José Casas Caídas y Las Eras; o el Santiago, en Poncitlán, Juanacatlán, Puente Grande y Zapotlanejo. Parecería que, como torreones de aquella atalaya, el Picacho y el Cerro gordo, por el frente; el Viborero y el de Ayo, por el rumbo de Arandas, y el de los Guajes, por Temacapulín y Valle de Guadalupe, quisieran impedir el ascenso.

Superado el desnivel, llegamos a la planicie, donde el aire se vuelve más transparente por la sequedad del ambiente, aunque la temperatura no llegue a ser cálida. Aún más, casi toda la porción que confina con Guanajuato es templada, llegando, en su tiempo, al casi frío allá por Aguascalientes, Zacatecas y el callejón de San Luis Potosí. En verano llueve regularmente en el sur; a medias en el centro y casi nada en el norte. Los inviernos son benignos en casi toda la comarca que queda medio abrigada en una especie de triángulo que forman las sierras de Jesús María, Arandas, Comanja, Mexticacán y Encarnación de Díaz. En cambio, en los inacabables llanos

de Ojuelos, los vientos helados de noviembre a febrero, con el polvillo que arrojan, parten la cara.

Aunque se tiene la idea que todos los alteños pisan en tierra colorada, con un poco de observación podemos señalar grandes diferencias. Por ejemplo, si nos situamos en Arandas, "pueblito bonito" de un rojo casi bermellón, notamos que al oriente del valle del Sauz de Cagigal el suelo es blanco y cascajoso, con penosas condiciones para los campesinos. Hacia Bombela, en cambio, la tierra es parda, cargada de humus y arcilla y se deja trabajar. En otros sitios de la porción central, priva el color castaño, pero entre Lagos de Moreno, Teocaltiche, Guadalupe Victoria y Ojuelos, los terrenos tienden al gris, como si se empolvaran la cara con un poco de cal y yeso.

Con una mayor precisión topográfica se podrá decir que el triángulo alteño se compone de tres zonas: la base, al sur, descansa sobre la gran mesa de Los Altos, salpicada por restos de antiquísimos volcanes. Ahí un mosaico de tierras coloradas alterna con llanos amarillentos de pastos ralos que, a veces, se inundan. Hacia el centro, privan las lomas de cumbres planas, mesetas, pequeños llanos y cañadas que drenan hacia el suroeste, para encañonarse al pie de la sierra. Al norte, en la punta del triángulo alteño, los llanos de suaves declives se ven interrumpidos por sierras, lomas de pendientes escabrosas y peñascos que proyectan el paisaje sobre Zacatecas y San Luis Potosí.

Traduciendo lo anterior en plantas y animales, diríamos que las tierras del sur son apropiadas para la horticultura que se enorgullece con sus duraznos, membrillos, aguacates, naranjas y limas. El centro produce cereales, forrajes y pastizales. Sus vacunos y caprinos alimentan una cuenca lechera que desemboca en Lagos de Moreno. El norte enseña magueyes cenizos alineados a la orilla de los campos y caminos; nopales de tunas cardonas y taponas, en corrillos a la mitad del llano o encerrados por cercas de piedra, alrededor de alguna casita.

Donde quiera hay granjas que casi parecen ciudades avícolas. Pero, sobre todo, hay bordos y humildes presas, que no quisieran que gota alguna bajara al Lerma o al Santiago, sin antes haber sido celosamente aprovechada.

Los Altos tienen una vieja historia que contar

El primigenio brazo de mar de la Era Secundaria tocaba los flancos de basalto olivino de su extrema porción norte. Las erupciones volcánicas posteriores formaron la extensa mesa que llegó a cubrir desde el sur hasta la zona de Lagos y casi hasta Aguascalientes. Los aguaceros diluviales la fueron erosionando, fracturándola en centenares de lomas y mesetas que hoy caracterizan el panorama de la región central. La gran mesa del sur desarrolló encinos, pinos y pastizales; en cambio, en el centro y en el norte predominan los matorrales y los pastos.

Pocos habitantes tuvo hasta hace unos seis siglos. Los españoles entraron ahí en condición de soldados y colonos, para defender de los chichimecas a los pocos que se aventuraban por sus llanuras breñosas. Los acarreos de plata de Zacatecas a México, vía El Bajío, reclamaron más defensores. Estos llegaron también con su trigo, sus vacas,sus caballos y sus mujeres. Sin tener indios que trabajaran para ellos, desarrollaron una economía familiar. De paso se mantuvieron rubios y dieron origen, con la práctica de la

ganadería y los rodeos, al típico charro jalisciense. Más adelante, en torno a la devoción de la virgen sanjuaneña, organizaron una feria que no tenía igual.

Como pocas regiones entraron al rejuego por la Independencia nacional. En sus inmediaciones, ganaron la inmortalidad Pedro Moreno y Francisco Javier Mina. el resto del siglo XIX, unas familias lo pasaron heredando la tierra, pagando los diezmos y fomentando sus cofradías. Otras prefirieron controlar la región desde Lagos, Jalostotitlán y Tepatitlán; a la vez que se inmunizaban contra el liberalismo acumulando tierras.

El movimiento de Francisco I. Madero y sucesores fue para ellos " la revolución de allá abajo". Pequeños propietarios, medieros y jornaleros, un día ansiaron mejores condiciones ante el Estado nacional y se sumaron a la rebelión cristera. Decían que el reparto agrario ya nada tenía que ver ahí.

En adelante, afianzaron su sistema familiar en la propiedad y el trabajo y apagaron viejos resentimientos. Como siguieron multiplicando más las bocas que el pan, se ven obligados a exportar gente a Guadalajara, a México y a los Estados Unidos. Desde que el tren, al llegar a las estaciones, le hacía dar "brinquitos al corazón", hasta el día de hoy, se han tendido centenares de kilómetros de caminos asfaltados, que cruzan la meseta en todas direcciones. Tras el famoso "puente de Lagos", otros muchos han venido facilitando el paso sobre toda la gran cuenca del río Verde y la pequeña de Zula. el trabajo es general, pero más general la alegría y belleza de sus mujeres y la gallardía de sus hombres que, aunque ahora manejen camionetas, no pierden su pinta de charros.

De la vida agreste a la planeación

La región de Los Altos no puede competir en la variedad de plantas y animales con las demás regiones. Su vegetación es escasa y enormemente mal distribuida; pues, apenas si la hallamos en las partes altas de cerros y sierras y en las hondonadas y barrancas en que se quiebra el terreno. En éstas son inseparables del paisaje los pastos y zacates, revueltos con huizaches chinos, con sangrantes uñas de gato y con los mimbres de ramas tiesas, como si fueran peinetas del viento de la tarde. Subiendo a las mesas y montañas, se encuentra el copal, con su tronco llorando lagrimones de resina para olor de los incensarios; el madroño que guarda su corteza para los curtidores; el noble cedro; el pino, que por ahí llaman verde; el palo dulce y el palo bobo, y el sauz de melancolicas ramas. En los sitios más áridos, las cactáceas, sobre sus cuerpos y brazos espinosos, adornan su figura con gruesas flores de amarillos y anaranjados intensos, antes de dar tunas y biznagas.

En este conglomerado enmarañado y adusto, tienen su vivienda, al par de los animales comunes a toda la Altiplanicie y a casi todas las sierras, el ladrón cacomixtle, la escurridiza zorra llanera, el armadillo, el mapache, el tigrillo, el gato montés, el tejón, el venado. Todavía es fácil dar con faisanes, huitlacoches, citos, urracas y madrugadores; con liebres y conejos, no se diga; así como también con lobos y coyotes. Son los cerros de Arandas, Ayo el Chico, Yahualica y Mexticacán los más abundantes.

Aunque no son los depósitos acuíferos lo que más se puede ver en Los Altos; sin embargo, sus presas también ofrecen al vecindario algunas especies de peces. La presa del Estribón, por Yahualica, cría bagres y huros; lo mismo que la de Mexticacán. La del Cuarenta y otras menores tienen también carpa. Mojarras y truchas solo se dan en esta del Cuarenta.

Cómo transformar este mundo agreste sin destruirlo y cómo incorporarlo a la evolución acelerada de la región, lo tuvo muy presente la Comisión de Fomento de la Región de Los Altos, que hasta marzo de 1977 potenció las fuerzas y recursos alteños. En esa fecha se declaró extinta porque la comarca bien se podía seguir desarrollando con sus potenciales propios; pues, en el Plan de Integración Económica Regional de Jalisco mucho se había apuntado a obras de infraestructura en comunicaciones, transportes, electrificación, irrigación, alcantarillado, abastecimientos de agua potable, educación, asistencia social y servicios médicos y hospitalarios.

Actualmente, Los Altos son la Zona 2 que integran 19 municipios, encabezados por Lagos de Moreno y Teocaltiche, para los intercambios con Zacatecas, Aguascalientes, San Luis y Guanajuato; por San Juan de los Lagos, para incrementar el centro, y por Tepatitlán, para las relaciones con Guadalajara.

El norte y sus cañones

El zarpazo de la erosión

Como la palma de una mano con tres monstruosos dedos o garras, la región del norte de Jalisco se extiende por unos diez mil kilómetros cuadrados de orografía accidentadísima. En las rayas de esa mano se puede leer su remoto pasado y su atribulado presente.

En esta región la Sierra Madre Occidental ya ha tomado su forma y figura característica; pues, sus serranías transversales corren de norte a sur, forman mesetas bastante elevadas y encierran cañadas profundas, a manera de zarpazos con que la erosión desgarrara su superficie.

El oriente de la zona está marcado por el cañón de Bolaños, prolonga-

do y tortuoso surco escarbado por el río desde las tierras aluviales de la parte superior de la cañada, hasta las mismas rocas de origen volcánico, en el fondo de la hondonada.

Al sur, en las inmediaciones de la orilla de Las Barrancas del río Santiago, obstaculizan el acceso las empinadas y fragosas sierras de Pajaritos, La Yesca y Alica; de modo que tanto por Jalisco como por Nayarit el paso está vedado. Además, que es el punto hacia donde vienen a abrirse, para arrojar sus caudales sobre el Santiago, los cañones del Verde y del Bolaños.

Por el rumbo oriental, pero en terrenos de mayor altura, también estorban la comunicación las sierras de Colotlán y de Teponahuastlán. Para llegar allá, habría que dirigirse a terrenos zacatecanos y buscar entrada por Tlaltenango o, de plano, por Jerez, Tepetengo y Huejúcar.

En cambio, en el extremo norte, el paso resulta tanto o más difícil, ya que en la colindancia con Zacatecas, Durango y Nayarit, se alza el murallón de la embrollada sierra de los Huicholes.

Al problema de tierra tan insufrible de caminos, se añade, en muchos casos, lo insalvable de las corrientes de los ríos. El Bolaños nace cerca de Teúl y en corriente inversa, se mete tierra adentro, cortándose en tramos durante las secas; pero desde que llega a Jalisco, por Totatiche y Colotlán, su volumen va en aumento y sus crecientes son muy de tomarse en cuenta. Por allá recibe aguas que bajan desde Huejúcar y desde Huejuquilla y Mexquitic. Al desfilar por Bolaños, Chimaltitán y Apozolco, ha erosionado tanto los terrenos que lo vemos encajonarse más y más en profunda barranca que ya no tiene más fin que la impresionante boca con que toca al Santiago frente al arroyo de Plan de Barrancas.

Por si no bastara con semejantes trabas, la sierra de los Huicholes también exagera su incomunicación con sus dos ríos. Son el Chapalagana y el Unión que juntos originan el caudaloso Huaynamota, tributario nayarita del Santiago.

Bueno, no todo tenía que ser contrariedades. Los tajos que han hecho los ríos en las partes más hondas, han revelado a los geólogos que bajo los gruesos estratos de material de relleno, que es el que ha sufrido mayormente el zarpazo de la erosión, subyace un potente manto de roca madre marina que le da a la comarca segura inmunidad contra temblores y otros bailoteos sísmicos.

Enlistando bondades, debemos señalar que el Norte de Jalisco dispone de gran variedad de climas. Es algo cálido en las hondonadas y gargantas de las sierras de Nayarit y de Bolaños. En los sitios de mediana altura es templado, con inviernos benignos; en cambio, en los valles y mesetas altas

de Santa María de los Angeles, Huejúcar, Villa Guerrero, Mexquitic y Huejuquilla priva el frío.

Plantas, animales, cosas, hombres y dioses

Es evidente que a la variedad de ese mundo de ríos, cañadas, altitudes y climas, corresponda también una diversidad de seres y objetos; desde las piedras rodadas que cubren el lecho del río Bolaños, entre su pueblo y el de Apozolco, hasta los matorrales de *xirí-xi* cubierto de púas y los bosques de los majestuosos *hucú-te* y *tuaxá* y los frondosos robles y pinos de las mesetas y crestas. Desde el trino armonioso de sus aves vestidas con plumajes de lujo, hasta la hojarasca cascada por lobos, coyotes, gatos monteses, onzas, tejones, jabalíes y zorras. Desde una avioneta que sobrevuele por San Andrés Cohamiata, despertando el sentido de la magia de sus pobladores, hasta la flecha adornada y labrada que, ser sobrenatural , vuela como el pájaro, oye y ve sin obstáculos y conoce los secretos del hombre y de las cosas.

Este es otro mundo, que allá en la sierra de los Huicholes escapa a todas nuestras costumbres de vivir y de juzgar. Es un mundo sagrado donde el feldespato y el cristal de roca son almas. Donde el venado es el portavoz de los dioses. Donde el águila real encierra el corazón del Dios del Fuego. Donde palomas y coyotes manifiestan las fuerzas de la Diosa Tierra. Donde el pescado invoca a los Dioses del Mar. Donde toda serpiente es la encarnación de innumerables Dioses del Mar, el Viento, el Río, el Relámpago, la Lluvia, el Fuego, el Humo, la Nube.

Es el mundo de los huicholes, jaliscienses hermanos nuestros, de existir desolado. Lejanos parientes étnicos de los coras y tepehuanes que radican en Nayarit y Durango, los huicholes de Jalisco se hallan replegados en lo más abrupto de los municipios de Huejuquilla, Mexquitic y Tuxpan de Bolaños; así como en Huajimic de Nayarit. Forman las comunidades de Tuxpan, San Sebastián Teponahuaxtlán, Santa Catarina, San Andrés Cohamiata y Guadalupe Ocotán; esta última en Huajimic. Sin embargo, en grupos, viven dispersos y en tránsito constante, según las posibilidades que les brindan los veneros y corrientes de agua y la serie como se van recuperando las tierras agotadas de sus coamiles; pero todos recurren a sus comunidades para los festejos religiosos y sus actos políticos y culturales.

El centro más distinguido es Tuxpan. Ahí se encuentra el templo principal, los adoratorios, la casa de gobierno, la cárcel y pocas viviendas con techo de azotea. Pero cada comunidad elige a sus gobernadores. Todos tie-

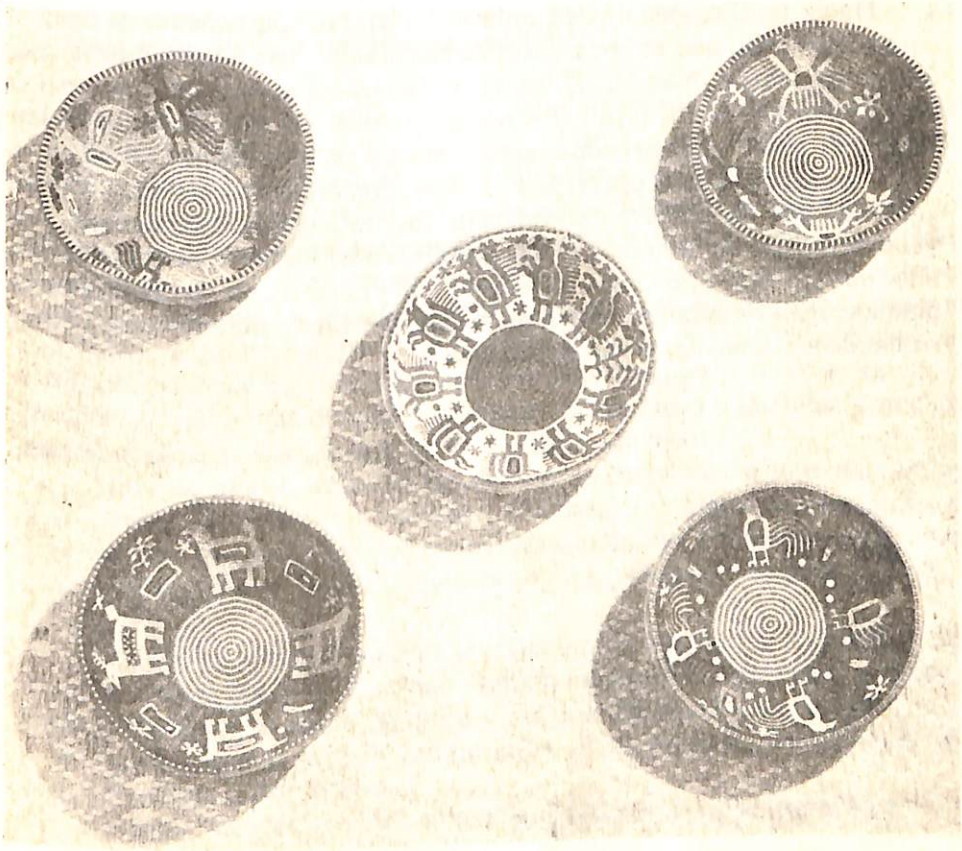
nen patriarcas, jueces y mayordomos que toman parte en las ceremonias rituales.

Quien es elegido para un cargo, debe trasladarse a la cabecera de la comunidad; y mientras dure su nombramiento se verá obligado a descuidar sus bienes y posesiones para entregarse totalmente a servir a la colectividad. El huichol que desee ventilar un pleito o problema deberá ir a la comunidad, presentarse ante el portal donde atienden las autoridades y, de pie, antes de mover la demanda, obsequiarles muy ceremoniosamente tabaco, tejuino o mezcal. La respuesta la dictará el gobernador, no con base en leyes escritas, sino en la tradición y costumbre. Todos acatan el fallo respetuosa y cumplidamente.

El huichol practica la agricultura. En los pocos llanos de que dispone usa arados y azadones; en las pendientes emplea un bastón plantador, hecho de madera endurecida al fuego. Para preparar el terreno acostumbra desmontarlo de maleza. Cuando una tierra se agota, se traslada a otra y a otra.

Su ganadería es raquítica, a pesar de contar con extensos pastizales, que siempre se ven invadidos por los mestizos de los alrededores. Lo que más los beneficia es la fabricación de magníficas artesanías, que se ven obligados a malbaratar, pues nunca el pago que por ellas reciben equipara, ni de lejos, la dedicación, la inspiración y el grado de su arte. Además, el hacer artesanías destinadas a la venta, para el huichol significa un choque en su espíritu alimentado de signos mágicos y religiosos. Tenemos peligro de profanar su arte.

El arte para un huichol es la manifestación misma de sus dioses. Hacer una tablilla de estambres de vívidos colores y poblarla de seres fantásticos y reales es presentar a Dios la más ferviente oración por sí y por la naturaleza. Los *Ojos de Dios,* con cruces de estambre, piden la compañía de la divinidad. Las fajas y cintas, piden lluvia. Los bules decorados solicitan veneros de agua. Las águilas de sus morrales custodian el mundo.



Poco se sabe, a ciencia cierta, de los huicholes antes de la llegada de los europeos a estas tierras. Aún más; se podría decir que la conquista española pasó al pie de sus montañas. Para ganarlos, se recurrió a una colonia de tlaxcaltecas y tarascos establecida en Colotlán que les participaran la nueva forma de vivir, trabajar y creer. Mientras sus parientes los coras se mantuvieron indómitos hasta el siglo XVIII, los huicholes más pacíficos dieron mano de obra a las minas de la región. El Real de Bolaños los tuvo entre sus mejores trabajadores. Bastante se acercaron al mundo español por obra de los misioneros. Cuando éstos desaparecieron, volvieron a sus bosques y a sus dioses, protegidos por sus barrancas y ríos.

La región transcurre un siglo y medio de Independencia nacional, sin que los gobiernos liberales, conservadores, imperialistas, dictatoriales o revolucionarios hayan hecho algo en su favor.

Hacia 1970 se ideó un deslumbrante Plan Huicot, apócope de huichol, cora y tepehuán, que se encargaría de acelerar la incorporación de la zona común de Jalisco, Nayarit, Durango y Zacatecas al mercado nacional de las artesanías y de los productos agropecuarios. En cambio la región tendría agua potable, electricidad, estaciones de radio, escuelas, casas de salud, una carretera para cruzar la Sierra Madre, créditos y frutales. Lo innegable fue que de esa fecha en adelante fueron cayendo los sagrados bosques de Mexquitic, Bolaños, Huejuquilla y Villa Guerrero. Hoy con un sentido más equitativo, el norte o la Zona 5 del Estado con 10 municipios capitaneados por Colotlán, Mexquitic y San Martín de Bolaños, se está desarrollando de acuerdo a sus necesidades.

UNIDAD II

NUESTRO MARAVILLOSO ORIGINAL MUNDO INDIGENA

El hombre empieza a transformar esta tierra

El aspecto que hoy presenta nuestro Estado con sus costas y sierras, con sus llanuras y barrancas, con sus lagos y ríos, con sus pueblos y ciudades, con sus gentes y costumbres, no siempre ha sido el mismo.

No siempre nuestros valles han estado sembrados de maíz o de trigo. No siempre nuestros yacimientos de plata, oro y cobre han sido trabajados por la pala y el pico de los mineros. Hubo épocas en que nuestros bosques eran más numerosos y más abundantes. Muchos animales que hoy nos son familiares, en un tiempo no existieron; en cambio, otras especies han desaparecido. No hace muchos años, solo las aves cruzaban los cielos. En miles de años, no hubo más depósitos de agua que los lagos y lagunas; y en ellos solo se deslizaban los peces y otros animales acuáticos.

Antes de que se trazaran las modernas carreteras y se tendieran las vías férreas, solo se iba por veredas y caminos; y, millares de años atrás, ni esos existían. Por generaciones incontables, hombres y mujeres no tuvieron otro refugio que los árboles y las cuevas; pues, chozas y casas eran desconocidas.

Además no siempre se han practicado las mismas costumbres y las mismas normas sociales; ni se han seguido las mismas reglas en el gobierno de la sociedad, en el modo de crear y disfrutar la riqueza, en las ceremonias y creencias religiosas o en la composición de las obras de arte; ni en el hablar, divertirse, vestir y comer.

Estamos seguros que esos cambios, y otros más, se empezaron a efec-

tuar en nuestra región, desde el momento en que llegaron los primeros hombres. Ellos, con una inteligencia muy reducida y con unos instrumentos de trabajo muy primitivos, fueron quienes comenzaron a transformar la naturaleza en un mundo más humano y más cómodo para la existencia; pero, conforme iban modificando el medio ambiente, pudieron perfeccionar su vida individual y social.

En cambio, no estamos tan seguros de la antigüedad de su llegada a esta región, en el estado de Jalisco casi no se han hecho descubrimientos de restos humanos, que permitan a los científicos fijar una fecha, aunque solo sea aproximada, del primer poblamiento. Lo más que se sabe es que los primeros grupos vinieron de sitios localizados en Nuevo México, Estados Unidos. Sus antepasados más remotos pasaron de Asia al Continente Americano, a través del estrecho de Behring, hace 30 ó 40 mil años.

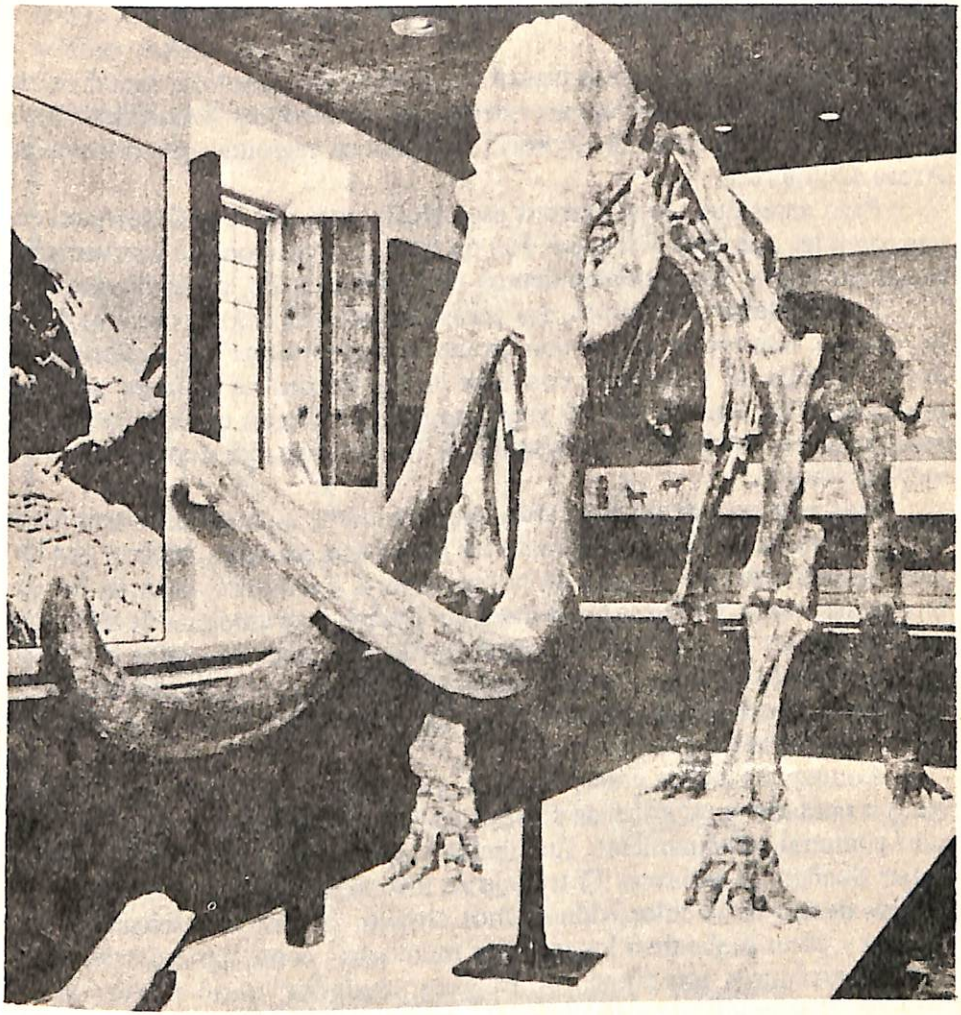
Para obtener estos conocimientos, los científicos debieron estudiar los huesos fósiles de grandes animales prehistóricos, que se han encontrado enterrados en las orillas del lago de Chapala; así como también en San Marcos, Zacoalco y Sayula. En ocasiones, cerca de huesos, aparecieron puntas de lanza labradas en piedra, con una forma muy parecida a las del suroeste de los Estados Unidos de Norteamérica.

Así es como hoy sabemos que los primeros llegados eran cazadores nómadas, que se desplazaban tras las manadas de mamutes, mastodontes, llamas, caballos, bisontes, elefantes y grandes cérvidos, en busca de carne, pieles y huesos. Hay indicios de que ya utilizaban el fuego.

Otros descubrimientos han demostrado que aquellas gentes también se procuraban el sustento con la recolección de frutos, semillas y raíces. Estos hallazgos se refieren a piedras y manos de moler, y a raspadores y navajas. En terrenos de aluvión del río Juchipila, dentro del estado de Jalisco, se encontró un hacha de piedra. En otros lugares, han aparecido algunos huesos de animales, con claras señales de que fueron labrados por manos humanas; a veces, para uso práctico, o con sentido artístico.

En las cercanías de Puerto Vallarta, El Tuito, Chacala, Ajijic y Ciudad Guzmán, se han hallado varios dibujos grabados en las rocas. Piensan algunos arqueólogos que si se interpretaran, podrían revelarnos algo de las preocupaciones espirituales que ocupaban la mente de aquellos hombres. Hoy podemos admirar en esos petroglifos la habilidad manual y el gusto por el arte que ya existía entre los primeros ocupantes de nuestra tierra.

Con un nivel de vida tan elemental y con sus instrumentos de trabajo tan imperfectos, los primeros cambios sobre la naturaleza y dentro de la sociedad debieron ser muy lentos y escasos. Tuvieron que pasar miles de años para que mejorara su situación. Los arqueólogos son de la opinión



que la vida de los hombres prehistóricos apenas comenzó a modificarse en la región de Jalisco y sus alrededores, hacia el año de 1500, antes de nuestra era.

De ahí en adelante, los cambios se aceleraron; sobre todo, desde que estuvieron en condiciones de ocuparse en la agricultura. El trabajo de los campos los volvió sedentarios y pasaron a vivir en aldeas formadas por chozas. Para satisfacer las nuevas necesidades del grupo, se dividieron los trabajos y comenzaron a cambiar sus productos por los productos de los otros trabajadores. Así nació en las aldeas el comercio primitivo o trueque.

Subiendo los peldaños del primer desarrollo

Para comprender mejor estas transformaciones, los científicos han dividido el desarrollo humano en etapas, que llaman Horizontes Culturales. De la misma manera, reparten el territorio nacional en regiones, que denominan Areas Culturales.

Pero antes que consideremos esos Horizontes y Areas Culturales, debes entender que tales divisiones son un tanto convencionales y sirven para enmarcar mejor los acontecimientos de la historia de las civilizaciones.

Los verdaderos cambios, las transformaciones más profundas de la humanidad han tenido origen con las modificaciones que han experimentado sus modos de sobrevivir, con base en las formas de trabajar que han practicado. En este sentido, el gran cambio que fueron experimentando y realizando las sociedades prehispánicas fue el paso del nomadismo a la vida sedentaria.

Mas esto no quiere decir tanto que dejaron de vivir errantes tras rutas de los animales de caza o buscando los frutos que recogían, cuanto que habían descubierto la maravilla de la agricultura. Para aprovecharla, las tribus se asentaron y tuvieron que inventar nuevos instrumentos de trabajo y nuevas formas de vida. Su sociedad ya fue diferente. Sus jefes contaban con más cualidades que las que necesitaba un cazador o recolector; pues, empezaron a coordinar el trabajo, las relaciones entre todos y la distribución de los frutos agrícolas.

Aunque las aldeas eran pequeñas, ya se estaba viviendo un grado urbano o ciudadano en aquellas sociedades. La propiedad que siempre había sido comunal, gradualmente, fue haciéndose familiar e individual. Llegó a haber dueños de esclavos. El trabajo se diversificó tanto que se formaron grupos dentro de la colectividad. Unos dirigían la guerra, la religión, el comercio y otros realizaban los trabajos materiales, como agricultores, cazadores, pescadores, artesanos, etc. En esas "ciudades" nació el arte y se desarrolló el lenguaje; se descubrió el calendario y la numeración.

Es decir, con la "revolución urbana" despegó el gran desarrollo humano y social. En este sentido, para conocer sus etapas, es como considerarás Horizontes y Areas Culturales en las modificaciones de las sociedades prehispánicas.

Pues bien: en el siguiente mapa puedes observar cómo se ha dividido la República Mexicana en Areas Culturales. Notarás, ante todo, que se han marcado dos Areas Culturales más extensas: la de Aridoamérica y la de Mesoamérica. A su vez, Mesoamérica se ha subdividido en otras ocho Areas Culturales. Fácilmente podrás localizar la posición en que se halla el

estado de Jalisco. Mas en ninguna forma supondrás que tales divisiones existían realmente.

La situación de Jalisco entre Mesoamérica y Aridoamérica.

Mapa 1. MESOAMERICA Y SUS OCHO AREAS CULTURALES.

En cada una de esas Areas Culturales, también hubo transformaciones constantemente, tanto en la naturaleza como en la sociedad. Con los conocimientos que han elaborado los arqueólogos, sobre esos cambios, vamos a componer el siguiente cuadro. En él encontrarás las varias etapas de la evolución que hubo en las culturas prehispánicas.

Para entenderlo correctamente, lo leerás de abajo arriba. Una columna se refiere a los diferentes Horizontes Culturales en el resto de Mesoamérica; y la otra, a las Etapas de la Cultura en el Occidente de México; por consiguiente, en Jalisco.

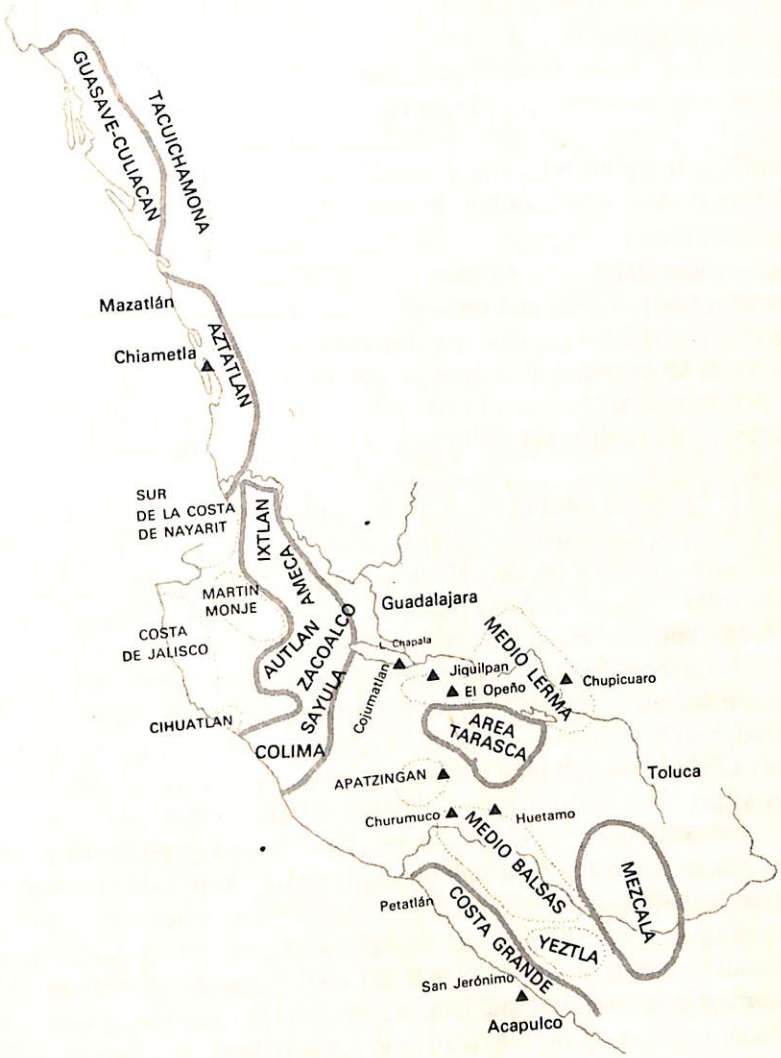
Ambas tienen anotadas sus fechas de duración.

CUADRO DE LOS HORIZONTES CULTURALES

Duración de los Horizontes Culturales en el resto de Mesoamérica.			Fecha	Duración de las Etapas Culturales en el Area del Occidente		
			1523			
			1521			
5	Histórico	(+1200/+1521)	1400			
			1300			
4	Post-Clásico	(+900/+1200)	1200			
			1100	Etapa II, o Tolteca	(+600/+1523)	3
			1000			
			900			
3	Clásico	(+400/+900)	800			
			700			
			600			
			500			
			400			
			300			
			200			
2	Preclásico	(−2000/+400)	100	Etapa I, o Arcaizante	(−1500/+600)	2
			0			
			500			
			1000			
			1500			
			2000			
			3000			
			4000			
			5000			
1	Prehistórico	(−12000/−2000)	6000	Prehistórica, (desde la llegada del hombre hasta	. . −1500)	1
			7000			
			8000			
			9000			
			10000			
			11000			
			12000			

En el presente Cuadro de los Horizontes Culturales puedes observar que las etapas de la cultura del Area del Occidente de México, no corresponden con toda exactitud a las del resto de Mesoamérica. Sus nombres y duración son diferentes.

Y en el mapa de las Areas Culturales del México Prehispanico, también habrás notado la gran distancia que separaba a nuestra región de los centros más civilizados del Altiplano, del Golfo de México y del Istmo. Lo notarás mejor en este mapa.



Observa el "parentesco" cultural entre Colima, Jalisco y Nayarit; pero también la gran distancia que los separaba del centro.

Mapa 2. EL OCCIDENTE DE MEXICO.

Esto quiere decir que la cultura de Jalisco desarrolló sus propios recursos; aunque, en ocasiones, también tuvo que aprender de los adelantos que se realizaban en otras partes. En este caso, mencionaremos a El Opeño Mich., a Chupícuaro, Gto., a Teotihuacan, a Tula, a la Huasteca y hasta a Sudamérica. Asimismo, muchos elementos propios de nuestra cultura también fueron imitados en otros lugares.

En el Cuadro de los Horizontes o Etapas Culturales habrás observado que en el Occidente no hubo un periodo verdaderamente Clásico, al igual que en otras Areas de Mesoamérica; pues, no se formaron grandes ciudades, ni se organizó la religión alrededor de muchos dioses, ni se entablaron relaciones comerciales con sitios muy distantes.

Por eso, los arqueólogos han propuesto recientemente que, para después del comienzo de la agricultura y las aldeas, dividamos la evolución de la cultura del Occidente solo en dos etapas.

La primera abarca poco más de 2000 años. Conserva algo de lo arcaico o primitivo de la primera cultura; pero empieza a manifestar un mayor desarrollo.

En él los grupos humanos ya no dependieron tanto de la caza y la recolección, porque dedicaron su trabajo al cultivo del maíz, frijol, calabaza, chile y camote. La vida en las aldeas les dio más tiempo para otras actividades laborales y sociales: fabricación de artesanías, organización de la comunidad, ceremonias religiosas, prácticas funerarias y trueque.

En los museos de antropología e Historia se conservan objetos fabricados desde entonces. Cuando visites, por ejemplo, el de Guadalajara o de otra ciudad, con un poco de atención, podrás descubrir cuál era su uso. Así conocerás cómo trabajaban y cómo vivían las gentes de aquella sociedad.

Los alfareros y ceramistas modelaban en barro figuras huecas de guerreros, jugadores, bailadores, mujeres vistiendo enaguas cortas, madres abrazando o amamantando a sus hijos, ancianos apoyados en bastones o parados sobre peces.

Las vasijas muestran formas de calabazas, guajes, jitomates, cangrejos, armadillos, patos y perros. También representaron asambleas, fiestas, juegos, procesiones y entierros. Los mejores ceramistas eran los de Tuxcacuesco, Autlán y Barra de Navidad; pero, en general, encontrarás las figuras jaliscienses muy semejantes, por su naturalidad y alegría, a las de Los Ortices, Col., y a las del estado de Nayarit.

Asimismo, hallarás que producían gran variedad de platos, ollas y cazuelas de color crema, rojo o café, decoradas con dibujos sencillos. Unas las ocupaban en usos domésticos y otras las destinaban para ofrendas a los muertos. Fueron notables las vasijas blancas, negras, cremas y rojas de To-

toate, en Los Altos. Son del mismo estilo que otras de Zacatecas y de Cóporo, Gto. Sus figuras también son interesantes.

Empleaban la obsidiana para labrar sus armas de guerra y caza; así como cuchillos y navajas. Algunos artistas llegaron a componer mosaicos de turquesa.

De sus casas solo conocemos los cimientos, hechos con hileras de piedras que debieron estar pegadas con lodo. No eran más que chozas de troncos y varas que recubrían de lodo y techaban con palma o zacate, según la región.

En cambio, para sus templos construían grandes basamentos de piedra y lodo que revestían de estuco, como el que se halla al pie del Cerro del Ixtépete, en el municipio de Zapopan, al poniente de Guadalajara. Tal plataforma de forma piramidal, en un principio tuvo 20 metros de largo y 1.80 metros de alto.

También excavaban grandes cámaras sepulcrales para el sepelio de las personas principales. Son las llamadas tumbas de tiro; pues, tenían escalinata para descender a la cámara donde yacía el cadáver, acompañado de ofrendas de cerámica. Al terminar el sepelio, cubrían con lajas la entrada de la cripta y aterraban el pasillo de la escalinata.

Las tumbas de tiro más notables de Jalisco se localizan en Acatlán de Juárez y en El Arenal, cerca de Etzatlán. Esta última tiene tres cámaras sepulcrales, a una profundidad de 16 metros. Esas tumbas se dispusieron según modelo acostumbrado por los habitantes de El Opeño, cerca de Zamora, Mich., pero unas y otras tienen semejanza con las de Ecuador y Colombia. Otras tumbas eran más sencillas.

Como podemos apreciar, en esta Etapa I, ya se practicaba una gran diversidad de trabajos. Así se fueron creando las diferencias sociales en las aldeas que estaban gobernadas y controladas por la clase de los sacerdotes. Los otros grupos se componían de cazadores, pescadores, agricultores, artesanos (alfareros, tejedores, albañiles, lapidarios, etc) y comerciantes. Posiblemente, los jugadores, bailadores y guerreros, la mayor parte de su tiempo, también desempeñaban otros trabajos.

En cambio, en la porción norte de Jalisco que estaba situada en Aridoamérica, la civilización avanzó con mayor lentitud. Sus pobladores siguieron siendo nómadas. Su principal ocupación era la cacería y la recolección, al igual que la Etapa Prehistórica.

En la siguiente etapa consideraremos cómo se fue modificando más y más la vida en las aldeas del centro y del sur de Jalisco.

Tras la luz del oriente, nubarrones de conquista

Al decaer las famosas ciudades clásicas de Teotihuacan, Monte Albán y Palenque, otras nuevas heredaron su cultura. Entre ellas se menciona, en primer lugar, a Tula, por ser la que difundió la civilización en los lugares más alejados del Altiplano; Chichén-Itzá, en Yucatán; La Quemada, en Zacatecas, y el Ixtépete, en Jalisco.

Esta es la razón del nombre de "Tolteca" que también lleva la Etapa II de las culturas del Occidente.

Una característica de esta etapa fue que los guerreros impusieron su poder sobre las aldeas, pues aprovecharon las riquezas de los vencidos y el trabajo gratuito de los prisioneros para encumbrarse en el mando. Así que durante los últimos siglos de cultura prehispánica, también en Jalisco, el clan de los militares gobernó a las comunidades y las organizó en forma de cacicazgos.

Guerreros y cazadores, siguiendo el ejemplo de las tribus nómadas de Aridoamérica, empezaron a usar el arco y la flecha como arma más dañina.

Apareció, como otra novedad, la técnica metalúrgica del cobre, el oro y la plata. Fue introducida a la región de Colima, Jalisco y Nayarit por emigrantes sudamericanos que se desplazaron a lo largo de la costa del Océano Pacífico. El oro y plata permitieron a las gentes del Occidente confeccionar joyas y adornos. El cobre se uso para hacer agujas, coas y hachas, favoreciéndose el trabajo de los agricultores y los artesanos. Del Occidente, la Metalurgia pasó al resto de Mesoamérica.

Entre tanto, los alfareros descubrían nuevas arcillas y nuevas pinturas para su cerámica, pues al lado de los colores acostumbrados, empiezan a verse el gris, el café amarillento y el plomizo.

Los tejedores pudieron teñir sus hilos de fibra de maguey y algodón, con tintes de origen vegetal y animal; y para manejarlos mejor en su telar de cintura, formaron ovillos enrollados en malacates.

Comerciantes locales y foráneos traficaban con artículos y cerámica de lugares lejanos. En Antonio Escobedo y Sayula se descubrieron unas vasijas netamente teotihuacanas. Asimismo, se han hallado vasos de mármol con la efigie del dios Tláloc y piezas de tecalli con la forma del mono que representaba al dios Tezcatlipoca. Los mismos perrillos gordos de la cerámica colimense eran símbolos de Xólotl.

Todo ello viene a revelarnos las enseñanzas teotihuacanas y toltecas que estaban asimilando en Jalisco.

Es en el Ixtépete donde podemos comprobar el parecido más claro en-

tre la arquitectura prehispánica de Jalisco y la del Altiplano Mexicano. Los arqueólogos han descubierto que en la Etapa II se agrandó la construcción original, aumentándole otras 5 estructuras. Los muros de cada uno de los cuerpos se componen de altos taludes y tableros enmarcados por cornisas. Una escalinata central, adosada a cada estructura, daba acceso al templo que se hallaba sobre la pirámide. Ahí se dio culto al dios Colli.

En las afueras de Lagos de Moreno, se explotó una loma, descubriéndose dos estructuras. Los restos señalan que hubo ahí dos cuartos de adobe y lodo. En los interiores se levantaron columnas hechas de piedra y lodo, que sirvieron de sostén a las vigas del techo, como una imitación de las edificaciones toltecas.

Generalmente, en torno de estos edificios religiosos, se construían otros. Formaba todo el conjunto un centro ceremonial y administrativo, desde donde ejercían su poder militares y sacerdotes sobre sus señoríos o cacicazgos.

Las bases de estos señoríos eran: un territorio más o menos extenso, un mercado común para el trueque de sus productos y artículos regionales; una lengua y una religión que los distinguía de los del rededor.

Sus relaciones con los vecinos no siempre fueron pacíficas, pues los cronistas españoles del siglo XVI recogieron abundantes datos de sus frecuentes guerras.

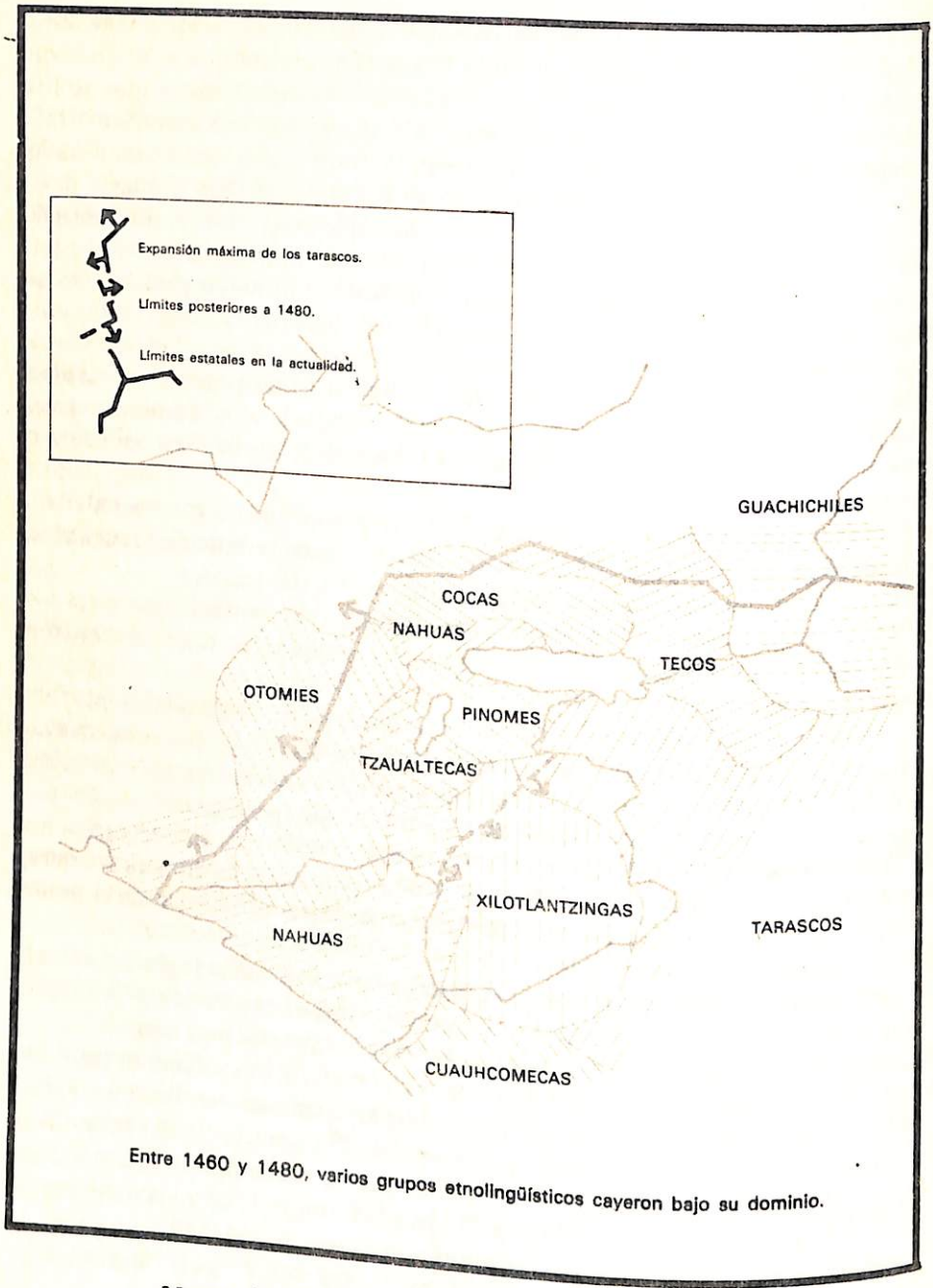
Si tomamos en cuenta los idiomas antiguos de que hay testimonio, hallamos que el actual estado de Jalisco estuvo habitado por bapanes, caxcanes, cocas, cuachichiles, huicholes, cuyutecos, otomíes, nahuas, tecuejes, tepehuanes, tecos, pinomes, tzaultecas, xilotlantzingas y tarascos.

Algunos de esos grupos sufrían el dominio de otros; por ejemplo, los del sur, debían pagar tributo al señorío de Colima. De la misma manera, hacia 1460, se empezó a extender peligrosamente hacia el poniente el poderoso Imperio Tarasco.

El principal fin de sus conquistas era extraer de estas regiones sal, algodón, cobre, oro, plata, cinabrio, jade, cera, miel, cacao, plumas finas, pieles, grasas vegetales, linaloe, gomas, resinas, copal, axina, etc.

Así quedaron bajo su dominio los tecos de Cuitzeo y Coinán (hoy La Barca); los cocas de Tonalá y Tlajomulco; los pinomes de Tizapán y Zacoalco; los tzaultecas de Sayula y Amacueca; los nahuas de Ajijic y Chapala; los otomíes de Zapotitlán y Tuxcacuesco; los xilotlantzingas de Pihuamo, Tamazula y Zapotlán (hoy Ciudad Guzmán). Hasta los avanzados colimenses sucumbieron a sus ataques.

El cacique Colimotl logró coordinar la resistencia general contra el Imperio de los Tarascos.



Entre 1460 y 1480, varios grupos etnolingüísticos cayeron bajo su dominio.

Mapa 3. EXPANSION DEL IMPERIO TARASCO.

Este hecho sirvió para que un historiador tapatío, Ignacio Navarrete, en 1872, creara la leyenda de una "Confederación Chimalhuacana" formada por 3 monarquías, 8 señoríos y más de 8 tlatoanazgos. Pero, en realidad, ya ningún historiador concede crédito a la supuesta "Confederación Chimualhuacana".

Con todo, los tarascos, a partir de 1480, fueron rechazados de la región de Cocula y Amula, derrotados en Zacoalco y desalojados de Colima. De modo que en el siglo XVI, ya solo retenían, en Jalisco, la zona comprendida dentro de una línea imaginaria entre Tuxpan, Mazamitla y los límites con el estado de Michoacán.

Al caer el Imperio Tarasco en poder de Cristóbal de Olid, capitán de Hernán Cortés, quedó abierta la puerta para la conquista española de Colima y Jalisco (1523).

Hombres barbudos, armados de hierro, dominan la tierra

Aun antes de que la ciudad de Tenochtitlan cayera en poder de los españoles, Hernán Cortés se preocupó por llevar a efecto el plan de Cristóbal Colón de buscar una ruta que facilitara el comercio entre España y Asia. Con tal motivo y también para conocer los recursos con que contaban el imperio de Moctezuma y la majestuosa Tenochtitlan, envió a Gonzalo de Umbria hacia las tierras de Occidente, con el encargo especial de localizar los yacimientos de metales preciosos y sitios apropiados para la navegación.

Pero, sobre todo, ganada la ciudad azteca, el conquistador despachó en todas direcciones a sus principales capitanes. Había que someter a los pueblos, descubrir las minas existentes y explorar los ríos y los puertos naturales que ofrecieran posibilidades para las exploraciones marítimas. Así fue como a las costas del Océano Pacífico, llamado entonces Mar del Sur, llegó Rodrigo Alvarez Chico. Esa primera expedición recorrió hasta la desembocadura del río Balsas, en el sitio llamado Zacatula.

Dominado también el Reino Tarasco, en 1522, por obra de Cristóbal de Olid, Cortés dio orden para que se trasladara a Zacatula y estableciera ahí un astillero. No todos los historiadores aceptan el que Olid haya ido personalmente hasta Zacatula, pero es cierto que un subalterno suyo, Juan Rodríguez de Villafuerte, sin ninguna autorización, con unos 140 soldados españoles y algunos centenares de tarascos, se desvió de la ruta señalada, llegando a Tecomán, en el actual estado de Colima, solo para ser derrotado por los locales. Tuvo, sin más, que replegarse sobre Zacatula. En el verano de 1523, Gonzalo de Sandoval partió de ahí para vengar el desastre y extender hacia el Occidente las conquistas de Cortés.

Dominado el valle del río Armería, dispuso la fundación de la Villa de San Sebastián de la provincia de Colima, que quedó establecida en su sede definitiva entre 1523 y 1525.

Entre tanto, por el rumbo del lago de Chapala, también habían llegado a la región de Zapotlán y Sayula otros españoles al mando de Alonso de Avalos. Estos a diferencia de los primeros, fueron recibidos en paz; de seguro, por la influencia que aún ejercían sobre la zona los señores de Tzintzuntzan, que, igualmente y casi sin combatir, se habían dado a los españoles.

Con la llegada de esos hombres vestidos de hierro, jinetes de impresionantes bestias, rubios como el dios Yequi, barbados como raíz de zacatón, dueños de rayos y truenos, ¿qué perspectivas se abrieron para el conocimiento recíproco y el trato entre extranjeros y nativos? ¿Cómo se modificó esta región, donde la vida y el trabajo de la sociedad indígena se habían anticipado por siglos a la presencia española?

Algo podremos saber de ello, si atendemos a los relatos y descripciones que hicieron tanto los conquistados como los conquistadores. En esta ocasión recurriremos a los textos que nos legaron; así como, anteriormente, para reconstruir su historia, habíamos recurrido a los descubrimientos y las enseñanzas de los arqueólogos.

Comenzaremos por contemplar cómo procedía la vida económica de la población aborigen, para pasar luego a su organización social y a sus creencias religiosas. Así, más adelante, podremos constatar mejor los cambios que impuso la penetración española en Occidente.

Tras los primeros encuentros, unos amistosos, y otros guerreros, los españoles empezaron a entrar en contacto con los nativos. De la observación de aquellos y de los informes de éstos, se formó la imagen de un mundo y una sociedad que, forzosamente, por las exigencias de los dominadores, se tendría que transformar.

La nota más sobresaliente del mundo prehispánico en el Occidente era la falta de grandes ciudades, como las que existían en el Altiplano Central o en la región de los lagos de Michoacán. Los indígenas habrán comunicado que apenas si habría unas ocho que pudieran ser tenidas por ciudades: en las tierras bajas y calurosas de Colima, se asentaban Alima, Tecomán y Cihuatlán. Un poco más arriba, en tierras jaliscienses, estaban Milpa y Autlán. Los valles más altos eran los más favorecidos; ahí encajaban Tamazula, Zapotlán y Tuxpan. Esta última aumentó mucho en población al llegar al lugar un grupo nahoa que había emigrado del sur, al quedar sin tierras por la fundación de Colima.

Los sitios arqueológicos, los asentamientos humanos y los volcanes, lagos y ríos.

Mapa 4. EL AREA CULTURAL COLIMA-JALISCO-NAYARIT.

Por lo general, esos centros urbanos estaban construidos por una población humana de cinco a diez mil habitantes.

Se ha calculado que entre la zona michoacana de Coalcomán que colinda con Colima, la propia región colimense, Cihuatlán, Milpa, Autlán y Espuchimilco, habría unos 200 mil pobladores. En las regiones más altas y frescas, como las de Tamazula, Zapotlán, Tuxpan, Amula y Martín Monje, vivirían otros 150 mil, al momento de la entrada de los conquistadores. Por desgracia, los datos que existen sobre otras zonas del estado de Jalisco, corresponden a fechas muy posteriores al primer encuentro entre la cultura nativa y la española.

Las ciudades, las poblaciones menores y todas las aldeas diseminadas en las laderas, valles y barrancas abiertas, hallaban su principal sustento en la agricultura. En la mayor parte de las localidades, los cultivos solo rendían lo suficiente para las necesidades de la comunidad. En cambio, en sitios favorecidos por la feracidad de la tierra, la abundancia del agua y la benignidad del clima, se consechaba más de lo indispensable y se comerciaban los excedentes.

Junto con la agricultura, también cuidaban de los árboles frutales y hortalizas, según se los permitieran las condiciones naturales y sus instrumentos de trabajo. Por ejemplo, la zona montañosa y fraccionada por multiples barrancas que se extiende al norte del Volcán de Colima, entre Tuxpan y el Valle de Cihuatlán, conocida por el nombre de Amula, hecha de fuertes relieves de tierras altas, de valles cerrados, de superficies muy erosionadas entre las barrancas y los bancos de la sierra, obligaba a sus pobladores a construir prados en declive y a buscar un mayor aprovechamiento de las tierras montañosas. En cambio, por el mismo rumbo, las barrancas de Zapotitlán daban cacao; pero el algodón lo debían conseguir en Colima. Cuzalapa, por su parte, levantaba dos cosechas de maíz al año.

Hacia el poniente de Amula, la zona montañosa de Tenamaxtlán y Tecolotlán era templada. Milpa y Autlán, cálidas pero fértiles. Trasponiendo la sierra, más hacia el oeste, Espumichilco se mostraba tropical. Pero, conforme se avanzaba hacia el centro y el norte, se reducía el agua, los suelos eran menos profundos y más resistentes al trabajo del hombre. Por ejemplo, los españoles que fueron avecindándose en la zona de Teocaltiche, tuvieron problemas para aclimatar las plantas y los frutales de Castilla en esa región de escasas cosechas de maíz, frijol y calabaza; aunque abundante en chilares y magueyales. En tales latitudes, el algodón que se empleaba procedía de los valles tibios del río Verde y del Juchipila.

Al lado de los productos de la tierra, las familias criaban patos y guajolotes en sus corrales. Engordaban perrillos de una especie comestible y

cuidaban enjambres de abejas para endulzar alimentos y bebidas con su dorada miel.

Mas, como decíamos, la producción no rebasaba los límites del propio consumo y su comercialización era rara.

...el trabajo de sus hombres y sus alimentos

Sin duda, era el cultivo del maíz, la calabaza y el frijol el más practicado. Preferían las tierras blandas de los llanos y de las orillas húmedas de lagunas y ríos. En varios lugares los españoles encontraron canales y zanjas para el riego de los campos. Lo hacían, no por surcos, pues se desconocía el arado, sino inundando todo el terreno o conduciendo el agua hasta el pie de las plantas. De este modo podían trabajar la tierra todo el año. Su principal instrumento de labranza era la coa, que hacían con madera de roble o encino, endureciéndola al fuego. La coa tenía forma muy parecida a las palas que usan hoy en día los panaderos.

En los terrenos menos suaves empleaban coas de cobre. Ahí solo podían trabajar en la época de lluvias. Para ello cavaban pequeños pozos donde depositaban juntas unas tres o cuatro semillas de maíz, frijol y calabaza.

Entre los productos secundarios cultivaban la chía, el bledo, las verdolagas, el chile, los cacahuates, el camote y la yuca. Solo las regiones cálidas producían algodón, tabaco y cacao.

Algunas laderas de los cerros estaban transformadas en terrazas de cultivo, para aprovechar mejor la humedad y conservar la tierra buena. Pero, en general, la forma más común de preparar terrenos de labor era la de la roza. Con hachas de cobre cortaban la maleza, le prendían fuego y esparcían las cenizas que, en un principio servían de abono. Por algunos años trabajaban el terreno hasta que agotada la tierra, se veían abligados a mudarse a otro que también rozaban y quemaban.

En el fondo de las barrancas anchas y en los valles tropicales tenían huertas de cacao. Aunque Colima era la más rica en este artículo, otros puntos costeros de Jalisco, como Barra de Navidad, Purificación y Bahía de Banderas, también lo producían. En las zonas cálidas y templadas tenían su reino las guayabas, los aguacates de piel negra o verde, los zapotes blancos y prietos, las ciruelas y las chirimoyas. Hacia Tenamaxtlán molían las vainas y semillas de los mezquites para preparar una gruesa harina que almacenaban. Un polvo semejante lo obtenían de las semillas de los guajes, para mezclarlo con maíz, a manera de *pinole*. Los guamúchiles tam-

bién eran apetecidos. Y en las zonas tropicales, los retoños y cogollos de las palmas de abanico eran incorporados a la dieta general.

Con fines ornamentales y ceremoniales cuidaban de las flores. Cubiertas con ellas, las casas se convertían en tiestos. Las mujeres se engalanaban con sus colores y llevaban sus nombres. Algunos caciques usaban como cetro una magnolia o *yoloxóchitl*. A los nativos el nombre de Tolimán les recordaba a la *axúchitl*, o flor de agua, con olor de azucena.

Pero sin duda, una planta ganaba todos sus aprecios. Por la importancia que, andando el tiempo, cobraría en nuestro Estado hasta convertirse en uno de sus símbolos más representativos, transcribiremos lo que dos indígenas de Zapotitlán expresaron del maguey:

> Hay en esta provincia un árbol llamado *mexcate* que llaman los españoles maguey del que se hace vino, vinagre, miel, sogas, ropa, madera para casas, agujas clavos, hilo, bálsamo para heridas. Muy aprobados tiene este árbol estos efectos buenos. Es de altor de un estado; tiene las hojas como tejas de casas; echa un astil de más de tres estados de largo.
>
> (*Descripción de Zapotitlán*, 22 de agosto de 1579).

Aunque en la mayoría del actual estado de Jalisco la vida ya era sedentaria con base agrícola, la caza en los bosques y en las llanuras seguía proporcionándoles agradable complemento alimenticio con la carne, sobre todo, de venados, conejos y liebres. Las batidas de cacería se realizaban en conjunto, procurando llevar a los animales a trampas naturales acorralándolos entre todos. Las principales armas de esta caza mayor eran las lanzas y jabalinas, así como también los tensos arcos y las punzantes flechas.

Ríos y lagunas ponían a su disposición peces de variadísimas especies. Su carne era tan apreciada que los habitantes de Nochistlán y Teocaltiche pagaban parte de sus tributos en favor de su cacique o capitán mayor de las guerras con pescados. A las orillas de las lagunas y los esteros mataban aves acuáticas comestibles, principalmente patos y ansares. Empleaban anzuelos, arpones, redes y nasas. Formaban balsas con un centenar de guajes o bules amarrados entre sí reforzados con una red. En ellas o en canoas labradas en tronco de árboles se desplazaban sobre las aguas.

Entre los instrumentos de cocina que empleaban las mujeres nunca faltaban los molcajetes y metates de piedra, prácticamente de la misma forma que hoy los conocemos, montados en tres soportes. Algunos molcajetes eran de barro cocido y muy duro; en este caso tenían estriado el fondo. Ollas, cazuelas, jarras, vasos y vasijas completaban el equipo culinario.

La preparación de la comida de carne consistía en un ligero asado.

Con la masa húmeda del *nixtamal* preparaban tortillas y tamales. El *pinole* lo obtenían moliendo granos de maíz tostado. cocían los frijoles y las verduras. Tenían como condimento la sal de mar, pero en lugares alejados de la costa y propios de zonas salitrosas purificaban el tequesquite. Para ello, como también en el caso de la sal marina, filtraban el agua salada en recipientes de arena. Luego, en ollas, la ponían al fuego hasta desaparecer la humedad. Como sazonadores y sabroseadores eran infaltables el chile y el epazote. A ello cabría añadir toda una variedad de frutos, semillas y raíces que, mediante la recolección, seguían obteniendo.

Los vestidos, las casas y los mercados

Para la construcción de sus casas, clavaban en los cimientos unas hileras de estacas o troncos de árbol, ahorquillados en la punta. Sobre las horquetas amarraban los extremos de las vigas principales, atándolas con cuerdas de corteza de árbol o de ixtle. Sobre ellas trababan o liaban las viguetas o morillos para sostener el techo. Toda esa armazón era a base de tijeras o vigas cruzadas. Una gruesa capa de paja, zacate u hojas de palmera amarradas protegían del sol, la lluvia y el viento.

Las casas tenían puertas de otate o carrizo, pero no ventanas. La teja también era desconocida. Las paredes eran de otate, carrizo o varas revestidas de lodo. En ocasiones se empleaba el adobe pegado con lodo.

Dentro de la casa, el ajuar era sumamente sencillo. Como lechos tendían petates y esteras. Algunos fabricaban equipales o sillas en forma de tambor, con una armazón de tirantes diagonales de madera que cubrían con cueros.

Tejedoras y tejedores empleaban el algodón, el pochote y los pelos del conejo; a veces, las fibras del maguey y de la palmera. Teñían sus telas de vestir con índigo o añil. Las ropas más vistosas eran las pintadas con la grana de la cochinilla. Autlán la producía en tal cantidad que durante siglos se le llamó Autlán de la Grana. Había prendas lujosas bordadas con finas plumas de aves.

El vestido de los varones era muy sencillo; consistía en un braguero al que, en la estación fría, se le añadía una capa. Las mujeres usaban una falda blanca cerrada y angosta, que les llegaba hasta la espinilla y era de algodón. También empleaban un *huipil* abierto a los lados. En ocasiones se ponían encima una manta coloreada. Los jefes civiles, militares y religiosos lucían un atuendo más llamativo y solemne. Los guerreros iban a los combates protegidos por una coraza de algodón acolchado. Las mujeres y los constituidos en mando se adornaban con collares, pendientes y pinjan-

tes de oro y plata, así como con cuentas de jade. Mas todo variaba de región a región.

Los núcleos humanos con un mayor número de habitantes y donde ya se hallaban completamente diferenciadas las actividades de los jefes guerreros y religiosos frente a las de los demás trabajadores, pudieron destinar a algunos de sus miembros a producir artículos no solo para el uso y el consumo local, sino también para intercambiarlos con pueblos más o menos lejanos. El trueque comercial de los pueblos prehispánicos de Jalisco no consiguió ciertamente, la importancia de los centros urbanos y comerciales del Altiplano. Con todo, por los objetos descubiertos en diversos lugares del Estado, se sabe que comerciaban con regiones distantes y numerosas.

En Antonio Escobedo y Sayula, se localizaron vasijas de confección teotihuacana. El añil llegaba de Jiquilpan, Mich. El algodón procedía de Colima, Comala y Purificación. algunos efectos de cerámica guanajuatense han aparecido en regiones de Los Altos. Dígase otro tanto de los llegados de Nayarit.

Tamazula era una ciudad con mercaderes ricos y muy bien relacionados con los jefes y las principales autoridades. En esta ciudad y en Zapotlán trabajaban finamente la plata; tanto para cubrir los tributos del emperador tarasco, como para adornar a sus personas y sus dioses. También existió el comercio de la plata en la porción oriental de la provincia de Amula.

Además del mercado de todos los días, en las principales poblaciones se organizaba cada cinco días el *tianguis* que convocaba a mercaderes de otros lugares. Todavía a fines del siglo XVI, bajo el dominio español, se continuaba realizando ese mercado periódico en ciudades como Guadalajara, Zapotlán, Sayula, Tamazula, etcétera.

Además del trueque directo entre las mercancías se estilaba como una forma del valor el *tapatíotl*, consistente, según el historiador jalisciense José López Portillo y Weber, en un terno de redecillas con diez granos de cacao cada una. Mas es probable que el *tapatíotl* equivaliera a varias cantidades, toda vez que en la Guadalajara del siglo XVII, tenía un valor de cinco granos de cacao.

Por lo que aún se usaba en la época colonial, la manera de organizar el *tianguis* consistía en puestos alineados unos tras otros y agrupados según las diferentes mercancías.

Se recuerdan los mercados de Milpa, Autlán, Ayuquila, Jiquitlán y Teutlichanga, entre otros. El *tianguis* fortalecía las relaciones entre los poblados y aseguraba su existencia; en cambio, cuando un grupo que no practicaba el mercado se apoderaba de una región o una aldea, éstas ve-

nian a menos o desaparecían, como sucedió con los habitantes de Coyutlán que cayeron en manos de una comunidad muy primitiva.

La gente era fuerte; la familia, grande

Las *Descripciones Geográficas* que, cincuenta años después de la conquista, hicieron los indios de algunas poblaciones, recuerdan con una cierta nostalgia y con especial insistencia dos rasgos de la generación de sus mayores: la abundancia de la población existente antes de la conquista y el vigor, la salud, la buena disposición de sus personas. Y el recuerdo se convertía en lamento, al constatar la penosa situación en que después se hallaron muchos pueblos antes florecientes.

De lo poco que, en cifras, se puede conocer de la población indígena prehispánica, tenemos, además de los 200 mil que vivían hacia la costa y de los 150 mil en los valles altos del sur de nuestro Estado, que entre Cihuatlán y Navidad vivían unos 15 mil. El Valle de Milpa, incluyendo a Autlán, albergaba 37 mil pobladores. El Valle de Espuchimilco contaba con una densidad mayor que la actual; en cambio, los pueblos de Martin Monje, es decir, desde el sur de Tenamaxtlán hasta Unión de Tula, tenían menos que hoy. De la misma forma, el rumbo de Ciudad Guzmán ha superado en mucho la situación antigua. Tenamaxtlán superó las cinco mil gentes. Un poco más eran los de Ameca, en donde se llegó al número de dos mil indios de pelea. Los informes generales de Zapotitlán, Tuxcacuesco y Cusalapa de 1579, asientan, sin precisar más, que antiguamente tenían una mayor cantidad de gente. La *Descripción* de Teocaltiche también menciona a un millar de hombres de guerra.

Y mientras, al paso del dominio español, los pueblos decaían, la memoria del indio conservaba la imagen de unos antepasados vivos de ingenio y de gran empuje en el trabajo y los combates.

No hay ninguna exageración en aceptar que el indio antes de la conquista estaba bien alimentado. Se había aclimatado perfectamente en su lugar de residencia. Su trabajo, aunque ímprobo y pesado por los pocos recursos técnicos, no era agotador. Todo ello, por ejemplo, lo ponían de manifiesto los informantes indígenas de Ameca que tanto padecieron por el traslado de su población, por la alteración de sus costumbres alimenticias y por los trabajos extenuantes de tener que servir de cargadores a los españoles. Ahí mismo aseguraron que antes "vivían muchos más años y tiempo que ahora, y que ninguno de ellos moría por enfermedad, sino de puro viejos venían a abrirse o quebrarse por el espinazo; y si algún mancebo o mozo moría, lo tenían por cosa de grande espanto".

Aunque no hay duda que tales relatos tienden a idealizar el pasado indígena, bien pueden servirnos para conocer algo de la sociedad aborigen, que encontraba muy distinta a la nueva realidad.

En todo poblado se podia observar cómo las casas estaban aisladas unas de otras. Generalmente, se levantaba en medio de su *coamilli* o huerto familiar, del que sacaba el sustento de la tierra. No era raro que en una sola casa, de unos 20 ó 30 pies de largo, vivían una o más familias, pues la benignidad del clima de muchos lugares les permitía pasar la mayor parte del día en el exterior. También había casas o chozas de planta circular, pero eran más pequeñas.

En cada familia el padre era el centro, y aunque tenía una esposa, podia tomar otras mujeres, con tal que las mantuviera. Los adulterios eran severamente penados y, en ocasiones, desataban riñas y hasta guerras. Los culpables merecían la muerte,al igual que los ladrones.

La educación que impartían los padres a sus hijos insistía en que fueran animosos y valientes y que no hurtasen ni levantasen falsos testimonios. Los motivaban a ello por la razón de evitarse los castigos de la sociedad y porque no enojasen "a su dios que estaba en lo alto", lo que nos permite comprender el sentido religioso que animaba su moral.

La economía hogareña tendía a bastarse por sí misma, pues la casa contaba con terreno para siembra, huerto y jardín. Las mujeres trabajaban sus telares de cintura y fabricaban sus cacharros de cerámica. Los varones tejían cestas, costales y morrales; torcían cuerdas y confeccionaban hamacas, construían *equipales* y elaboraban petates. En la misma casa se fermentaba el agua miel de los magueyes; se machacaban las ciruelas para producir vino; se cortaban las colmenas y se molían los granos y semillas. Casi todos tenían corrales y jaulas. Algunos trabajaban los metales del oro, el cobre y la plata; otros se dedicaban al arte plumario o a componer mosaicos de piedras semifinas.

Aunque en una casa convivían varios núcleos familiares y aun los medios hermanos y sus respectivas madres formaban parte del hogar, el padre y en ocasiones el abuelo, era el lazo de unión entre el hogar y la colectividad. Las relaciones con la comunidad se reforzaban por el hecho que los jefes de familia y sus hijos mayores tenían la gran obligación de participar en las guerras, entregar tributos y trabajar las tierras de los caciques y gobernantes. Pero naturalmente, los lazos familiares más fuertes corrían entre padres e hijos.

La sociedad tenía niveles y desniveles

Conforme habían ido diferenciándose unos trabajos de otros y creciendo la cantidad de artículos y productos destinados a la venta, en las poblaciones más desarrolladas del sur y del suroeste del Estado, se fueron formando diversos grupos sociales. En la escala social se hallaban los jefes civiles y militares, los sacerdotes, los mercaderes, los artesanos, los agricultores; a éstos se asimilaban los pescadores y cazadores, aunque, casi tiempre tenían tareas en común. En las cabeceras y centros urbanos, si bien muy modestos, algunos mandatarios aprovechaban el trabajo y los servicios de sus prisioneros de guerra, a los cuales esclavizaban hasta que sus paisanos podían libertarlos con otra guerra, como acontecía en Tenamaxtlán. En casi todos los lugares, por lo general, los cautivos acababan siendo sacrificados a los dioses locales. En algunos sitios había mujeres como cacicas.

Los jefes civiles y militares y los religiosos procedían en la organización de la gente con mutuo entendimiento. Así, en Ameca, el cacique con-

taba con un *nahualehca,* una especie de visionario que anunciaba al pueblo los acontecimientos. El jefe transmitía esos oráculos a sus *tequitlatos* quienes se encargaban de ejecutarlos en los *tlajilacales* o barrios.

Entre otros subalternos de los caciques se hallaban los "embajadores", a quienes estaba confiada la declaración de guerra a los pueblos enemigos. Eran, prácticamente, intocables.

Por su parte los *teopisques* o sacerdotes ejercían el poder religioso. Presidían las ceremonias, conservaban las imágenes de los dioses en el interior del templo; efectuaban los sacrificios y organizaban los *mitotes* o danzas rituales, en las que participaba toda la población.

Jefes civiles, militares y religiosos eran sostenidos por los tributos de la población. Dirigían la guerra y la sociedad.

En el nivel intermedio, se colocaban los comerciantes. Por su importancia económica para la ciudad, gozaban de consideraciones; además que, como los de Tamazula y Zapotlán, ellos sabían guardar muy buenas relaciones con los mandatarios. Sus casas, mejores que las del común, debían contar con un almacén donde hallaba lugar el algodón, el pochote, las plumas finas, las fibras de palma y maguey, junto con los colorantes vegetales y animales, materiales todos ellos empleados en los telares. Ahí también cabían pieles, los cueros, las mantas y las telas. No sería raro encontrar en su bodega cerámica fina, así como también joyas de oro y plata, veneras, pendientes, brazaletes, ajorcas; o hachas, coas y demás objetos de cobre; escudos, corazas, artículos de jade, pedernal y sílice, y hasta conchas, caracoles y flores y plantas medicinales, venenosas, narcóticas y afrodisíacas.

Sus familiares, y tal vez también sus esclavos, llevando tales mercancías sobre sus hombros, los acompañaban en sus recorridos hacia las otras ciudades donde se celebraba el *tianguis,* como en los sitios antes mencionados.

Dedicados al trabajo del campo, a la cacería de animales comestibles, a la pesca y a la recolección de frutos y raíces, pasaban los días los llamados *macehuales.* De este grupo social, en Ameca se decía que sabían obedecer a sus jerarcas en gran manera. De sus productos obtenían su subsistencia y cubrían la carga de los tributos para sus caciques. El señor de Zapotitlán no los cobraba periódicamente, sino cuando los necesitaba; entonces la población debía entregarles joyas, collares, rodelas, maíz, frijol y algodón. Por su parte, el de Teocaltiche y Nochistlán, como su gente era más bien nómada y guerrera, exigía piezas de caza y pesca. Otros, como el de Cuzalapa, solo demandaba como tributo el que le plantaran y trabajaran sus tierras y sus huertas de cacao. Los de Tuxcacuesco entregaban a su señor Yoteactte algodón, maíz y guajolotes.

Además de esta consignación de parte de sus haberes, la población masculina debía participar en las campañas de guerra. No se sabe que haya existido un ejército de planta; pero, sin duda, sí era necesaria una plana de oficiales avezados en el arte de matar y de no dejarse matar. Eso se puso de manifiesto en los choques militares que sostuvieron los indígenas para rechazar a los invasores españoles, en combates contra Nuño de Guzmán, como en Tonalá y en Atecomatlán, y en el asalto simultáneo que en 1540 dirigieron los indios rebeldes contra Compostela, Guadalajara y Purificación, quedó muy en claro la capacidad de los nativos para idear tácticas comunes, planear estrategias y realizar ataques bien coordinados.

Una danza típicamente jalisciense que aún se celebra, la de los "tastoanes", conserva la figura de los antiguos caciques prehispánicos, encargados de organizar la guerra y medir y asignar tierra a los *macehuales*. En su fondo se puede encontrar cómo los señores o caciques antiguos tanto tenían el poder civil como el militar, en una sociedad que estructuraba sus grupos para que, al interior, rindieran tributos, y al exterior afianzaran el dominio del poblado, sobre la comarca.

...Y una sencilla armazón política

En este punto es necesario aclarar, para evitar confusiones, que cuando hemos usado términos como "el estado de Jalisco" o "nuestro Estado", no era para referirnos exclusivamente al territorio que hoy, y oficialmente, forma la entidad jalisciense dentro de la República Mexicana. Aún más; en el tiempo que venimos tratando, *Xalisco* no era más que una población cercana a Tepic. *Jalisco,* pues, en todo el tratamiento de la época prehispánica y en los tres siglos de dominación española, solo significará en general, esta región del Occidente de México; y no debe hacerte pensar en ninguna clase de límites territoriales o jurídicos, como a los que hoy estamos habituados.

Nos vimos obligados a esta aclaración por el hecho que las distintas sociedades humanas que hemos mencionado, no reconocían más fronteras que las naturales de los ríos, montañas y barrancas. Sus ámbitos de dominio y control eran imprecisos e inestables. Se ganaban y perdían con la suerte de la guerra entre los innumerables grupos. En ocasiones, rebasaban los linderos que hoy consideramos como definidos, y en otras, se reducían notablemente. Asimismo, la historia de muchos grupos humanos no es enteramente desconocida.

En fin de cuentas, no existía ningún elemento ni el mínimo indicio de

una conciencia, entre aquellos hombres, de estar constituyendo un estado o una nación común frente a los demás.

Debemos imaginar aquellas sociedades en una fase de transición entre un nivel prepolítico, propio de la comunidad primitiva, y un grado de desarrollo político conseguido por la fusión de varias tribus patriarcales que formaban, por su decisión o por haber sido conquistada, un poblado que. con buena voluntad, hemos tomado como "ciudad". En ella el desenvolvimiento de la vida política alcanzaba hasta la existencia de los jefes que, como vimos, retenían el poder civil y guerrero o el religioso para controlar, mediante los tributos y creencias, a los suyos y para utilizar a los extraños como esclavos.

Predominaban los cacicazgos o señoríos independientes; de vez en cuando, sujetos a otros por la fuerza de las armas. Los informantes indígenas de Teocaltiche y Nochistlán aseguraron que sus antepasados tenían guerras continuas con los de Juchipila, Jalapa y Yahualica, y hasta con los del pueblo de Temacapulín y los tarascos. Zapotlán, Tamazula y Tuxpan se mantenían en pie de guerra constantemente contra la gente de Colima, Cihuatlán, Autlán, Cuzalapa, Tenamaxtlán y con las lejanas Ameca, Etzatlán y Ahualulco. Por su parte, una especie de señorío colimense ejercía su poder por los rumbos de Zapotitlán y Tolimán, y les cobraba tributos de miel y en plata. Ameca era fuerte, pudo resistir a todos los que la ambicionaron. Inclusive a los tarascos; pero no se supo contener contra Etzatlán y Cocula. En ocasión llevó a sus ejércitos contra Tenamaxtlán. Asimismo, Tuxcacuesco y Autlán eran los eternos rivales de la región de Amula y los pueblos de Martín Monje.

Motivos y pretextos para la guerra no faltaban. Invasión de los cotos de caza considerados como propios; cautiverio de algún paisano a manos de los adversarios; robos de cosechas o de mujeres; aprovechamiento de un manantial o río, etcétera.

Para los combates se aprestaban los dos ejércitos colocándose en hilera frente a frente, a tiro de flecha. Cuando se agotaban los proyectiles, venía el momento de las macanas, mazas y piedras. Cascos, escudos emplumados y petos acolchados los defendían de muchos golpes. Algunos, para mayor libertad de movimientos, preferían entrar desnudos al combate.

Todo ello nos hace entender que, en la época prehispánica, no hubo, prácticamente, ninguna unidad ni unificación política entre los pueblos del actual estado de Jalisco; si no fue la que, como invasores, entre 1460 y 1480, impusieron los conquistadores tarascos que irradiaron su poderío de la ciudad de Tamazula como centro. Mas, como hemos señalado, su dominio duró poco y, por consiguiente, la forzada unificación también. De modo

que derrotado Zuanga en Zacoalco, gracias a una coalición dirigida por el señor de Colima, y retirándose gradualmente los tarascos, los diferentes cacicazgos volvieron a su autonomía y reimpusieron a sus jefes locales, como en Zapotitlán que, después de estar controlado por tres caciques tarascos, levantaron a uno suyo, apodado "el hombre vestido de plata". Lo mismo sucedió en otros lugares.

Ante tales datos, una supuesta "Confederación Chimualhuacana" que habría existido y actuado para desalojar a los tarascos, en 1480, y para resistir a los españoles de Nuño de Guzmán, en 1530, no es más que una ficción histórica, como luego tendremos oportunidad de considerar.

...Para hacer la guerra o vivir en paz

Algunos historiadores del siglo XIX y del presente, abusando de los términos, han usado expresiones como *tlatoani, hueytlatoani,* rey y otras, para designar a los señores o caciques locales. Ni el nivel social y político en que

se hallaban nuestros pueblos a la llegada de los españoles, ni las fuentes de información histórica permiten tal cosa.

Los cuadros de poder eran sumamente sencillos, como lo veíamos al estudiar los grupos sociales. Había un jefe político, a quien hemos denominado como señor o cacique, quien hacía llegar su poder a los barrios o aldeas, mediante la acción y la fuerza de un *tequitlato* o mandón, asistido por alguna gente de armas. Al exterior despachaba a sus representantes o, por darles un nombre, embajadores de paz y de guerra.

El señor, en la noche y después de los trabajos comunes del día, en la plaza del pueblo y a la luz de las lumbradas, se reunía con los principales ancianos para tratar asuntos comunes. Ese consejo de veteranos podía incluir a los parientes más allegados del cacique, a los mercaderes, a los guerreros o a los *teopisques* de los templos, según fuera el asunto; pero no debemos imaginarlo como todo un senado; ni sus componentes como si fueran miembros de una nobleza totalmente constituida.

Era, más que nada, el recurso natural e indispensable que tiene todo grupo humano para reorientarse y sobrevivir. Por eso, no era de extrañar el que la gente común, o los macehuales, acudieran a sus sesiones para hacerse oír, en sus querellas.

Tampoco se había alcanzado el nivel jurídico de las leyes codificadas, a la manera de *Las Ochenta Leyes de Netzahualcóyotl* que tenían presentes y aplicaban los *tecuhtlatoque* o jueces aztecas, en los varios tribunales que actuaban en la ciudad de Tenochtitlán. No, el ejercicio y las exigencias de la justicia en nuestra región no podían conocer más que en casos de robos de bienes y mujeres; de engaños y testimonios falsos; de homicidio de un miembro del propio grupo o de incumplimiento con los deberes de la guerra. En tales asuntos, o el señor daba la sentencia, casi siempre de muerte, como en Ameca, donde ejecutaban a los reos dándoles con una maza en el cogote hasta que morían; o, en cambio, se abría la puerta a la venganza del ofendido. En otros casos se procedía a un duelo entre ofendido y ofensor, confiando a las flechas la aplicación de la justicia final.

Esta escasa evolución en las ideas sobre la justicia, se debía al poco desarrollo que en aquellas comunidades tenía la propiedad privada. Casi todos eran dueños de bienes movibles, como los instrumentos y los frutos de trabajo; pero casi nadie, si no eran los caciques y otros mandatarios, tenía más propiedad que el *coamilli* que se les asignaba en posesión familiar. Las tierras, el bosque, los arroyos, las lagunas, eran de propiedad comunal. El derecho a usar de ellos lo imponía la voluntad y la fuerza del gobernante, contra quien no había más remedio que sujetarse o morir.

Con tal sistema de organización política, en el interior de las comunida-

des, y con la extendidísima costumbre de pelear unas comunidades con otras, era difícil esperar que reinara la armonía, siquiera entre los pueblos sedentarios y semiurbanos; no digamos, entre huicholes, caxcanes, tecuejes y demás nómadas, que repartían su vida entre la guerra y el pillaje.

Sin embargo, podemos encontrar en el comercio un lazo de unión y entendimiento entre los diversos pueblos. Esta reflexión nace de la abundancia de figuras de barro y de objetos de cerámica, metal y piedra que, muy parecidos entre sí, se han descubierto en lugares que hoy son de Colima, Jalisco y Nayarit. La gran difusión de esos artículos no pudo ser resultado de la simple imitación de pueblo a pueblo, pues las distancias y las dificultades de los caminos de entonces lo impedían. Sin exagerar la nota, podemos pensar que dichos artefactos y otros ya desaparecidos, eran surtidos por mercaderes. De esta forma, al satisfacer las necesidades de pueblos extraños, ponían a sus compradores en condición de guardar mejores relaciones con los pueblos fabricantes.

Sin duda, es más instructivo tratar de descubrir cómo el comercio sirvió para que puntos tan distantes y distintos se conectaran entre sí, que seguir aceptando la leyenda de la "Confederación de Chimalhuacán", que según sus imaginativos inventores, habría unificado las tres monarquías o *hueltlatoanazgos* de Tonalá, Xalisco y Aztatlán, con sus ocho *tlatoanazgos* o cacicazgos tributarios de Tetlán, Tlajomulco, Tololotlán, Tala, Zapotzingo, Sentispac, Acaponeta y Culiacán, y con una infinidad de *tlatoanazgos* independientes, como Coinán, Chapala, Sayula, Zapotlán, Autlán, Etzatlán, Tacotlán, Teocaltiche, Yahualica, Nochistlán, Teúl, Tlaltenango, etcétera.

La más simple observación de las condiciones geográficas, étnicas, lingüísticas. culturales de aquel tiempo, obliga a rechazar tales fantasías; solo pudiendo aceptar que si hubo entendimiento político entre ellos, únicamente fue ocasional.

Su lengua, ciencias y artes eran variadas

Si bien en todos los aspectos anteriores hemos tratado ya de algunos temas de la cultura de las sociedades prehispánicas en el Occidente, ya que nos referimos a sus formas de vida y costumbres, en este momento nos ocuparemos más detenidamente de sus conocimientos y creencias.

Dos rutas siguió el poblamiento inicial del territorio mexicano. Por el Golfo de México se difundió el grupo étnico y lingüístico de los olmecas y por el lado del Océano Pacífico, el nahoa; es decir, que a nuestra región llegó el segundo.

Podemos imaginar su arribo como oleadas sucesivas de grupos procedentes del norte. En tiempos más recientes, los grupos más numerosos vinieron de Aztlán o Aztatlán y estuvieron emparentados con los aztecas o mexicas. A ellos pertenecían los tarascos; asimismo, los cocas que un tiempo se extendieron hasta Colima. Los Tecos se colocaron hacia el norte de la Barranca y del río Santiago, extendiéndose sobre Zacatecas. En la sierra de Alica y en el noroeste de nuestro Estado quedaron los huicholes, coras y guachichiles. Los caxcanes, entre los cañones de Jalisco y Zacatecas. Los tecuejes, entre Zacatecas y la región de Los Altos.

A ellos habría que añadir los Xilotlantzincas, ubicados entre Jilotlán y Michoacán; los otomíes, desde la provincia de Amula hasta Ahuacatlán, en Nayarit; los tzaultecas, en torno a la región lacustre de Sayula, Zapotlán y Zacoalco. Alrededor del lago de Chapala hubo mexicanos y pinomes, y entre Colima y Jalisco, también mexicanos. La presencia de los tarascos fue breve. También se sabe de sudamericanos que, a partir de Colima, Jalisco y Nayarit introdujeron la práctica de los entierros en tumbas de tiro y la elaboración de objetos de metal.

Ante este mosaico de pueblos, lo primero que se debería observar era una gran variedad de lenguas. Todavía en el siglo XVIII, el escritor tapatío Matías de la Mota Padilla, refiriéndose al reino de la Nueva Galicia, asegura que "ninguna otra nación del mundo soporta tanta confusión de lenguas". En efecto, al lado de las lenguas o idiomas originales, se fueron formando un sin fin de dialectos. Cada valle tenía el suyo, y en ocasiones, hasta en una misma comarca el paisaje se salpicaba de hablas diferentes; por ejemplo, en Ameca se usaba el cazcán y el totonac. Los de Xala hablaban xuchipilteca; los de Autlán, auteca; los de Tlajomulco, coca; los de Mochitiltic, coán; los de Uxmajac, mazorral.

Hacia el siglo de la llegada de los españoles, sin que hubieran desaparecido los anteriores, la lengua en la que se entendían casi todos era el mexicano. Se le decía *mexicano naval* o *mexicano corrupto* porque se alejaba del habla propia de los nahuas de la Altiplanicie. Estaba tan extendido el *mexicano*, que funcionarios y misioneros españoles lo tuvieron que usar, y en algunos lugares lo fomentaron en sus relaciones con la población indígena.

Casi en todas las regiones de Jalisco encontrarás poblados y ciudades con nombres de orígen *mexicano*. El mismo nombre de *Xalisco* lo es. Así lo define el historiador jalisciense Ignacio Dávila Garibi: "*Xalisco* significa en la superficie de la arena". En la escritura jeroglífica se representa con un ojo medio abierto colocado sobre un monte de arena. A la arena también la llamamos *jal*.

No se sabe de un calendario propio del Occidente. Debieron usar en forma práctica el de los nahuas. Eso se deduce del uso de nombres calendáricos por algunas personas; de la celebración del tianguis, cada cinco días; del pago de los tributos, cada mes de 20 días; de las ceremonias relacionadas con las siembras y cosechas: lo cual sería impensado sin un control por parte de caciques, sacerdotes y comerciantes.

También en manos de sacerdotes y hechiceros estaba la salud. Ellos sabían de la cera amarilla del *guasín* para fracturas y dislocaciones; del *yauhtli* y del *cempoalxúchitl* contra las fiebres tercianas; de la trementina del *copalquahitl,* en caso de la sarna, bubas y paperas; de la hierba *tlacopahtli* para la tos y el romadillo; de las raíces del camote como purgantes; del *texpaltle* contra el mal de orín; del *piciete,* tabaco o "yerba santa" para cuanto mal hubiera.

Los artesanos empleaban la raíz de *amole* para blanquear las telas. Hacían cola o engrudo del *tzacjóxichtl,* como ingrediente de sus colores. Machacaban la corteza del *amate* para hacer papel. Pulían la pirita como espejo. En paletas de piedra molían sus pinturas. Convertían el cobre en cascabeles, anillos, orejeras; en hachas y coas; el oro y la plata en joyas; el barro, en sellos, silbatos, vasijas y esculturas realistas y expresivas. De caracoles marinos hacían trompetas; de guajes, sonajas; de troncos, tambores; de carrizos, flautas. Su música era rítmica y acompañaba los pasos de la danza. Sus constructores levantaban templos y casas sobre basamentos; otros cavaban tumbas.

Muchos de esos objetos se conservaron; otros desaparecieron o se transformaron en el choque con la cultura de los conquistadores.

Su religión demasiado distinta para permitirla

Las creencias y prácticas religiosas también estaban muy diversificadas. Iban desde el totemismo, el fetichismo, la magia y la hechicería hasta el culto de los antepasados. Los más evolucionados llegaron a crear dioses de las fuerzas de la naturaleza.

Para los primitivos clanes totémicos de otomíes, pinomes y bapames era un tabú la rana. El búho, para los tzaultecas y caxcanes; los árboles majestuosos, para los tecos y cocas. Los huicholes eran fetichistas. En sus flechas atadas creían que moraba un espíritu protector y vengador de su tribu. Muchos de ellos, aún en la actualidad, creen en el regreso de las almas en forma de cristal de roca. Entre huicholes y coras, el viaje o ceremonia del peyote y la caza del venado aún se celebran en un ambiente de magia y de evocación de los "dueños" o espíritus de los antepasados; de ani-

males y plantas que regulan la fecundidad y el crecimiento agrícola y humano.

La hechicería o nagualismo fue de lo más común en la época prehispánica. Sus celebraciones estaban reservadas solo para los iniciados. Se decía que podían dar la salud o la enfermedad; la vida o la muerte; que convertían a las personas en piedras, en árboles y animales o que las volvían invisibles. Debieron ser poderosos y tener mucha influencia social; pues, parece que la rebelión caxcana contra el dominio español, en 1541, estuvo precedida por una asamblea de brujos en Tlashicoringa, en combinación con algunos caciques locales, en el hoy estado de Durango.

Las ofrendas a los muertos han quedado demostradas con los hallazgos de objetos de uso doméstico que acompañaban los entierros. Ello hace pensar que esperaban que la vida continuara después del paso de la muerte. En la mitología prehispánica los muertos debían atravesar, guiados por sus perros, el *Chiconahuapan* o Río de las Nuevas Corrientes; esto es, el Lerma-Santiago, para poder llegar a su morada final. Las tumbas de tiro, en este sentido, serían verdaderas mansiones para los altos jefes en el más allá.

En cambio, las religiones más formales organizaron sus creencias y sus ceremonias en torno de dioses. Los totorames daban culto al sol, con el nombre de *Yequi*. El cronista fray Antonio de Tello lo llama Pitzintli. En la región de los volcanes el dios sol lucha contra el dañino *Xiutehcuhtli*, señor del fuego. En Tuxcacuesco, había un poblado llamado Tonaya, como su cacique, un guerrero del sol. Los de Ameca creyeron que el primer español que por allá llegó, Juan de Añesta, era hijo del sol que habían pronosticado sus antepasados.

La veneración por el agua se desarrolló hasta la idea del dios Tláloc. Sus ceremonias eran sobre los montes cubiertos de nubes. El Museo Regional de Ciudad Guzmán, como también los de Guadalajara y México, guardan vasijas con la efigie del dios; máscaras, ranas, sapos, lagartijas relacionados con su culto. Un cascabel que remata un alfiler encontrado en Quitupan trae su cara. Otros de La Mezcalera y Tolimán también lo representan. Para conseguir sus beneficios se intensificaban ritos y sacrificios en los meses anteriores a la época de lluvia. Estaba tan arraigada la devoción a Tláloc que, aún después de la conquista, se seguían sacrificando niños, arrojándolos a una fuente termal de San Juan Cosalá.

El viento, como elemento vital y divino, tenía como imágenes a personas llevando máscaras en forma de pico de ave. Un disco de oro de Lo Arado, así como otras figuras de Zapotlán y de Terla así lo demuestran. Tal dios sería el Quetzalcóatl o Ehécatl del Altiplano que también se adoró

en Jalisco. Una punta del cerro de San Francisco todavía se llama Cerro del Aire. *Ehécatl* significa, justamente, viento.

Relacionado con la tierra que en primavera cambia de apariencia, fue el culto a *Xipe*. Sus sacerdotes y sus imágenes portaban una piel humana desollada cubriendo su cuerpo. En Tuxpan se acostumbraba rellenar de paja esa piel. En Tamazula y Zapotlán se le sacrificaban prisioneros. En sus ceremonias un sacerdote simulaba el nacimiento del maíz que lucha contra sus enemigos para sobrevivir. De seguro esta devoción tuvo su origen en la región de Xalisco, del estado de Nayarit.

Otras muchas divinidades locales atraían a la población. En Ameca guardaban su dios en una petaquilla. En Mazatlán reverenciaban a un venado de piedra. Izpopoyotla era un dios ciego. Los dioses de Tenamaxtlán echaban humo por los ojos; les decían *pupucas* y predecían las guerras. En Nochistlán al lucero del alba ofrecían tamales de maíz, pescado y ratones.

En fin, eran tantos los dioses cuantas fuerzas de la naturaleza y las necesidades de la gente. Tan seguros estaban de su poder que los de Tuxcacuesco, a pesar de ser ya cristianos, seguían creyendo que la causa de que anteriormente la gente fuera más sana era "porque andaban diligentes de noche y de día idolatrando y adorando a sus ídolos". Las creencias prehispánicas fueron un dique por mucho tiempo, contra la penetración española.

UNIDAD III

LA VIDA NEOGALLEGA BAJO EL DOMINIO ESPAÑOL

Las conquistas amplían la tierra y el mar

Tras la fundación de Colima, los españoles se preparaban a extender sus conquistas. La tierra y el mar se ampliaban ante cada una de sus avanzadas. A su interés por las minas y a su plan de alcanzar Asia, pronto se añadió una leyenda que sedujo su imaginación y dio bríos a sus ansias de aventuras: Cihuatlán, la tierra de las mujeres solas. Guerreras invencibles, maduchas como nadie del arco y la flecha, fuertes, hermosas, tenían formado un reino prohibido para los hombres.

Había que ir a esas tierras. El nombre del poblado de Cihuatlán los sacó al camino. Así descubrieron, si no el reino de las amazonas, sí la albufera de Barra de Navidad, puerto notable y rico en perlas. Las ostras podrían suplir el oro y la plata que no hallaron en la región colimense; en cambio, hacia el oriente de los volcanes ya se estaban explotando algunos yacimientos, como la famosa mina de Morcillo. En ellos los indígenas estaban siendo empleados como esclavos. En las tierras más fértiles se debió intensificar el trabajo agrícola. La región resultaba prometedora.

Hernán Cortés lo supo y decidió mantenerla para sí. En 1524 encargó a su primo Francisco Cortés de San Buenaventura la comandancia y alcaldía mayor de Colima. Había que levantar censos, repartir tierras e indios a los españoles, inventariar las minas y emprender la marcha hacia el norte. El primo lo hizo. Combates, escaramuzas, saqueos y destrucciones se fueron sucediendo desde el valle de Purificación, Cihuatlán, Autlán, Ayutla

hasta Etzatlán. Hacia Ahuacatlán, Tepic y Xalisco la expedición se redujo a un paseo militar solo obstaculizado por las dificultades geográficas.

El regreso desde Nayarit recorrió los mismos rumbos. En los lugares más importantes, Cortés de San Buenaventura distribuyó tierras y señaló a sus soldados los indios que pasarían a su servicio. Los españoles favorecidos con esa disposición formaron la clase de los encomenderos; a los indios asignados se les llamó encomendados.

Comienza la organización española

Era natural que las "ciudades" indígenas fueran utilizadas para controlar las regiones conquistadas. Por varios años, Colima fue el centro de su gobierno, pero la lejanía y el reducido número de funcionarios españoles ocasionaron el que muchos rumbos debieran llevar vida aparte. Se formaron Corregimientos y Alcaldías Mayores. Aunque las Alcaldías eran de un rango superior, los Corregimientos no les estaban sujetos. Ambos dependían de los poderes de la ciudad de México, pero en la práctica los corregidores acudían a los alcaldes en solicitud de consejo y ayuda.

De esta manera, se independizó la Alcaldía Mayor del Puerto de Navidad que, por razones de clima, puso su sede en Autlán. Lo mismo hizo Etzatlán y Ameca dependió de él. Zapotlán, cabecera de Tamazula y Tuxpan, poco después también se separó; así como Tuxcacuesco con Amula.

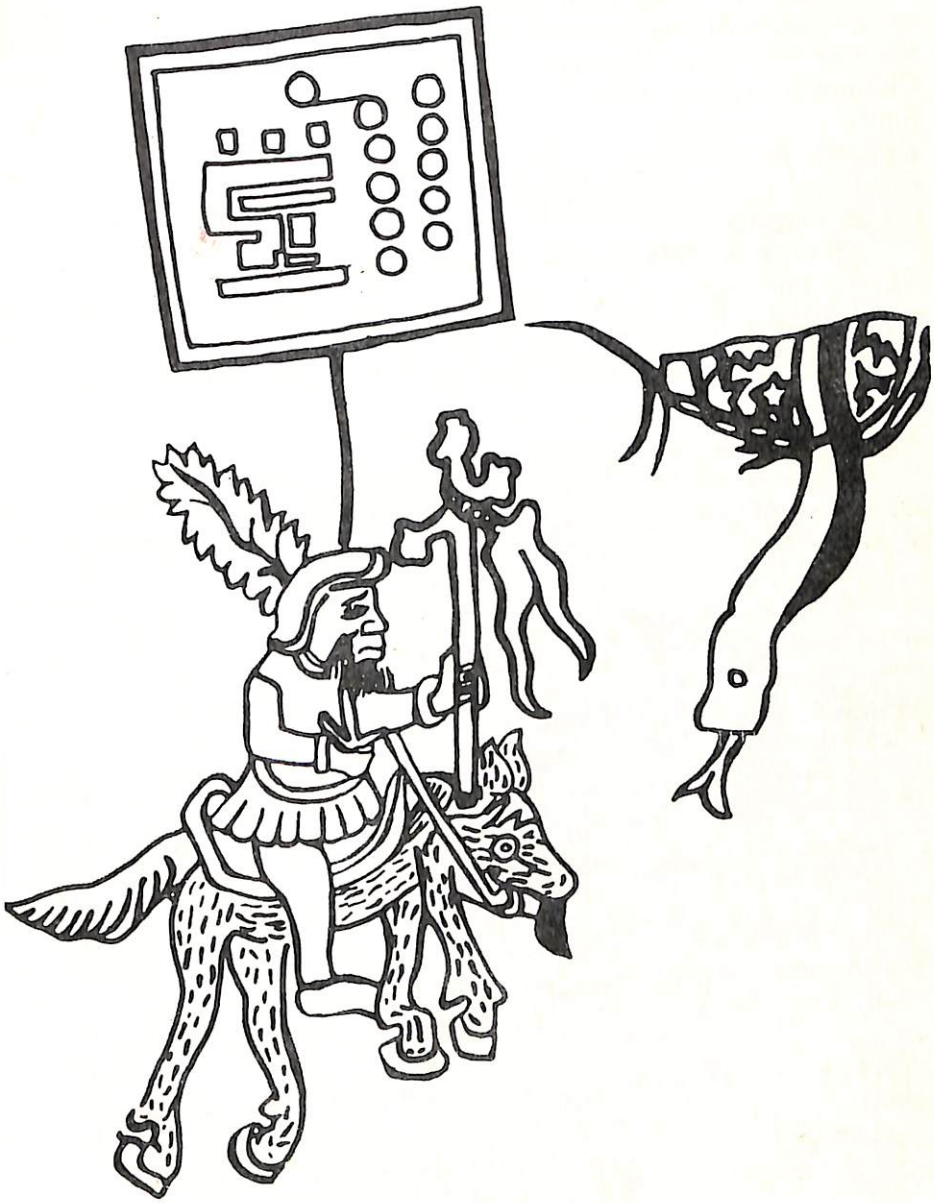
Entre tanto otro primo de Hernán Cortés, Alonso de Avalos, al regresar de la expedición de Cortés de San Buenaventura, recibió como *encomienda* a Sayula con Atoyac, Cocula y Zacoalco y como un encargo personal de Hernán Cortés, el ser administrador y concesionario de sus minas de la región de Tamazula, pues el conquistador de Tenochtitlán se había reservado para sí esos rumbos que luego se conocerían con el nombre de Pueblos o Provincia de Avalos. En ella, como podrás observar, quedaron incluidas zonas bastante desarrolladas desde tiempos anteriores a la conquista.

La Provincia de Avalos, en muchos aspectos y por más de siglos dependió de la Nueva España y no de la Nueva Galicia.

La entrada de Nuño de Guzmán

Para organizar la Nueva España, los reyes españoles decidieron implantar el gobierno de la Audiencia que era colectivo, en lugar de la autoridad personal de Hernán Cortés. El presidente de la primera Audiencia fue Nuño Beltrán de Guzmán quien, para reparar los desórdenes que originó su mandato, tomó la determinación de conquistar el Occidente, en diciembre de 1529.

1529



A su paso por el norte del reino Tarasco que, según recordarás, ya estaba sometido al poderío español, sembró el pánico. Ejecutó al último señor de Tzintzuntzan y, acompañado de 500 soldados españoles y unos 15 mil mexicanos y tlaxcaltecas, cruzó el río Lerma por el rumbo de La Barca La hueste de Nuño derrotó al cacique de Cuitzeo; se impuso a Tonalá y venció en Tetlán. Era marzo de 1530. Guzmán mandó a Peralmindes Chirinos a explorar el sur de Zacatecas. Cristóbal de Oñate recorrió el rumbo de Teocaltiche y Nochistlán. Ahí, en un ambiente de guerra, al año siguiente, Juan de Oñate, por instrucciones de Nuño, fundaría la primera Guadalajara, cuyo nombre repetía el de la ciudad española de Galicia, patria de Guzmán.

En Etzatlán, Nuño esperó a Chirinos y Oñate. Juntos se internaron en Nayarit. Por Xalisco y Tepic siguieron a Matanchén. Sus ostras, pescados, miel y algodón los recompensaron por la travesía. Vueltos a Tepic, reemprendieron la marcha al norte. En el río de Las Cañas tomó posesión de la

Conquista del Espíritu Santo de la Mayor España como pretendió llamar a lo ganado. Entre combates, destrozos, hambres, huracanes e inundaciones alcanzó a Aztatlán y Chametla. En septiembre de 1531, fundó la villa de San Miguel de Culiacán.

La Nueva Galicia nace entre batallas

Nuño retornó a Tepic, donde entre suntuosas solemnidades que duraron del 23 al 26 de julio de 1532, hizo la fundación oficial en Compostela, como capital del Reino de Nueva Galicia, nombre aprobado por la corona española para las tierras conquistadas por Nuño. Su límite sería el río Santiago, más el territorio de Xalisco.

Entre tanto, Nuño, después de la fundación de Guadalajara-Nochistlán, para contener la expansión del mando de Hernán Cortés, destacó hacia el sur a Juan Fernández de Híjar con la orden de fundar Purificación. Los de Nochistlán no pudieron resistir el acosamiento de los caxcanes y trasladaron la ciudad de Tonalá, instalándose en terrenos de Nueva España. La segunda Audiencia de México les asignó un corregidor; ellos prefirieron mayor autonomía y volvieron a cruzar el río Santiago, para establecerse en Tlacotán, sitio estrecho pero bien protegido. Guadalajara regresó a tierras gobernadas por Nuño, la Nueva Galicia.

Hernán Cortés y la Audiencia de México pasaron a las represalias contra Guzmán. A las acusaciones contra la crueldad, añadían el cargo de la invasión de límites, por apoderarse de lo explorado en tiempo de Cortés de San Buenaventura. Nuño contestó apresando dos barcos de Hernán Cortés. Este partió para encararse con el gallego. Su encuentro en Tepic nada consiguió. Era tanta la lejanía y tan aguda la pobreza en tierras de Nuño, que Cortés bajó la guardia y prefirió explorar el golfo que llevó su nombre, Mar de Cortés.

En cambio, la justicia española no estaba satisfecha, Guzmán creyó oportuno sincerarse ante el monarca. En México fue bien recibido por la nueva autoridad colonial, el virrey Antonio de Mendoza, pero Diego Pérez de la Torre que venía de incógnito para efectuar el juicio de la residencia de Guzmán, lo tomó preso y lo remitió a España. Allá murió sin que su juicio se concluyera.

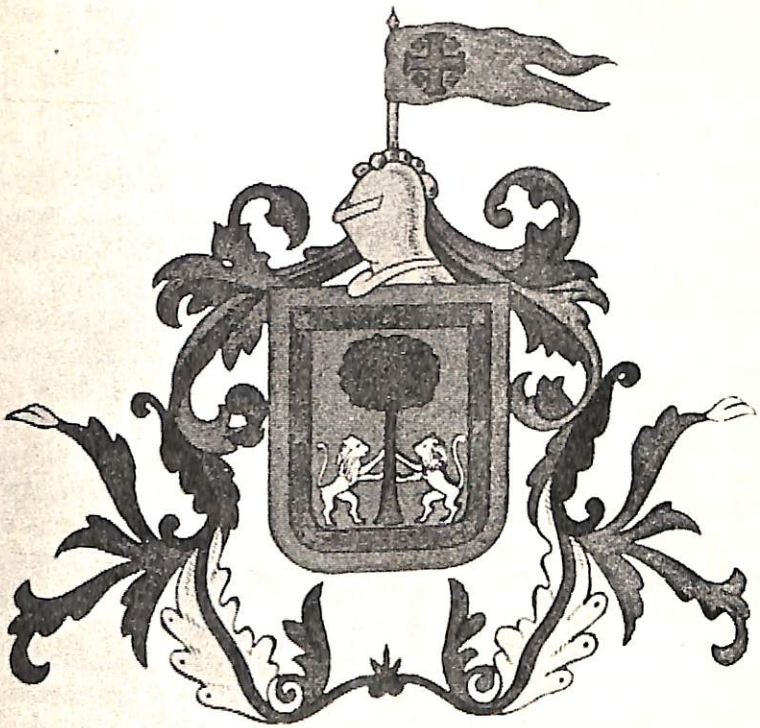
Pero, mientras se extendía el dominio español, los indígenas iban siendo víctimas de la desesperación, pues no disfrutaban de nada que recompensara lo perdido. Empezaba a hacer estragos el excesivo trabajo en favor de agricultores, ganaderos y mineros españoles. Muchos fueron sacados de sus pueblos originarios para producir donde se les necesitaba. Otros, de va-

rios poblados, fueron obligados a congregarse en lugares más fácilmente controlados. Ahí recibirían el adoctrinamiento en la nueva religión y las órdenes y destinaciones de su trabajo.

A veces, quedaron bajo los mismos viejos caciques ya sometidos al blanco; otras, bajo el mando directo de españoles. Siempre, en desproporción numérica sobre sus gobernantes, amparados por las grandes distancias que aislaban la acción conjunta entre las "ciudades" cabeceras del poder.

Conforme aumentó la explotación, creció el odio. Según se extendió la miseria, así se difundió la rebelión. En 1536, los caxcanes habían hecho huir a los de Nochistlán. A mediados del siguiente año se sublevaron los de Mochitiltic, capitaneados por Coaxicari. Donde quiera se sentían ansias de desquite. Caciques y hechiceros actuaban bajo agua/ Encomenderos y corregidores lo sospechaban. En Tlashitoringa, en el valle peyotero de Huazamota, Dgo., prendió la chispa. Sobre las sierras corrió la rebelión desde Guadalajara hasta Culiacán. Compostela, Purificación y Guadalajara-Tlacotán sufrieron ataques. Coaxicari se hizo fuerte en el occidente y Tenamaxtli en el norte, donde sus seguidores se remontaron y fortificaron en el Peñón del Mixtón, cerca de Nochistlán. El gobernador de Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coronado, que acababa de regresar del infructuoso viaje de exploración sobre las imaginarias Siete Ciudades de Oro, entre Arizona, Kansas y Colorado, tuvo que ponerse de nuevo en movimiento. Desde Guatemala, acudió Pedro de Alvarado, capitán de Cortés en el sitio de Tenochtitlan. El mismo virrey Mendoza llegó con poderoso ejército de españoles e indígenas aliados. El 8 de diciembre de 1541 fue el asalto definitivo contra los del Mixtón. Muchos de los insurrectos lograron huir. Otros fueron hechos prisioneros. El virrey ordenó herrarlos como a esclavos, o peor, como bestias.

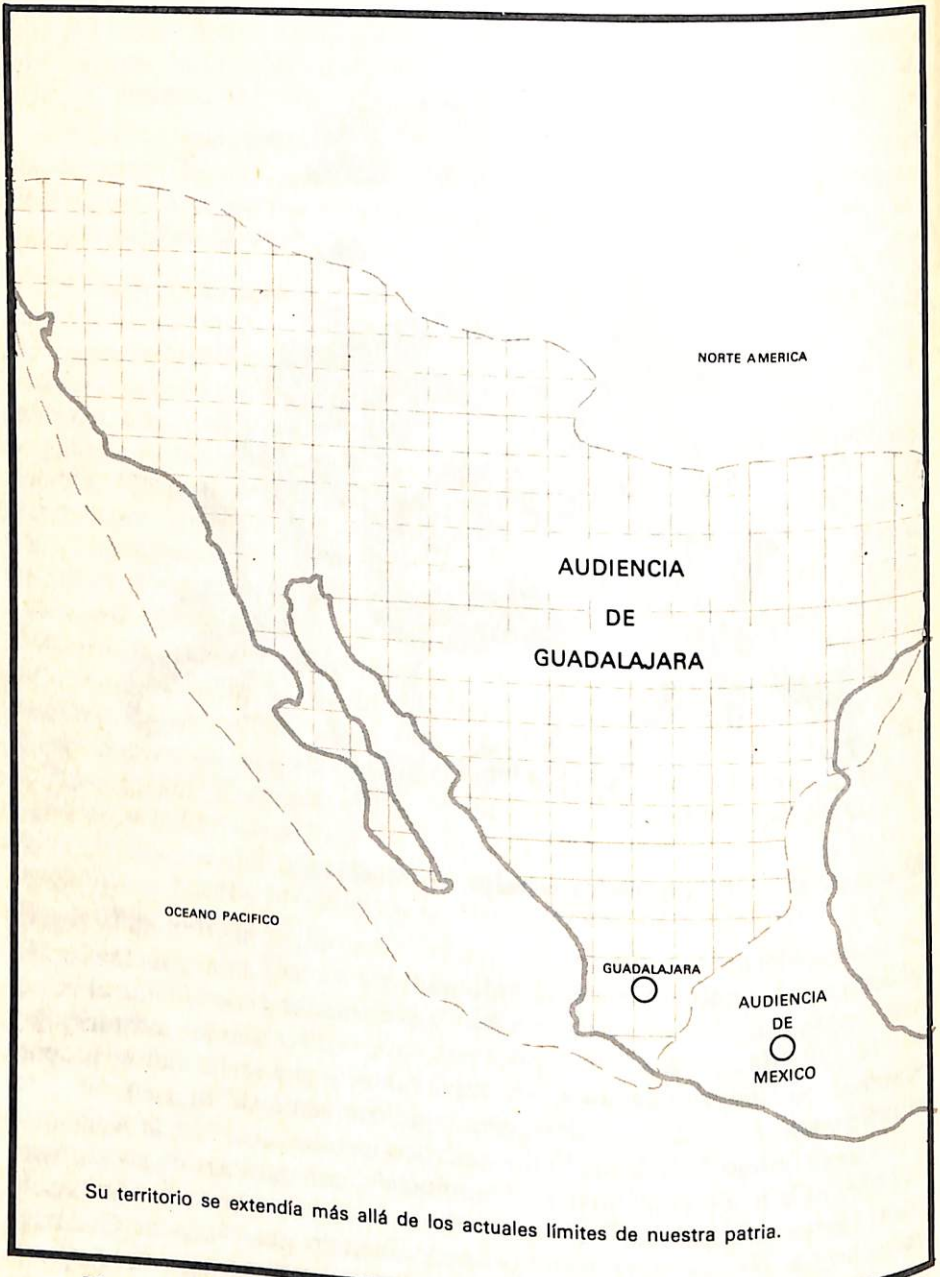
La revuelta del Mixtón había hecho peligrar toda la conquista española de Nueva España y Nueva Galicia. Por eso, restablecida la paz, se juzgó indispensable robustecer los cuadros de gobierno en la Nueva Galicia. Ante todo, dar asiento definitivo a aquella Guadalajara nómada, en el valle de Atemajac. En Tetlán se hizo el empadronamiento de los colonos que la fundarían: 6 extremeños, 16 castellanos, 11 vizcaínos, 13 andaluces, 9 montañeses y 7 portugueses. Ningún gallego. El 14 de febrero de 1542 se instaló el primer ayuntamiento. Ante Juan de Oñate se hicieron los juramentos y protocolos de rigor. Se estaba en la parte oriental del río de San Juan de Dios. En febrero llegó el virrey y puso la primera piedra de las casas consistoriales donde hoy vemos el Palacio de Gobierno. En agosto la ciudad recibió su escudo de armas, bizarro y guerrero.



El dominio de los españoles arraiga en Occidente

En la atmósfera de la guerra que envolvió la primera historia de la Nueva Galicia, se veía natural que el mando militar residiera en el gobernador. El prolongaba el poder que como capitán y gobernador general tenía el virrey de México. Mas resultaba inexplicable e impráctico que un territorio que contaba con sus propias oficinas y cajas reales y que realizaba sus propias expediciones de conquista, dependiera judicialmente de México.

A Gerónimo Lebrón de Quiñones tocó instalar, en 1549, la Audiencia de Nueva Galicia en la ciudad de Compostela, con carácter de *provisional,* pues la primera capital del reino ya estaba viniendo a menos. La Audiencia neogallega tenía poder sobre todo lo conquistado por Nuño de Guzmán, pero en muchos asuntos dependía de la de México. Se formaba de un presidente y, en un principio, de dos oidores. Emanaba las ordenanzas de gobierno; reclutaba cuadrillas de indios destinados a trabajos pesados; distri-



Mapa 5. ESPACIO JUDICIAL DE LA AUDIENCIA DE GUADALAJARA.

buía tierras a los hacendados y granjeros; imponía los tributos; despachaba a los oidores en giras de visita oficial; ejercía la administración de sus territorios y el poder judicial sobre regiones ajenas, como los pueblos de Avalos y Colima; nombraba corregidores y alcaldes mayores. En cambio, el mando militar estaba reservado al virrey de la Nueva España.

Además, intervenía indirectamente en muchos cargos municipales, tales como alguacil mayor, alférez mayor, depositario general, fiel ejecutor de pesos y medidas, receptor de penas, regidor o escribano, pues aunque estos puestos eran comprados, la Audiencia extendía informes o recomendaciones de los favorecidos.

En la práctica nada escapaba a sus facultades, pues con excepción de los nombramientos de dignidades eclesiásticas, era el presidente el que disponía hasta de los cargos de los clérigos.

Al lado del soldado español, siempre marchó el fraile misionero, predicador del catolicismo. Cortés de San Buenaventura llevó en su expedición a Nayarit a los franciscanos Juan de Padilla y Miguel de Bolonia. Con Nuño de Guzmán regresó Padilla y llegó Juan Badillo. estos dos fundaron, junto con Juan Badiano y Antonio de Segovia el convento de Tetlán. Tecuejes y caxcanes recibieron las primeras enseñanzas del cristianismo también por parte de los franciscanos. Antes que existiera Guadalajara en Atemajac, ya había conventos en Ajijic, Zapotlán, Poncitlán, Etzatlán, Tuxpan y Xalisco. Junto con el de Guadalajara, se construyeron los de Zacoalco, Atoyac, Teocuitatlán, Amacueca, Sayula, Chapala y Cocula.

Sus edificaciones fueron testimonio de la habilidad de los indígenas en el trabajo de la piedra. A la sombra de los conventos, los nativos encontraban consuelo y refugio contra los atropellos de caciques, encomenderos y corregidores. Los frailes, con su palabra y su ejemplo, les hicieron más soportables las injusticias sufridas, por la esperanza de un premio en el reino de los cielos.

Tras los franciscanos, también llegaron los agustinos, jesuitas y dominicos. Asimismo, en 1546, se había erigido el obíspado de Compostela. La pobreza de la región y su lejanía y falta de comunicación hicieron al primer obispo, Pedro Gómez Maraver, preferir a Guadalajara, que ya iba creciendo con base en el núcleo español de sus fundadores y en los conglomerados indigenas de Analco, Mezquitán y Mexicaltzingo.

Hasta este momento, Compostela subsistía gracias a la explotación de una mina de oro. cuando ésta decayó, todo se complicó para los compostelanos; tanto que en 1560 la capital del Reino de Nueva Galicia se tuvo que trasladar a Guadalajara. Otro tanto obtuvieron los eclesiásticos. El segun-

do obispo, Pedro de Ayala, también fijó su sede en Guadalajara, que ya prometía buen desarrollo.

Dotada Guadalajara de los poderes civil, judicial, militar y religioso, estaba destinada, a pesar de su pequeñez inicial, a influir sobre una vastísima región.

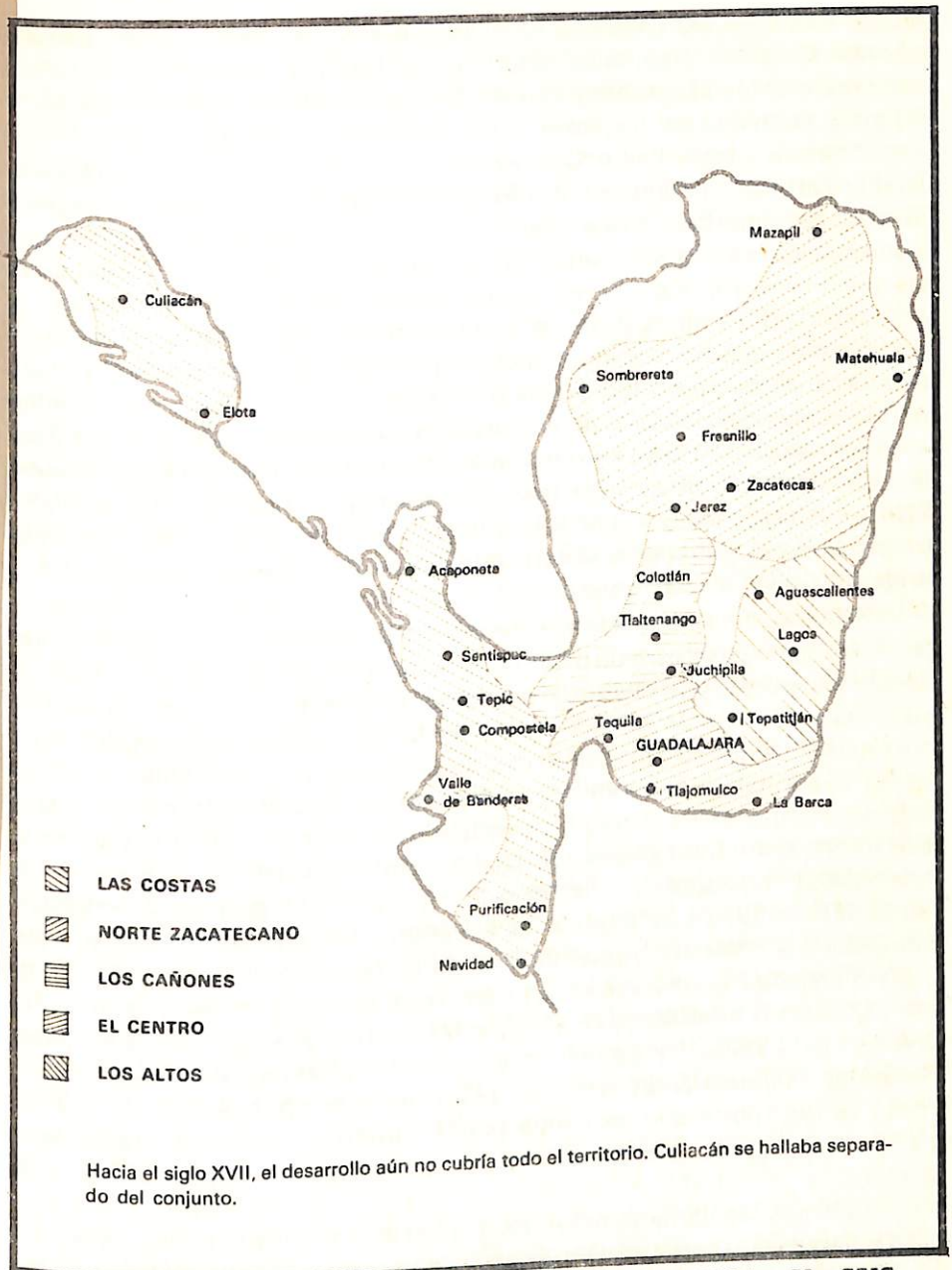
El reino comprendía tierras y gentes dentro de un espacio que hoy alcanzaría Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Nayarit y Sinaloa. Culiacán no estaba soldado al conjunto, pues Francisco de Ibarra conquistó para el Reino de Nueva Vizcaya, con capital en Durango, una porción de Sinaloa, para tener un corredor al mar, en los alrededores de Chiametla.

La Audiencia que empezó controlando, además de la zona de Nueva Galicia, a Culiacán, Copala, Colima, Zacatula y los Pueblos de Avalos, luego se extendería sobre toda la Nueva Vizcaya, hasta cubrir Sinaloa, Sonora y las Californias. en forma semejante, el obispado tapatío, mientras no se separaron, del siglo XVII en adelante, las diócesis de Durango, Linares y Sonora, abarcó todo el septentrión del territorio virreinal.

Un recorrido por las tierras neogallegas

Fácilmente comprenderás qué diversidad de gentes y costumbres se tuvo que desarrollar en esas inmensidades. Hagamos un recorrido por las cinco zonas socio-económicas que configuraban la Nueva Galicia y veamos cómo eran sus pobladores y su vida social y laboral.

Comencemos por el centro. Sus hombres aman "las cosas de jinete"; saben herrar y domar un potro, torear, cortar un vestido, curar un enfermo y... enmañar un pleito. En este caso, piensa en los de la capital, donde tres cuartas partes de los vecinos se ocupan en las oficinas de la Audiencia, el obispado, los Cabildos, la Hacienda Real, las Secretarías y los Tribunales. Los pocos restantes o son administradores y mayordomos de haciendas circunvecinas o se dedican al comercio. Nadie trabaja para otro, y si lo hace, es mal e infielmente. Eso dicho de los españoles, pues hacia 1621, en Guadalajara hay un medio millar de negros y mulatos esclavos y otros tantos libres; además de 3 mil indios que prestan todo género de servicios y trabajos para los grandes propietarios de fincas rústicas, puestos públicos y almacenes. Ellos son herederos de los conquistadores o acaban de llegar de España con magníficos cargos. También hay los de pocos recursos que aspiraban entrar a las altas esferas sociales o por el zaguán de un buen enlace matrimonial o por la puerta del arrendamiento de tierras en alguna de las ricas haciendas de la comarca: Mazatepec, El Potrero, Santa Cruz, Zapo-



Hacia el siglo XVII, el desarrollo aún no cubría todo el territorio. Culiacán se hallaba separado del conjunto.

Mapa 6. EL REINO DE NUEVA GALICIA Y SUS PRIMERAS REGIONES SOCIOECONOMICAS.

tlanejo, Los Cedros, Cuisillos, El Cabezón, etc., propiedad de los grandes señores de tierras y ganados que, con sus tratos y contratos, reducen el contraste entre la economía y la vida del campo y de la ciudad. Viven entre el lujo y la rusticidad elegante.

Pasemos ahora hacia Los Altos. Los indios pacíficos son escasos. Cuanta caravana se mueva entre El Bajío y Zacatecas o entre Zacatecas y Guadalajara, infaltablemente, será asaltada. Los primeros españoles que llegaron a la zona lo hicieron como soldados de los presidios o guarniciones que impusieron algo de orden en la región. Los blancos son la mayoría, pero su origen es humilde. Ellos mismos siembran el trigo y pastorean el ganado. No cuentan con indios *encomendados*. Rara vez alguna hacienda pasa de mediana, pero todas son prósperas. Venden a Zacatecas, ciudad minera siempre necesitada de víveres. Muchos tapatíos con algo de recursos se casan con alteñas y así entablan relaciones comerciales con Zacatecas. En ello radica el carácter más jalisciense que zacatecano de la región. En Los Altos puedes encontrar cómo las costumbres andaluzas y extremeñas en la ganadería, cómo el pastoreo, los paseos y rodeos, dieron origen al típico charro jalisciense.

Sigamos hacia el norte zacatecano. Sus españoles son "los más fuertes, más recios y de mayor trabajo" que de cualquier otra parte. Explotando sus yacimientos de plata han elevado a Zacatecas a la tercera ciudad del virreinato, después de México y Puebla. La ciudad anda por los 800 blancos; más o menos son los esclavos mulatos y negros. Los indios se ocupan en las cuadrillas de las minas y son un millar y medio. Resulta imposible calcular los que viven sistemáticamente de los asaltos a los envíos de metal. Los mineros son los vecinos nobles. La gente intermedia se ocupa en el comercio. Sastres, zapateros, herreros y carpinteros realizan los oficios mecánicos relacionados con la mina. La economía de toda esa extensa zona minera, desde Zacatecas hasta Nombre de Dios, Mazapil, Matehuala, Charcas y Sierra de Ramos, se combina con el trabajo y las riquezas que dan las minas, las haciendas agroganaderas y las tiendas. Los grandes propietarios colocan sus capitales en aquel sector que, por el momento, ofrezca mayores ganancias, pero en general, los tres sectores se apoyan entre sí. El desarrollo es tan fuerte que en época muy temprana Zacatecas, aun perteneciendo a la Nueva Galicia, es una provincia bastante autónoma de la de Xalisco.

Dejemos las llanuras del norte y visitemos la abrupta zona de las sierras y barrancas, que bajan de Zacatecas y, excavadas por los ríos Juchipila y Bolaños, se dirigen al Santiago y hacia la sierra de la Yesca, en Nayarit. Se recuerda que los franciscanos llegaron desde Durango y que los sol-

dados de Jerez medio pacificaron el rumbo, ayudados por un grupo de tlaxcaltecas, traídos para que sirvieran de ejemplo de vida civilizada entre los chichimecas. Algunos españoles están avecindados en Juchipila, Tlaltenango y Colotlán. Sus haciendas y estancias son más que modestas. Hay pocos indios sedentarios. Los más aún llevan una vida nómada recorriendo las sierras desde Colotlán hasta Huajimic, en Nayarit, continuando a Huazamota y Huaynamota. No es raro encontrar entre ellos a más de un español que, por no adaptarse a la vida de las ciudades, prefiera la aventura en las barrancas y cañones.

Nos queda la región de las Costas. La geografía es difícil. Ríos, barrancas, valles húmedos, ciénegas, pedregales, acantilados y costas arenosas albergan a muy pocos españoles y muchos indios indómitos. Señales de decadencia se ven en todas las ciudades fundadas por Nuño de Guzmán: Purificación, Compostela, Culiacán. Las familias españolas están tan aisladas que "no piensan ni entienden que haya otra gente en el mundo". Su vida es frugal; sus costumbres rústicas. La única preocupación es tener presto el caballo y el arcabuz contra los indios asaltantes. No hay trigo ni ganado. Consumen pescado, frutas y animales de caza. Todo lo demás se los lleva a precios excesivos el comercio de los arrieros. Esclavizan indios porque no consiguen africanos. Su moralidad queda muy por abajo de las tradiciones españolas; pero menos que las penosas condiciones de la vida. Las minas son raquíticas. Rara vez llega un barco.

Una nueva agricultura para españoles e indios

El recorrido por todo el territorio de la Nueva Galicia, además de enseñarnos que el conjunto rebasaba con mucho la actual extensión jalisciense, pone de manifiesto que solo bajo el poderío español se comenzó a formar una cierta unidad del Occidente de México; y en él, de nuestro Estado. Esa unificación política, religiosa y humana se robustecería más por la acción del nuevo sistema económico que se impuso. Al estudiar a los trabajadores y su producción, encontraremos que, tras una depresión general en los siglos XVI y XVII y principios del XVIII, en la Nueva Galicia se registró una recuperación de 1750 en adelante.

La gente de trabajo

Los españoles, con humos de conquistadores, menospreciaban el trabajo manual. No se acomodaba a él sino el que no podía hacer otra cosa. Preferían los jugosos puestos o vivir a la buena sombra de algún funcionario en

las ciudades. Por los abusos cometidos y por el peligro de fraccionar la autoridad, los encomenderos fueron desapareciendo. Hacia 1621, ya solo quedaban 26 en todo el reino. También el sistema de repartir indios que trabajaran para el español se redujo.

Por su parte, los indios tributarios también habían disminuido. En 1570 eran 24,300; en 1605, solo había 7,659; para 1621 quedaban 7,196. Las poblaciones habían disminuido en forma inhumana. Lugares había en que dos o tres indios se turnaban parando guardia para que los españoles no se apoderaran de las tierras de sus pueblos.

Todo ello obligó a los grandes propietarios a contratar indios, mulatos y mestizos asalariados, como peones y pastores, pues los esclavos solo estaban al alcance de los poderosos dueños de cañaverales y trapiches. En Los Altos la falta de fuerza de trabajo hizo que haciendas y ranchos fueran trabajados por toda la parentela del propietario. Más adelante, cuando creció la población, se impuso dividir la propiedad en ranchos medianos y pequeños. En los algodonales y cacaotales de la costa se mantuvo más tiempo el trabajo esclavo.

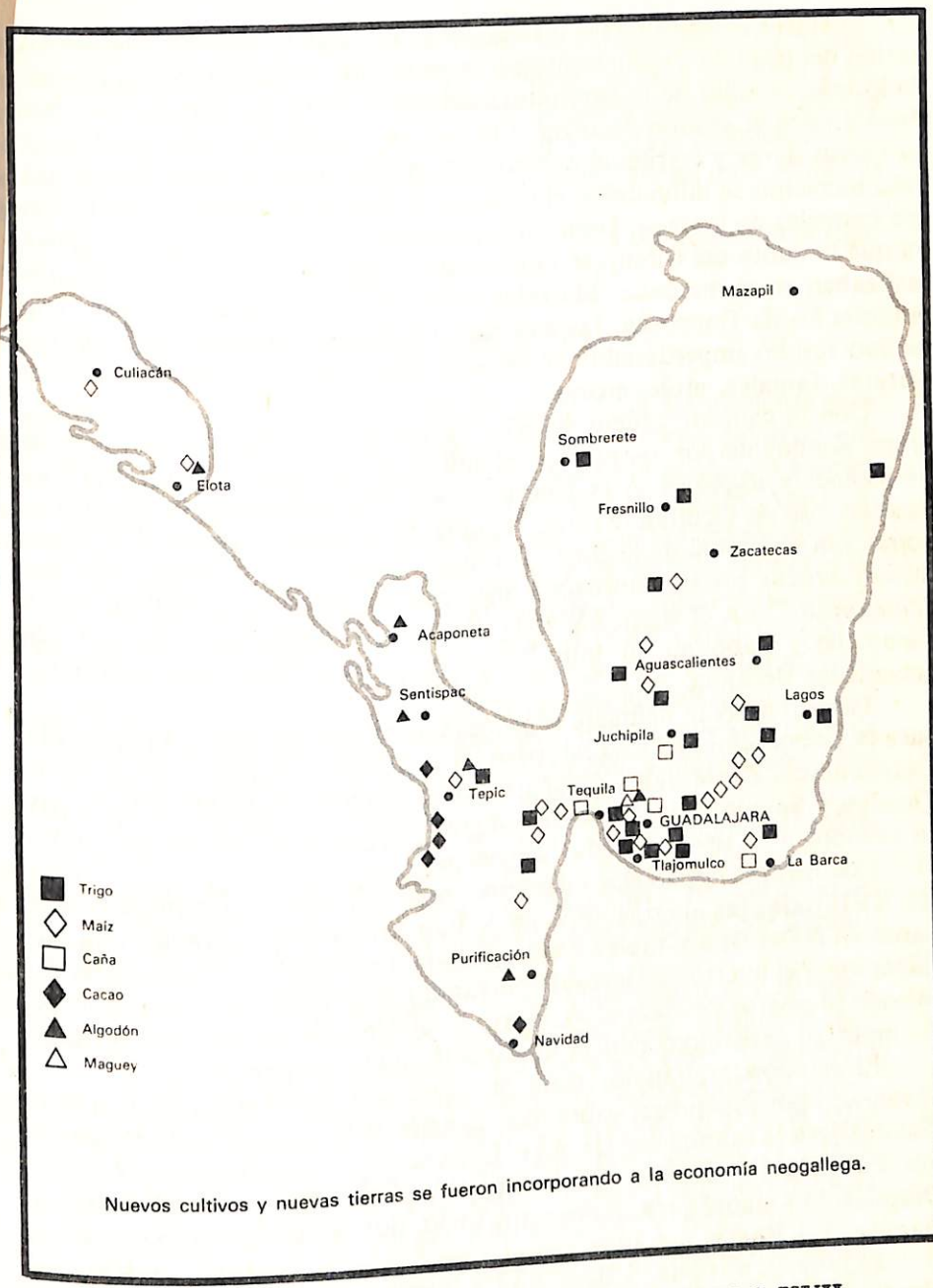
Los indios eran remisos, generalmente, en trabajar sus milpas, pues se había roto su economía primitiva y muchos rechazaban o no contaban con la técnica de los arados y los animales de tiro, aunque en tierras frías y templadas algunos ya la estaban empleando. En cambio, en las zonas calientes y húmedas se continuaba con el dañino método de la roza o de la *tumba y quema,* por tener mejor tierra.

En los pesados trabajos de la minería intervenían operarios asalariados, indios forzados por los repartimientos y africanos esclavizados.

Los agricultores transforman el paisaje

Además del arado, entre las novedades técnicas impuestas por el español, se encontraron los instrumentos de hierro, las presas y el riego por canales, los abonos animales, las carretas, las bestias de carga, las norias y las ruedas y molinos de aguas. en torno de Guadalajara fue común el riego de los trigales. La ciudad, por mucho tiempo, se caracterizó por la figura de sus cuatro molinos de harina. En cambio, en Los Altos fue necesario desarrollar más las norias.

El trigo se sembraba por septiembre y octubre y se beneficiaba con riego, pues el de temporal salía "prieto y añublado", pero las tierras eran flacas. En Guadalajara los españoles siempre temían la falta de pan. Buenos trigales se daban en Lagos, Atotonilco, Colotlán, Huejúcar. Medianos en Tequila y Guachinango. Los Pueblos de Avalos también lo cultivaban.



Nuevos cultivos y nuevas tierras se fueron incorporando a la economía neogallega.

Mapa 7. PRODUCCION AGRICOLA EN SIGLO XVII.

Mientras el costo de las instalaciones de riego y la calidad de la tierra hacían del trigo un producto propio de españoles, el maíz fue y siguió siendo lo más peculiar de la agricultura del indio. Su trabajo era temporalero. Poco a poco el azadón desplazó a la coa, pero perduró, y aún perdura, en las tierras duras y cerriles el cultivo indígena del *maíz de pozo*. Como el almacenamiento se dificultaba, el indio hacía dos siembras al año, en las orillas húmedas de los ríos. Todas las autoridades lo apremiaban a su cultivo, ya que la cuota del tributo se cubría con maíz, que luego los funcionarios realizaban en el mercado. Maizales había en toda la extensión, pero eran notables los de Tepatitlán, Jalostotitlán, La Barca, Cocula y Autlán. Con el tiempo resultó imperdonable en la dieta diaria hasta de los españoles, en tortillas, tamales, atole, etcétera.

Con la caña de azúcar sucedió lo que con el trigo: fue exclusiva del grupo dominante por lo costoso del cultivo de los cañaverales y del precio de molinos y trapiches. A la Nueva Galicia llegó procedente de Michoacán, asentándose en Ocotlán, Sayula, Tamazula, Autlán y Ameca. En lugares como San Cristóbal de la Barranca hubo "trapichillos de mano" que producían azúcar prieta, panocha y melazas utilizadas en la destilación del "chinguirito". En el siglo XVIII la producción azucarera de la región de Tamazula y Zapotlán fue muy floreciente. Los molinos eran accionados por ruedas de agua.

Tiempo pasó en definirse el procesamiento del *mexcate* o maguey azul para la elaboración del mezcal; pero en el siglo XVIII ya se le producía en Tuxcacuesco, Zapotitlán y Chacala; como también en Zapotlán y Tuxpan, Tapalpa y Sayula. Naturalmente, ninguno igualó al de Tequila, que heredó su nombre a la típica bebida jalisciense.

Los mejores cacaotales estuvieron en Purificación y Colima. En el siglo XVII todas las huertas de Valle de Banderas y de la costa nayarita quedaron en poder de españoles y eran trabajados por esclavos. Al decaer Purificación y el puerto de Barra de Navidad y al preferir los comerciantes de México al puerto de Acapulco, murió la producción del cacao neogallego. Su lugar se substituyó con el importado desde Guayaquil.

El algodón, trabajado en un principio solo por los indios, luego fue acaparado por españoles; sobre todo cuando se intensificó en El Bajío y en Guadalajara la fabricación de telas. Llegaba de Acaponeta, Culiacán, Colima, Purificación. El más cercano era el de San Cristóbal de la Barranca. Después de Guadalajara, merecen mención los telares y la producción de Sayula, La Barca y Lagos.

El tabaco, durante el siglo XVI y buena parte del XVII solo era empleado por los indios en medicamentos y cigarros. Domingo Lázaro de

Arregui criticaba el yerro de los que lo fumaban. En adelante tuvo enorme demanda. Negociantes hubo que se enriquecieron de solo venderlo a los mineros. se desarrolló tanto su industrialización que el gobierno español lo monopolizó. Unicamente autorizó su cultivo en Veracruz, privando a muchas familias de todo el virreinato de su sustento y trabajo, mas pululó su cultivo y elaboración clandestinos.

Otros productos agrícolas que solo empezaron a trabajarse en el siglo XVIII fueron el arroz, la lenteja, la cebada y el lino.

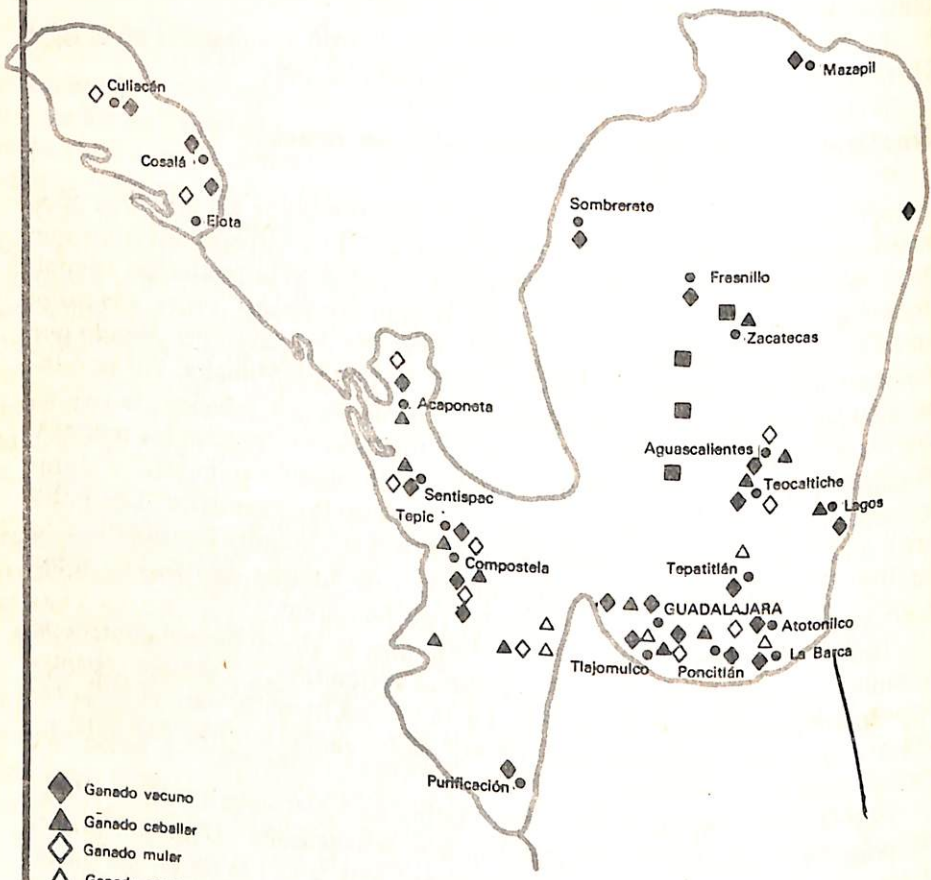
Ganaderos, comerciantes y mineros acarrean riqueza

La multiplicación del ganado en la Nueva España desde los primeros años rebasó todos los límites y medidas previsibles. Los virreyes tuvieron que canalizar hacia el norte y el occidente los excesos de la población animal. Pronto sucedió en la Nueva Galicia el mismo fenómeno. Entre Aguascalientes, Lagos y Chapala se introdujo la práctica del paseo del ganado por grandes distancias, como en Castilla, Andalucía y La Mancha. Por otro lado, también se estilaba la crianza trashumante de los rebaños de ovejas, como en Extremadura. Este ir y venir de animales destrozaba las milpas e intranquilizaba los poblados. Para evitarlo y organizar la propiedad y el trabajo ganadero, se pensó en la creación de estancias ganaderas. Las hubo para ganado mayor, constituidas por una o varias unidades de superficie de unas 1,750 hectáreas, que se llamaban *sitios de ganado mayor*. Los *sitios de ganado menor* median, en cambio, 780 hectáreas.

También en esta ocasión la ganadería mayor quedó bajo el control de las familias linajudas que, a diferencia de la agricultura, no sentían rebajarse por intervenir o dirigir el negocio. De la misma manera, para el indio resultaba menos fatigoso colaborar con españoles ganaderos que con agricultores.

Fueron zonas típicamente ganaderas las de Guadalajara y Los Altos. Sus primeros compradores fueron mineros zacatecanos. Cuando decayó Zacatecas, los exportadores neogallegos enviaron a sus reses en pie hasta Toluca, Puebla, México, Valladolid y Oaxaca. Equinos y mulares provenían de Poncitlán, Tlajomulco y Guachinango, lugares que en el siglo XVIII fueron superados por Lagos y Aguascalientes. Varios puntos jalisciense incrementaron la ganadería y las exportaciones a la Nueva España ese siglo, sin igualar la región costera, Autlán, Tepic y Acaponeta.

Fue tal el desarrollo ganadero de Guadalajara y su región que se formaron aún entre indígenas cofradías o hermandades para la cría y su venta. Asimismo, no había familia de hacendados que no fueran ganaderos.



La región neogallega durante la época colonial fue gran criadero de ganado mayor y menor.

Mapa 8. ZONAS Y ESPECIES GANADERAS EN EL SIGLO XVII.

Mineria y comercio eran dos aspectos inseparables de la economía, ya que en el siglo que venimos tratando se igualaba el metal con la riqueza de una nación. El oro y la plata eran, materialmente, el nervio de todas las operaciones de la economía.

La Nueva Galicia, a diferencia de Zacatecas, no fue una región de grandes recursos metalúrgicos y se vio que la suerte de las minas corrió pareja con los recursos del comercio. La primera mina descubierta en Jalisco, después de las de Compostela, fue Guachinango, cuya fama pronto desapareció, pues en 1546, se descubrieron las ricas vetas de Zacatecas. Su Caja Real que recaudaba el 20% de la producción fue independiente de Guadalajara.

Otros hallazgos jalisciense tuvieron poco resultado; como Etzatlán y Ameca, donde siempre escaseó el capital. En tales circunstancias era cuando intervenia el comerciante para refaccionar al minero, a cambio de recibir de él la plata en pasta o en barras. Eso permitió a Guadalajara, mediante sus comerciantes, que casi siempre también eran funcionarios y hacendados, aprovechar los pocos gajes de la mineria del Occidente. Sus mercaderes empleaban la plata para surtirse de artículos extranjeros, europeos, asiáticos y españoles en México. Mas, como casi no empleaban la moneda, no es de dudar que también acudieran al contrabando que se infiltraba por los minúsculos puertos del Pacífico, fomentado por piratas y corsarios anidados casi impunemente en radas y bahías.

Los principales comerciantes neogallegos contaban con arrias propias para mover sus artículos desde Navidad a Guadalajara, y desde ahí hasta Tepic y Culiacán. Otros enviaban sus agentes a México y a las ferias de Acapulco y Jalapa. La feria de San Juan de los Lagos fue el mejor punto de enlace entre comerciantes y mineros.

Una organización para el trabajo del indio y el mando del español

Como las regiones del Occidente de México no estaban pobladas con la abundancia del centro, los españoles pronto tuvieron que recurrir a asalariar mano de obra india. Se puede decir que, a la vuelta de un siglo, en Nueva Galicia ya no había encomienda. Los repartimientos del trabajo de los naturales en favor de los españoles se prolongaron más tiempo.

Los repartimientos se dirigían a auxiliar los trabajos de los españoles en minas, transporte de mercancías y bagajes, construcciones de templos, monasterios, puentes, etc., pero, principalmente, a las labores de riego y cosecha de las haciendas trigueras. En el siglo XVII, fueron las fincas de Zapotepec, Cuisillos, Los Cedros, San Isidro, Juanacatlán, Atequiza, Tolu-

quilla y Santa Ana Atistac, las más favorecidas que, por cierto, además de su relativa cercanía con Guadalajara, eran propiedad de las familias más linajudas de la época. Se sabe que entre 1670 y 1700, en el provecho de ellas y de otras, entre las que también estaban algunas personas eclesiásticas, se asignaron 3,990 indígenas. Estos recibían un salario, mas debían acudir a ese trabajo a varias leguas de camino de sus pueblos de origen. Cajititlán, Tlajomulco, San Sebastián, Mezcala y Tonalá fueron los más castigados por el sistema.

En el siglo XVIII se mantuvieron los repartimientos hasta el año de 1751. Hubo menos partidas, pero los indios que entraron a este modo de trabajo ascendieron a 12,699. Esto quiere decir que menos haciendas acaparaban más trabajadores. La más aprovechada fue la de los jesuitas de Toluquilla, seguida por las de Zapotepec, Mazatepec, Santa Cruz, San Nicolás, Los Cedros y Cuisillos.

De ese año en adelante, se intensificó el trabajo de los jornaleros. Muchas haciendas empezaron a retener en sus límites a peones residentes para los trabajos comunes. En los momentos de un mayor volumen de trabajo convocaban a operarios eventuales que llegaban de los alrededores. Así, la hacienda se convirtió en el medio más común y más eficiente para organizar el trabajo y la población campirana y en el canal más socorrido por el comercio que iba a desembocar a las ciudades, como Guadalajara.

Para estructurar la vida de los municipios en villas y ciudades, los españoles habían transplantado las costumbres políticas, un tanto democráticas, que se practicaban tradicionalmente en España. Mas el escaso rendimiento económico que dejaban esos cargos entre sus detentores y la tendencia de los reyes españoles a controlarlo todo, condujeron al hecho de que los puestos públicos o, como entonces se les llamaba, "los oficios y varas", se vendieran.

El año de 1591 fue el último que hubo elecciones populares para los cargos municipales, en adelante, los vecinos pudientes comprarían los puestos públicos, adquiriendo su derecho de por vida. Con ello decayó el interés por la comunidad y se agigantó la ambición particular.

En estas condiciones, no fue nada raro que las familias tapatías propietarias de tierras, ganados, tiendas y minas, alargaran sus manos sobre los cargos oficiales. Ya dueños de un puesto, colocaban a parientes y allegados en los puntos claves del gobierno y el comercio; así contaban con quienes aprobaran los precios de sus productos y artículos; con quienes surtieran, a precios convenidos, la carne de la ciudad; con quienes recaudaran las alcabalas; con quienes manejaran los víveres de la alhóndiga y las semillas del pósito. Por eso no tenían empacho en desembolsar 500 pesos

por ser regidores o alguaciles mayores; 2,200 por convertirse en receptores y hasta 2,700 por llegar a alféreces, ya que quien obtenía una *vara alta* aseguraba su vida y la de los suyos, con alarmantes daños para la justicia y la equidad social.

Un caso sonadísimo fue el del presidente de la Audiencia, Santiago de Vera, quien durante los primeros años del siglo XVII, convirtió su casa en un verdadero almacén y en sitio de reunión de una nube de zánganos y mantenidos. No hubo pariente que no apareciera entre funcionarios, recaudadores y abastecedores oficiales. Por las mismas anduvo el alcalde ordinario de Guadalajara, hacia 1606, Diego de Porres, extraordinario tratante en mulas y víveres. Otro traficante en ganados y semillas fue el presidente de la Audiencia en 1634, Damián Gentil de Párraga que, mediante su puesto y un estratégico matrimonio, encumbró tanto a su familia que un hijo de 16 años y estudiante en la ciudad de México, fungía como titular de cinco corregimientos o alcaldías, entre ellas las de Lagos.

Ante tales perspectivas, sería muy correcto decir que, al modo de la capital tapatía, los corregidores y alcaldes de poblaciones menores, mediante la imitación de ese *tráfico de influencia,* se robustecieron excesivamente.

Alcaldes y corregidores habían sido promovidos por el gobierno español para que satisfacieran sus exigencias centralizadoras. ambos eran los depositarios del poder y del mando. Intervenían en la administración; recogían los tributos; vigilaban los caminos y los transportes; cuidaban de la moral pública y hasta de la vida religiosa, mas no estaban del todo bien retribuidos.

Mientras los españoles pleitean, los indios se rebelan

Conocedores de esta situación, con pretexto de favorecerlos, los comerciantes del Consulado de la ciudad de México, los convirtieron, prácticamente, en sus agentes mercantiles, fomentando la usanza de los *repartimientos comerciales*. Alcaldes y corregidores recibían dinero y mercancías de parte de los mercaderes. Vendían de fiado a los indios o les hacían préstamos. Los indígenas quedaban por años endeudados, debiendo pagar con productos de su trabajo.

De esa manera, alcaldes y corregidores podían imponer a la población sometida la producción de aquellos artículos agrícolas, ganaderos o artesanales que les interesaban a los mercaderes. El sistema de los *repartimientos comerciales* colocaba en desventaja a los indios, pues además de los infalibles abusos de sus gobernantes, por lo elevado de los productos y objetos

llegados de fuera, debían entregar una mayor cantidad de sus mercancías para hacer frente a las deudas y poder intercambiar con los efectos de origen europeo y asiático que imponía el funcionario a su mercado cautivo.

En ocasiones, el sistema favoreció al desarrollo de las economías locales. En esa forma creció la producción de la grana en Autlán, mientras los mercaderes del consulado de la ciudad de México se interesaron en el tinte, pero cuando consideraron más ventajoso el negocio de la cochinilla de Oaxaca, no tuvieron reparos en sacrificar a los autecos.

De la misma forma, tales funcionarios fueron el enlace más importante entre criadores y exportadores de ganado a Nueva España.

Esta historia está entretejida en una serie de conflictos originados, a veces, por el choque de los intereses regionales y las exigencias centralistas de la ciudad de México y, en otras ocasiones, por los litigios entre las autoridades locales.

Desde los tiempos de Nuño de Guzmán, se notó un deseo de autonomía ante el poderío de Hernán Cortés y las ansias de control de los representantes del rey. Asimismo, con el traslado del obispado de Compostela a Guadalajara prendió la pugna con don Vasco de Quiroga que, como obispo de Michoacán, veía reducidos sus territorios. Poco después, en 1588, estuvo por estallar una guerra civil entre la Nueva Galicia y la Nueva España, por motivos de jurisdicción, pues contra las disposiciones que prohibían que los altos funcionarios civiles contrajeran matrimonio en sus regiones de mando con objeto de evitar los problemas de que hablábamos antes, el oidor Núñez de Villavicencio emparentó con una rica familia tapatía. El virrey Villamanrique pretendió deponerlo, mas como un acto de autonomía local, el vecindario dio su apoyo al oidor. Quinientos soldados del virrey se presentaron en las inmediaciones de Analco, por la garita de San Pedro. Estando a punto de estallar "la pequeña guerra de Guadalajara", se interpuso como pacificador el obispo Domingo de Arzola, evitando cruento zafarrancho. El virrey fue depuesto y los funcionarios tapatíos siguieron enlazándose con los grupos poderosos de Guadalajara.

En las contiendas locales, hacia 1613, se hicieron célebres los pleitos del presidente de la Audiencia, Alonso Pérez Marchán, con el obispo Juan del Valle, "a saber por qué", como todos decían. Igualmente, el obispo Garavito fue un incontenible litigante, disparador de penas y excomuniones, contra sus opositores civiles.

El último conflicto entre autoridades neogallegas y novohispanas se escenificó hacia 1756, con motivo de las pretensiones de funcionarios, mineros y comerciantes de México que ansiaban segregar la zona fronteriza

de Colotlán y Bolaños, rica en plata, de la jurisdicción política y judicial de la audiencia de Guadalajara.

Con toda razón, años atrás, para zanjar tantas dificultades y establecer un control más racional sobre el norte y el occidente, el tapatío Matías de la Mota Padilla, había sugerido la idea de crear un nuevo virreinato que, con Guadalajara como capital, controlara los reinos de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, dejando al de México la Nueva España y toda la vertiente del Golfo de México. No se llevó a efecto; pero fue el fiel exponente de las aspiraciones constantes de los neogallegos por ser autónomos, basados en la fuerza que poco a poco había ido acumulando Guadalajara.

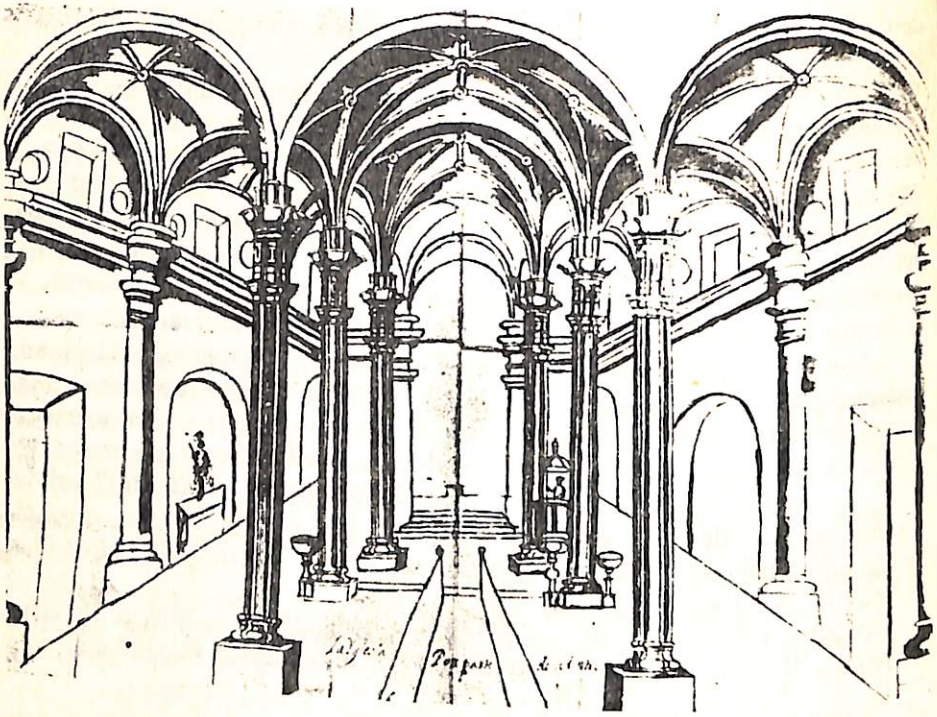
Por la otra parte, aunque la revuelta del Mixtón había sido dominada a sangre y hierro para escarmiento de los rebeldes, las insurrecciones indias nunca desaparecieron. Su protesta ante la opresión estaba en las armas. A mediados del siglo XVI se alzaron zacatecos, guachichiles y guamares. En 1575, los chichimecas; luego fue el turno de los huicholes. En 1607 volvieron los guachichiles. El siglo XVII cerró con la rebelión nayarita, invencible en sus intrincadas sierras. Solo fueron derrotados en 1722, al caer la inexpugnable Mesa del Nayar.

A estas rebeliones hay que añadir una treintena más que, originadas en Nueva Vizcaya, tambien conmovieron a la sociedad neogallega.

El mundo del obispo, los curas y los frailes

Junto con la autoridad del rey y sus representantes, las gentes de la época colonial también tenían gran reconocimiento y obediencia a la Iglesia. El poder real y el poder eclesiástico eran como dos espadas que fortalecían y dirigían la sociedad, aunque no era raro que los mandatarios civiles utilizaran el poder religioso para sus fines políticos. Tampoco era extraño que las dos espadas chocaran entre sí. Veamos cómo se desarrolló la Iglesia en la Nueva Galicia.

El obispo era la dignidad máxima en la diócesis de Guadalajara. Un cabildo o junta de gobierno lo auxiliaba en su mandato. Abajo de ellos estaban los curas que dirigían las parroquias. El centro oficial de la vida religiosa neogallega era la catedral de Guadalajara, mas su figura que consideramos tan representativa de nuestra capital, no siempre ha sido la misma. Entre 1548 y 1565 fue una "iglesia chica". Los siguientes nueve años hubo una segunda catedral, con tres naves, cimientos de piedra, muros de adobe, techo de zacate y teja. Tuvo una torre, pero todo fue devorado por un incendio en 1574. Se reparó y, como tercera catedral, se utilizó hasta que el 19 de febrero de 1618 se consagró el edificio de la actual. Para ello, se reali-



zó una solemne procesión de "la iglesia vieja" a la "catedral nueva", tercera y definitiva sede, al norte de la plaza de armas, mas sus torres no eran aún "alcatraces al revés".

Obispo, alto y bajo clero y templos y dependencias eclesiásticas se mantenían de los diezmos; esto es, de las contribuciones que de un 10% de la producción de sus bienes pagaban anualmente los creyentes. A eso habría que añadir limosnas y derechos por bautizos, casamientos y funerales.

El obispado de Guadalajara limitaba al oriente y al sur con el de Valladolid; al poniente, con el mar. Al norte solo tuvo límites en 1622, al desmembrársele el de Durango, pero aún mantuvo su jurisdicción sobre Zacatecas, Saltillo, Charcas, Coahuila, el Nuevo Reino de León, el de Extremadura y la Provincia de Texas. En 1707 también fue suya la "Isla de California". Solo en el último cuarto del siglo XVIII se le separaron otras dos porciones de su territorio eclesiástico para crear las diócesis de Linares y Sonora.

No queda duda que de las principales órdenes religiosas que cristianizaron y misionaron en la Nueva Galicia, la de los franciscanos fue la de mayor arraigo en terrenos que hoy son de Jalisco. Los primeros francisca-

nos que llegaron a nuestra tierra procedían y dependían de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán. Pero fue tal su ahínco y tal la inmensidad de pueblos indígenas que misionar, que en 1606 fundaron la Provincia de Santiago de Xalisco, con centro en el convento de Zapopan.

Desde ahí abarcaban hasta el Teúl, en Zacatecas; y hasta las Provincias de Culiacán y Sinaloa, donde comenzaban los establecimientos de los jesuitas. Templos y conventos franciscanos los encontramos, prácticamente, por todo Jalisco. Fueron los más populares.

Los jesuitas llegaron a Guadalajara en calidad de educadores de los hijos de los peninsulares y criollos. Primero tuvieron el Colegio de Santo Tomás. Solicitados por la sociedad tapatía necesitada de educadores, en 1696 ampliaron sus actividades al Colegio de San Juan Bautista. Siempre contaron con el aprecio y el apoyo económico de la ciudad; además de los ingresos procedentes de su productiva hacienda de Toluquilla.

Como misioneros, aunque su obra se difundió por regiones de Nayarit, Sinaloa, Sonora y Baja California, cabe recordar que Guadalajara fue, en realidad, el centro de su difusión, abastecimiento y cooperación. Infatigables misioneros y audaces expedicionarios jesuitas tuvieron que ver con el Colegio de Guadalajara. Juan María Salvatierra, antes de acompañante de Eusebio Kino, descubridor y cartógrafo de la península de California, fue superior en el colegio de Santo Tomás.

En 1767, el rey Carlos III, receloso de todo grupo que pudiera, aunque de lejos, oponerse a su ilustrado despotismo, decretó la expulsión de los jesuitas. Miles de indios perdieron a sus padres. La sociedad perdió a sus educadores y maestros. Todos se vieron privados de sus enseñanzas que en materia de gobierno y de política señalaban hacia una mayor participación del pueblo. En Guadalajara, o mejor dicho, en Toluquilla, hicieron escala aquellos jesuitas expulsos de Sinaloa, Sonora y California que no habían fallecido en la pesada travesía. Luego siguieron por Tula y Teotihuacán a Tepeyac. De ahí a Veracruz, para ser embarcados a Italia. Allá se distinguieron como científicos, literatos e historiadores, entre otros muchos, el tapatío Andrés Cavo y Francisco Javier Clavijero, veracruzano, y un tiempo catedrático en Guadalajara.

El vacío dejado por los jesuitas en las misiones de Sonora y Baja California, en poca parte, fue llenado por franciscanos y dominicos; si bien los franciscanos, bajo la dirección de Junípero Serra, quien recurrió mucho a los servicios y embarcaciones de San Blas,en la Alta California, repitieron las glorias de los jesuitas.

Y el mundillo de los laicos, sus fiestas y devociones

La vida entera, desde el nacimiento y la muerte, y todo el día, desde el despertar hasta el irse a dormir, transcurría bajo el signo de la religión. Nadie podía vivir en aquella sociedad más que como católico, aunque para muchos no fuera otra cosa que ser asiduos a las festividades y festejos solemnes de los templos. Las procesiones de cruces e imágenes eran todo un espectáculo concurrido por las autoridades religiosas, civiles, judiciales y militares. Se echaban a vuelo las campanas. Ondeaban pendones y estandartes. La gente cantaba y rezaba.

En villas y pueblos las fiestas se vivían con meses de anticipación y preparación colectiva. A veces, eran los barrios que se encargaban de tal o cual parte o momento de las festividades; otras, eran los gremios de los artesanos o personas escogidas. No había lugar que no celebrara el día de Corpus, la Navidad, la Semana Santa, la Asunción, la Purísima, el Señor Santiago, el Arcángel San Miguel. Además, cada lugar tenía una devoción particular o varias devociones alegremente esparcidas a lo largo del año. Si no tenían muchas que celebrar, estaban muy atentos a las de las poblaciones cercanas o distantes, seguros que allá no solo encontrarían imágenes que venerar, sino también artículos que mercar y diversiones que presenciar.

En Zapopan atraía los devotos la Generala Pacificadora; en Talpa, la Virgen de la Defensa o del Rosario; en San Juan de los Lagos, la Sanjuanera; en Tamazula, la del Sagrario. Los sangrantes cristos bajo el nombre de "Señores", recibían a lo largo del novenario de sus fiestas, oleadas de peregrinos compungidos y dolientes: el Señor de los Milagros de la Magdalena; el del Dulce Nombre de Amacueca; el de la Misericordia, de Etzatlán; el de la Salud, de Zacoalco; el del Perdón, de Tuxpan; el Señor de Amula, de San Gabriel; el Señor del Agua, de la catedral de Guadalajara, etcétera.

La capital tapatía no se quedaba atrás. Sus mayores recursos volvían suntuosas sus celebraciones. Las fiestas del Corpus derivaban de la procesión a los bailes, toros y comedias. El Paseo del Pendón, realizado el 29 de septiembre para conmemorar a San Miguel por la victoria contra los indios en Tlacotán, entre otras alegrías, deleitaba a los tapatíos con corridas de lanzas y ejercicios de brida. Fue singular la celebración en 1630 del nacimiento del príncipe primogénito don Baltazar Carlos. La Audiencia en pleno asistió los dos días a los toros. Se prepararon un carro triunfal, luminarias, juegos pirotécnicos "y otras cosas necesarias". El Ayuntamiento era espléndido en los gastos. Pagaba hasta un maestro de danza para el realce de algunas festividades.

Con tan claros ejemplos de la capital, las demás poblaciones también hacían derroche de sus fondos. Las representaciones de los Santos Reyes de Cajititlán eran costosísimas. A las fiestas del Señor San José de Zapotlán el Grande, hubo de ponerles limitaciones por lo dispendiosos que resultaban sus convites, banquetes y toros. Pero, en general, la gente amaba, "necesitaba" la fiesta. Los pueblos parecían revivir con ellas. Además colocadas muchas de ellas en los momentos claves del ciclo agrícola y comercial, las fiestas patronales reactivaban la economía, dejando de paso limosnas y donativos en favor de los santuarios visitados.

Si cada fiesta patronal desarrollaba en torno de las devociones religiosas modestas ferias locales, las de Talpa y de San Juan de los Lagos fueron extraordinarias. Ambas tuvieron en sus orígenes la devoción a sendas imágenes marianas que, por deterioradas, habían sido arrumbadas. En ambos casos son indígenas quien, según la tradición popular, rehabilitaban las imágenes hacedoras de milagros. La de Talpa resplandecía como sol y en su rededor no se consumían velas y cirios ardientes. La de San Juan revivió a la hija de un saltimbanqui.

Poco necesitaba la fantasía de aquella gente para agrandar su fe religiosa en busca de esperanza y consuelo en sus pesares. La noticia y la fama de más milagros llegaban a todas partes; y de todas partes acudían los peregrinos. Pronto fueron millares, pero también pronto llegaron los comerciantes: primero, con víveres y artículos de primera urgencia; luego, desarrollando una verdadera feria. La de Talpa, al comienzo de la primavera; la de San Juan, al final del año agrícola. Talpa controló y fomentó las actividades agrícolas, artesanales y comerciales entre Purificación, Tomatlán, Mascota y Guachinango; San Juan de los Lagos canalizó la economía del centro del virreinato hacia el norte, en especial a Saltillo. Talpa se surtía de San Blas, a través de Tepic y Ahuacatlán; San Juan, de México, Jalapa y Tampico. La primera iglesia de Talpa se levantó entre 1649 y 1651; la primera de San Juan, entre 1648 y 1653. Los finales del siglo XVIII y los principios del XIX corresponden a su desarrollo como ferias de largos alcances.

Sin todo el carácter de feria regional, pero sí como centro de cristianización de los indígenas, tuvo lugar primordial en el alma jalisciense la Virgen de Zapopan. La leyenda la presenta como Capitana Pacificadora en las guerras contra los indios; en cambio, el pueblo de indios que era Zapopan, se convirtió en la sede del santuario más célebre en todo el Occidente.

Todo concurre a formar el alma y la cultura neogallega

Leales súbditos del rey de España, fieles creyentes en la Iglesia, amantes de su terruño, sensibles a los intereses locales, recelosos del centralismo de la corte virreinal, orgullosos de sus logros en una región poco favorecida por los metales preciosos, pacificadores y colonizadores de extensiones inmensas, los neogallegos, durante el siglo XVIII, aparecían como uno de los grupos más caracterizados de los dominios españoles, en una región bien definida.

Consideremos ahora las manifestaciones y formas culturales que tuvo la sociedad neogallega, raíz y principio de la jalisciense. Y, aunque parezca superfluo, habrá que recalcar que no todo fue por la acción del sector "español". Mucho, muchísimo, realizó el indio, el mestizo y el mulato. Hoy debemos imaginar el árbol verdidorado de nuestro escudo, alimentado por las savias étnicas y culturales de cuantos hombres y mujeres vivieron, trabajaron, gozaron y penaron en la remota Nueva Galicia.

Hay que aceptar que la práctica religiosa de nuestros antepasados no se reducía a festejos, peregrinaciones y romerías. Un sentido religioso más o menos consciente, pero siempre sincero, los acompañaba en toda la jornada. Casi todas las familias diariamente acudían a misa y al rosario. En las casas se rezaba a la hora de la mesa y antes de dormir. No faltaban cuadros de santos. Los pocos libros que había, eran casi siempre de asunto religioso o devocional. Velas benditas hacían menos temibles los momentos de tormentas y rayos, mientras los corazones azorados invocaban a San Cristóbal, San Clemente o Santa Bárbara. Para asegurarse buenas y tranquilas lluvias, acompañaban a la Virgen de Zapopan por todos los barrios de Guadalajara. La petición de cualquier "milagro" se avalaba con "mandas". Pueblos, villas y ciudades pasaban con toda austeridad la cuaresma. Los días de la Semana Santa semejaban de luto general. Creían intensamente en un premio o castigo eternos. Veneraban tanto a los muertos que no era raro que alguien refiriera apariciones de ánimas que volvían a saldar cuentas pendientes. No había mayor desgracia que morir sin auxilios espirituales. Creían tanto que la discrepancia religiosa más insignificante les sonaba a herejía.

Respetaban a sus obispos como a pastores. Acudían a los agustinos aquellos que ansiaban mayor espiritualidad. Elogiaban a los dominicos por sus sabios y elocuentes sermones. Alababan a los juaninos y betlemitas por su dedicación a los enfermos. A las monjas, por renunciar a los placeres y comodidades de la vida. La caridad de los franciscanos no tenía fin; así como la ciencia de sus jesuitas.

Los gremios de los artesanos tenían un santo protector. Le erigían altares y preparaban fiestas. Muchos entraban a la Tercera Orden Franciscana; otros pertenecían a la hermandad del Santo Entierro, efectuando lúgubres procesiones el viernes santo. Se estilaba fundar confradías con fines religiosos y caritativos.

Pasaron a la posteridad los nombres de los obispos Alcalde y Cabañas por sus obras de beneficencia. El primero organizó cocinas populares para hacer frente a los estragos del *año del hambre*. Asimismo, construyó el hospital de Belén, con el fin también de dar trabajo a los desocupados y levantó viviendas para pobres. El segundo fomentó la artesanía local del hilado y el tejido, abrió y refaccionó talleres. Legó para siglos el Hospicio, hogar y escuela de desafortunados.

La familia era la primera escuela de la vida. Remarcaba los valores y las enseñanzas religiosas. Formaba en la franqueza, la sinceridad, la hospitalidad y el ánimo expansivo; pero hacía mucho hincapié en las conveniencias sociales. El gran historiador Luis Pérez Verdía apunta que se hacía pasar una actitud reservada, como discreción; y hasta el aislamiento, como dignidad; refiriéndose, sin duda, a la clase de los pudientes.

Para éstos eran las escasas escuelas; por lo general en manos de eclesiásticos, sacristanes y monjas. En ellas se estudiaba el silabario, el catecismo, la aritmética más elemental; se llenaban planas enteras de escritura. Se hacían lecturas del escritor romano Marco Porcio Catón, por su contenido moralizante. En las escuelas de niñas todo se reducía a enseñanzas de la vida doméstica y quehaceres de costura. Se temía que si aprendían a leer y escribir pudieran mandarse recados con los novios, comprometiendo la decisión que ya tenían sus padres de casarlas con quien calculaban.

Aunque hubo varias escuelas para varones, no existía otra diferencia, a no ser que en algunas se les ejercitaba a servir y cantar en la iglesia, para dar más lucimiento a las ceremonias frecuentadas por todo mundo. Quien ansiaba estudiar más o entraba a la carrera eclesiástica o, si los recursos familiares alcanzaban, debía trasladarse a la Real y Pontificia Universidad de México, con la seguridad que por allá se quedaría a ejercer su profesión. Así, los mejores cerebros se escapaban del terruño.

El español luce en las letras, el indio, en las artes

A pesar de las grandes limitaciones que tuvo en la Nueva Galicia la difusión de los conocimientos, se recuerdan muy distinguidos cultivadores de las letras.

Ante todo, el obispo tapatío, nacido en la ciudad de México, Alonso de la Mota y Escobar, quien tras una visita a cuanto punto le fue posible llegar de su vastísima diócesis, nos legó una *Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León.* En ella se muestra muy atento a los problemas sociales y económicos. Pocos años después, Domingo Lázaro de Arregui, vecino de Tepic, compuso para el Consejo de Indias de Madrid, una *Descripción de la Nueva Galicia.* La hizo reseñando cada una de las alcaldías y corregimientos. Sus observaciones apuntan hacia la flora, la fauna, las gentes, los poblados y el clima. A mediados de ese mismo siglo XVII, un doctísimo franciscano nacido en Compostela, Antonio Tello, terminó la *Crónica miscelánea en que se trata de la Conquista Espiritual y Temporal de la Sancta Provincia de Xalisco, en el Reino de Galicia y Nueva Vizcaya.* Por décadas trabajó en ella hasta formar seis libros. Usó fuentes españolas e indias. Muestra gran amor por esta tierra como por la obra de los frailes. A veces es imaginativo, dando cabida a versiones y tradiciones fantasiosas. Hacia 1722, fray Nicolás Ornelas, originario de Jalostotitlán, la puso al día.

Pero, sin duda, el primer y verdadero historiador neogallego fue Matías de la Mota Padilla. Nació en Guadalajara y estudió en la Universidad de México. Fue sacerdote, así como abogado en la Audiencia de Guadalajara y en la de México. En su obra, *Historia de la conquista del reino de Nueva Galicia,* amplía sus enfoques, pues tras la historia de su pasado, llega a analizar los tiempos que le tocaron vivir; esto es, por 1742, cuando escribe. Descubre los recursos y las halagüeñas posibilidades de Nueva Galicia, como base y motor de todo el desarrollo hacia el noroeste. Denuncia el injusto y ambicioso centralismo de comerciantes y funcionarios de la ciudad de México. Pinta una Nueva Galicia bien definida y pujante, capaz de encabezar otro posible virreinato.

También tapatío fue el jesuita Andrés Cavo. Trabajaba entre los coras de Nayarit cuando se produjo la expulsión de los jesuitas. Su manuscrito, *Historia civil y política de México,* fue editado después de su muerte, bajo el título *Los tres siglos de Mexico bajo el gobierno español.* Aunque se refiere a la ciudad de México, contiene tales ideas políticas que lo acreditan con un hondo nacionalismo. Es un precursor intelectual de la independencia.

La Provincia de Xalisco no produjo los enormes excedentes de plata que en otros lugares como Taxco, Guanajuato, Zacatecas, permitieron que los mineros pagaran el trabajo de artistas consumados. Esto no fue solo desventaja para nuestra región; también explica algunos de los motivos que

CRONICA MISCELANEA DE LA SANCTA PROVINCIA DE XALISCO POR FRAY ANTONIO TELLO

LIBRO SEGUNDO
VOLUMEN II

GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
INAH
IJAH

nos permiten afirmar que el arte en esta región fue más local; menos parecido al del centro.

En un principio, templos y conventos tuvieron murales al fresco. En San Francisco los pintó un indio, don Rafael; en catedral, Juan de Ibáñez. En el siglo XVII se acostumbró más la pintura al óleo. Un José Aguilar componía sus cuadros con candidez y primitivismo. En el siglo XVIII se recurrió más a retratar obispos, monjas, funcionarios. En México se hizo notable José de Ibarra. Allá frecuentó los mejores talleres y jamás regresó a su tierra natal, Guadalajara. Sus figuras destacan bajo la luz maravillosa

de nuestro cielo, con preferencia por el azul y el rojo. Otros pintores también ensayaron su arte en Nueva Galicia, aplicando, a veces, lo que habían aprendido fuera, o imitando obras de grandes maestros nacionales y extranjeros, llegadas a Guadalajara, como las de Miguel Cabrera, Cristóbal de Villalpando, Lucas Giordano, Zurbarán y hasta de Murillo.

En arquitectura, sin la menor duda, es en donde podemos descubrir las mejores manifestaciones del sentido artístico del indio neogallego. Realizando estilos europeos, plasmaba en la cantera su interpretación y gusto. Lo mejor de Guadalajara, como fue San Francisco y Santa Mónica, sirvió de ejemplo en los contornos. La planta de tres naves de la catedral fue reproducida en Zalatitán, Analco, Tetlán, San Andrés, Cajititlán, etcétera.

La cantera suave del valle de Atemajac, con sus tonos suaves y sus huecos, suplió la ausencia de los revestimientos con estuco y azulejos. Sus edificaciones con piedra desnuda son francas y macizas, como el carácter de sus pobladores. Nuestro estilo barroco podrá ser más primitivo; pero también es más alegre y sencillo. Sus marcos y cenefas parecen unos grabados de libros; como la ventana del coro de San Andrés y la del Hospitalito de Santa Anita.

Entre el diseñador y el cantero indio incorporaron a la arquitectura jalisciense flores y plantas; animales y angelitos burlones con la sonrisa y pillería de nuestros niños. Más de un recuerdo prehispánico se volvió piedra en figuras exóticas, como las gárgolas de Tonalá o la hierática escultura del arcaizante San Cristóbal del nicho en la esquina de Santa Mónica.

La piedra también sirvió para adoctrinar a los fieles. En esto no se pueden olvidar las imágenes y símbolos de la pasión y muerte de Cristo que llenan los arcos de la iglesita del Evangelista en Cajititlán.

El templo que trabajaba el indio era la casa de todos. Ahí sus diferencias con el "español" eran menos marcadas. Ahí su trabajo reclamaba su reconocimiento de artista.

En el siglo XVIII aumentaron la gente y los bienes

El siglo XVIII fue una centuria de entusiasmo y optimismo. Filósofos y pensadores europeos afirmaban que la humanidad había llegado a la madurez. Sus escritos recetaban contra creencia, razón; contra superstición, ciencia; contra tiranía, democracia; contra opresión, libertad; contra oscurantismo, ilustración. En Francia los cambios fueron tan profundos que, en 1789, estalló la Revolución. En España, esos remedios revolucionarios se redujeron a la fórmula *contra monarquía absoluta, despotismo ilustrado.* Los encargados de aplicarla fueron los reyes borbones de origen francés

que, despuntando ese siglo, habían eliminado a la tradicional dinastía española de los Habsburgo. Más que radical, su política fue de solas reformas. Así lo definía su lema: "Todo para el pueblo, pero sin intervención del pueblo".

Aplicadas sus reformas a las colonias americanas, se produjo un éxito relativo; pero como no estaban destinadas a resolver radicalmente los problemas fundamentales, pronto fueron insuficientes. A la larga, prepararon el estallido de nuestra revolución de Independencia.

En la gráfica adjunta se puede apreciar el movimiento de la población neogallega de 1548 a 1804. Las cifras no se refieren a Zacatecas, pero sí a Nayarit y a todo el actual estado de Jalisco. Ante todo, se nota una caída casi vertical hasta 1650. En adelante, empieza la recuperación humana. El alza ya es marcada hacia 1720 y 1730. Las décadas de 1760 a 1790 son las de mayor crecimiento. Antes de la Independencia, como se verá, ya se había superado el medio millón de habitantes.

La tercera parte de la población era de indígenas. El resto estaba constituido por "españoles" —peninsulares y criollos— y por las "castas" —mestizos, mulatos y negros—. Hacia 1742 había un ser humano por cada uno de los 175,250 Km.^{2} del Reino de Nueva Galicia. A principios del siglo XIX, la proporción subió a tres personas por kilómetro cuadrado. Para esta época había 164,420 "españoles"; 179,720 miembros de las "castas" y 172,676 indígenas. Este fue el grupo que más se multiplicó, tras las terribles epidemias que los diezmaron y las crueles guerras que los destruyeron. Otras causas de su aumento demográfico se pueden encontrar en los apoyos que recibieron las comunidades indígenas; apoyos que se tradujeron en más alimentos y más artículos artesanales que vender. La práctica bastante generalizada de su trabajo asalariado en las haciendas, en parte, también concurrió en su auxilio.

Pero es necesario aclarar que estas explicaciones de su crecimiento no quieren decir que el indígena viviera en un paraíso, pues la gruesa de los beneficios de las reformas borbónicas redundaron más bien en provecho del grupo dominante: peninsulares y criollos.

Toda la economía de España y sus colonias se hallaba varada por un sistema anticuado de prohibiciones, limitaciones y monopolios. Más que los reyes, quienes efectivamente aprovechaban la situación eran los comerciantes de México y Cádiz, así como los contrabandistas ingleses, franceses y holandeses, pues ante las trabas y el encarecimiento de los artículos españoles, la gente acudía a las mercancías más baratas y más abundantes de los extranjeros.

El rey Carlos III decidió estructurar un comercio más libre, mediante

empresas y flotas de particulares y con más puertos. Antes, la flota mercante del rey era la única que tenía acceso a Cádiz y Veracruz, en el Océano Atlántico, y a Manila y Acapulco, en el Pacífico.

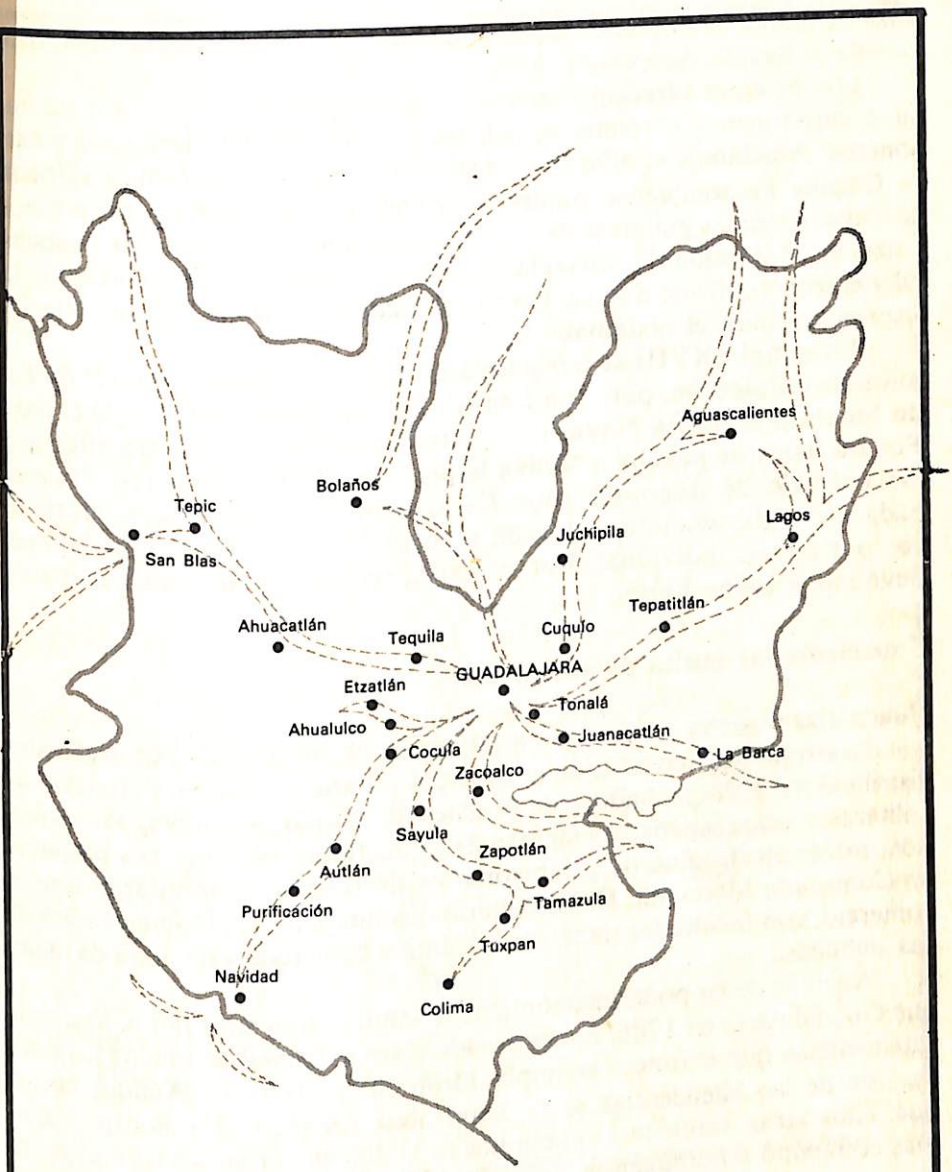
De 1768 data el puerto de San Blas. Se creó para el comercio en el Pacífico y para abastecer a colonos y misioneros de las Californias. También serviría para proteger de los piratas al famoso y codiciado galeón de Manila, en su "vuelta del Poniente", cargado de exóticas y valiosas mercaderías asiáticas. También, desde San Blas, se hicieron a la mar varias expediciones con el fin de desalojar a rusos e ingleses de las bahías y golfos de Alaska y Canadá, que España tenía como propios.

Entre San Blas y Guadalajara, vía Tepic, se organizó un importantísimo corredor comercial. Maderas, herrajes, lonas, calabrotes, carnes, cereales, aguardiente, mezcal, telas, lanas, etc., a través de los comerciantes de Guadalajara, eran encaminados al puerto. De la misma manera, un gran número de colonos, artesanos, comerciantes, funcionarios, clérigos y aventureros se desplazaron a San Blas. Así se revitalizó y amplió el radio de influencia comercial de los tapatíos.

Lo mismo sucedió con el desarrollo minero de Bolaños. Este nuevo centro metalúrgico, en pocos años dejó atrás al Real de Mezquital, Ameca, Sayula, Etzatlán, San Sebastián, Hostotipaquillo y a muchos lugares zacatecanos de tradición minera. Entre 1747 y 1770, fueron notables sus minas de *La Castellana, La Perla, Zapopan, La Montañesa, La Concepción* y otras más en el Real de Bolaños. Fueron los años de trabajo y dedicación del minero Antonio Vivanco, 1771-1786, los que produjeron el apogeo bolañés. Ello nos explica por qué la Audiencia de Guadalajara siempre sostuvo y mantuvo su jurisdicción sobre tan ricos yacimientos argentíferos, frente a las pretensiones de la Audiencia y los mineros y comerciantes de la ciudad de México.

También los artículos agropecuarios colaboraron a la multiplicación de las riquezas, pues además de surtir de víveres a villas y ciudades, proveyeron la materia prima de florecientes artesanías. La producción artesanal formó pequeñas regiones económicas en torno de alguna villa, aunque, por lo general, todas concurrían al mercado tapatío.

Fue ejemplar la artesanía de hilados y tejidos de algodón, lana y pita de maguey. Analco mandaba paños; Tetitlán, pabellones; Sayula, Atoyac, Tizapán y La Barca, mantas y sayales. El algodón se labraba en Ahualulco, Etzatlán y Cuquío. Huejúcar elaboraba lonas para los velámenes de San Blas. En regiones ganaderas prosperaban la curtiduría y la talabartería. Zacoalco, Sayula, Cocula, Etzatlán y Ahualulco producían zapatos, botas,



El establecimiento del Mercantil Consulado de Guadalajara potenció la economía regional y la proyectó al exterior.

Mapa 10. CENTROS ARTESANALES Y CORRIENTES COMERCIALES EN EL SIGLO XVIII

sillas de montar y arneses. Donde abundaban los cerdos, como Tepatitlán, Cocula y Sayula, se sacaba jabón.

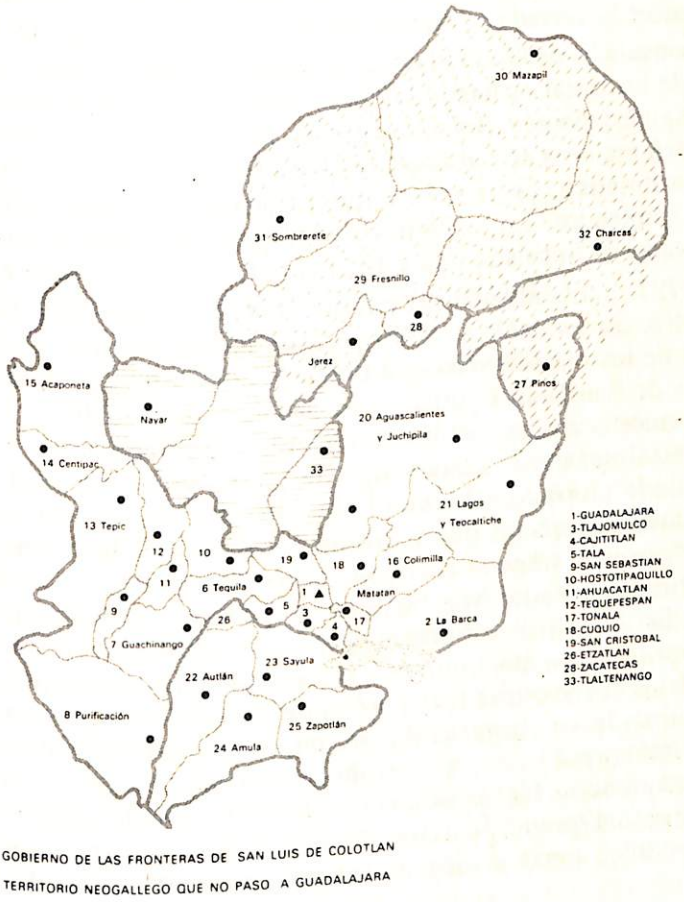
Los bosques ofrecían variadas maderas para los armadores de buques, carretoneros, carpinteros, tallistas y ebanistas; para leñadores y carboneros. Añadamos la alfarería artística de Tonalá; la cerámica vidriada de Cuquío: los sombreros, petates y capotes de tules y palma, los cedazos de Cuyacapan; las guitarras de Contla y San Andrés; el piloncillo, panocha y azúcar de Zapotlán, Tamazula y Tuxpan; el mezcal y el aguardiente; la sal y el tequesquite de Sayula, Cocula y Tizapanito; la cal de Zapotiltic, indispensable para el nixtamal.

En el siglo XVIII se construyeron buenos puentes; como el de Tololotlán y Calderón, para ir a Los Altos y Zacatecas; se arregló el paso de Mochitiltic, hacia Nayarit. El camino real de Colima era eficiente. Por La Barca se pasaba a Nueva España. En 1794 se inauguró el servicio ordinario de diligencias entre Guadalajara y México. Salían el 16 de cada mes y duraban doce días en el recorrido, con un costo de 200 pesos por pasaje individual. Por su parte, recueros y arrieros llegaban y llevaban a todas partes.

Y crecieron las ansias de autonomía

Guadalajara estaba repitiendo en su región el mismo papel centralizador que desarrolla México en todo el virreinato. Para robustecer su función de distribuidora y despachadora de órdenes de mando; de empleados civiles, militares y eclesiásticos; de mercancías y metales preciosos, sus propietarios, mercaderes, mineros y funcionarios de renombre, acordaron fundar un Consulado Mercantil. Hoy lo podríamos imaginar como una cámara de comercio, con facultades también de tribunal comercial y de junta de mejoras públicas.

Además de su poder económico, se sentían apoyados por el hecho de que Guadalajara, en 1786, había pasado a ser la capital de una de las doce Intendencias que entonces se implantaron en el virreinato. Aunque con el reajuste de las Intendencias se le desmembró Zacatecas y Colotlán y aunque, años atrás, también lo había hecho Culiacán, su nuevo territorio era más compacto y homogéneo. Se integraba por Aguascalientes con Juchipila, y por Jalisco y Nayarit. Desde entonces también se le incorporaron los Pueblos de Avalos. Los intendentes gozaban de más poderes administrativos, militares y económicos y llevaban una política más centralizada y uniforme que alcaldes y corregidores. Estos fueron substituidos por los subdelegados que, a pesar de que debían intervenir en negocios, todo lo controla-



Al crearse la Intendencia de Guadalajara, se perdieron grandes extensiones: pero se incorporaron los Pueblos de Avalos, al sur.

MAPA 9. LA INTENDENCIA DE GUADALAJARA SEGUN LA ORDENANZA DE 1786.

ban mejor. En 1793, la Intendencia de Guadalajara tenía 26 subdelegaciones o partidos. El mismo rey designaba a los intendentes de entre los mejores militares y los más eficientes administradores. Intendentes hubo que se identificaron plenamente con los intereses de su región. Entre éstos, cabe recordar a Jacobo Ugarte y Loyola, quien promovió y llevó a efecto la aspiración tapatía de contar con un Consulado Mercantil. Ello fue en 1795, tras de vencer la cerrada oposición del virrey y los comerciantes de México.

El Consulado de Guadalajara, mediante sus delegaciones, extendió los negocios de los tapatíos hasta Saltillo, Fresnillo, Zacatecas, Durango, Chihuahua, Aguascalientes, Bolaños, Sayula, Rosario, Papasquiaro y Sombrerete. Realizó mejoras en caminos, puentes, calzadas y calles, fundó una escuela de aritmética, geometría y dibujo; disciplinas muy útiles para sus agentes y empleados. En cambio, no mostró mayor interés por la agricultura y la ganadería. Subsistió hasta 1824, ya entrada la época independiente.

En 1792, había abierto sus puertas la Real y Literaria Universidad de Guadalajara. Su necesidad se sintió desde mucho tiempo atrás, pues con excepción de los eclesiásticos que podían seguir estudios superiores en los seminarios de San Juan Bautista o de San José, los tapatíos, en su ciudad, no tenían acceso a una cultura más elevada. También en el caso de esta casa de estudios, se tuvo que vencer la oposición de catedráticos y académicos de la ciudad de México, para su creación. Si bien la Universidad de Guadalajara no daba cabida a indios ni a mestizos, sus enseñanzas ofrecieron nuevos enfoques sobre los valores y problemas de la vida pública y privada. Muchos próceres de la Independencia, de rumbos muy distintos y distantes, hicieron sus estudios en ella. Además de subsidios oficiales y particulares, operaba con un sistema de becas donadas por villas y ciudades; pero, por desgracia, ante la poca evolución cultural de sus lugares de origen, los estudiantes graduados casi nunca se reincorporaban a su terruño, siendo absorbidos por las ciudades.

En línea con la Universidad, se procedió al establecimiento de la primera imprenta tapatía. Mariano Valdés Téllez, su primer impresor, en 1793, reprodujo, como edición inaugural, un elogio fúnebre del obispo Alcalde.

Por desproporción en las oportunidades de este resplandor neogallego, en el Siglo de las Luces, muy poco podemos referirnos a los indios y "castas". Su historia está hecha de tierras robadas por hacendados; de salarios cada vez más insuficientes; de desocupación, vagabundeo y criminalidad; de ignorancia, superstición, tiranía y opresión. Son la sombra del cuadro. Cuando protesten y se hagan oír, su grito será el eco del Grito de Dolores.

BIBLIOGRAFIA

Los libros y artículos de revistas que vienen a continuación te ayudarán a ampliar tus conocimientos sobre el pasado y el presente de Jalisco:

UNIDAD I. *Tierra y Hombre: la vida de Jalisco*

ALVAREZ, JOSE ROGELIO, Jalisco. *Nueve Ensayos*, Guadalajara, Ediciones Tlacuilo, 1964.

DIAZ, SEVERO, *Geografía general y física del estado de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1946.

ESPIN, JAIME y PATRICIA DE LEONARDO, *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco*, México, CISINAH, 1978.

GUTIERREZ LOPEZ GREGORIO, *El mundo de los huicholes*, México, Costa-Amic, Editor, 1968.

GUTIERREZ VAZQUEZ, MARIA TERESA, *Geografía física del estado de Jalisco*, México, UNAM, 1963.

PEÑA, GUILLERMO DE LA, "Evolución agrícola y poder regional en el Sur de Jalisco", en *Revista Jalisco* (1), 1980.

RIVIERE D'ARC, HELENE, *Guadalajara y su región*, México, Sep/Setentas (106), 1973

UNIDAD II. *Nuestro maravilloso y original mundo indígena*

CORONA NUÑEZ, JOSE, *La tumba de El Arenal; Etzatlán, Jalisco*, México, INAH, 1955.

KIRCHHOFF, PAUL, "La cultura del Occidente de México a través de su arte", en *Arte Precolombino del Occidente de México*, México, SEP, 1946.

Piña Chan, Roman, *Una visión del México preshipánico,* México, UNAM, 1967.

Ramirez Flores, Jose, *Lenguas indígenas de Jalisco,* Guadalajara, Secretaría General del Gobierno de Jalisco, 1980.

Sauer, Carl. *Colima de la Nueva España en el siglo XVI,* México, Colección: Peña Colorada, 1976.

Schondube, Otto, "El territorio cultural de Occidente" y "La evolución cultural en el Occidente de México: Jalisco, Colima y Nayarit", en *Lecturas históricas sobre Jalisco antes de la Independencia,* Guadalajara, Centro Regional de Occidente, INAH, 1976. 2ª Edición UNED, 1981.

Solorzano, Federico, "La prehistoria de Jalisco", en *Lecturas históricas sobre Jalisco Antes de la Independencia.*

Villaseñor, Luis Enrique, ed., *Memorias y descripciones de la Nueva Galicia,* Guadalajara, Ediciones Colegio Internacional, 1976.

UNIDAD III *La vida neogallega bajo el dominio español*

Arregui, Domingo Lazaro de, *Descripción de la Nueva Galicia,* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1946.

Castañeda, Carmen, "Seminarios y colegios de la Guadalajara colonial", en *Lecturas históricas sobre Jalisco antes de la Independencia.*

Cornejo Franco, Jose, *Guadalajara,* Guadalajara, 1945.

Chavez Hayhoe, Arturo, *Guadalajara de ayer* y *Guadalajara de antaño.* Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, 1965 y 1960.

Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México,* México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

Davila Garibi, J. Ignacio, *Apuntes para la historia de la Iglesia en Guadalajara,* México, Editorial Cultura, 1963.

Iguiniz, Juan Bautista, *Guadalajara a través de los tiempos,* Guadalajara, 2 vols., 1950-51.

Lancaster Jones, Ricardo, *Haciendas de Jalisco y aledaños,* Guadalajara, Financiera Aceptaciones, 1974.

Lopez Portillo y Weber, Jose, *La conquista de la Nueva Galicia* y *La rebelión de la Nueva Galicia,* México, Colección: Peña Colorada, 1975.

Menendez Valdez, Jose, *Noticias varias de Nueva Galicia, Intendencia de Guadalajara,* Guadalajara, Edición de "El Estado de Jalisco", 1878.

Mota Padilla, Matias de la, *Historia del Reino de Nueva Galicia en la América Septentrional, 1742,* Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1973.

Mota y Escobar, Alonso de la, *Descripción geográfica de los reinos de*

Nueva Galicia y Nueva Vizcaya y Nuevo León, 1605, Guadalajara, Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, 1965.

MURIA, JOSE MARIA, *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco*, México, INAH, 1976.

RAMIREZ FLORES, JOSE, *El Real Consulado de Guadalajara*, Guadalajara, Banco Refaccionario de Jalisco, 1952.

SERRERA CONTRERAS, RAMON MA., *Guadalajara ganadera, 1760-1805*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1977.

VILLASEÑOR BORDES, RUBEN, *El Mercantil Consulado de Guadalajara*, Guadalajara, 1970.

UNIDAD IV. *En busca de la integración nacional*

AGRAZ GARCIA DE ALBA, GABRIEL, *Jalisco y sus hombres*, Guadalajara, 1958.

ALDANA, MARIO A., *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1978.

BARCENA, MARIANO, *Descripción de Guadalajara en 1880*, Guadalajara, 1954.

CAMBRE, MANUEL, *La Guerra de Tres Años en Jalisco*, Guadalajara, Gobierno del Estado, 1949.

CAÑEDO, MANUEL CALIXTO, *Los trabajos en el campo y la vida en las haciendas de Jalisco a fines del siglo XIX y principios del actual*, México, 1945.

DEGOLLADO GUIZAR, JESUS, *Memorias de..., último general en jefe del ejército cristero*, México, Editorial Jus, 1957.

DIAZ, JOSE Y ROMAN RODRIGUEZ, *El movimiento cristero. Sociedad y conflicto en Los Altos de Jalisco*, México, CISINAH, 1979.

DORANTES, ALMA, *El segundo imperio en Jalisco*, México, INAH, 1980.

GIBBON, EDUARDO A., *Guadalajara, la Florencia mexicana*, Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, 1967.

GONZALEZ, FABIAN, "Sociedad y política en el estado de Jalisco durante la revolución mexicana", en *Controversia* (1), 1977.

GONZALEZ, LUIS, "La situación de Jalisco en vísperas de la Reforma", en *La Reforma en Jalisco y El Bajío*, Guadalajara, Librería Font, 1959.

MORENO OCHOA, J. ANGEL, *Semblanzas revolucionarias*, Guadalajara, 2 vols., 1959 y 1965.

MURIA, JOSE MARIA, *El federalismo en Jalisco, 1823*, México, INAH, 1973.

Jalisco, Esta Tierra
se terminó de imprimir
en los talleres de la Unidad Editorial
del Gobierno de Jalisco
el día 15 de febrero de 1982.
El tiraje fue de 3000 ejemplares
en papel cultural de 44.5 Kgs.
Tipografía: Jorge Durán
Corrección: Ma. Magdalena Heredia
Diseño: Jesús H. Guillén - Alejandro Servín

COLECCION HISTORIA

SERIE DOCUMENTOS E INVESTIGACION

- Lenguas Indígenas de Jalisco. José Ramírez Flores.
- El Gobierno Insurgente en Guadalajara, 1810-1811. José Ramírez Flores.
- Lecturas Históricas de Jalisco después de la Independencia. Varios Autores. Dos Tomos.
- Los Gobernantes de la Nueva Galicia. Datos y Documentos para sus Biografías. Juan B. Iguíniz.
- Cedulario Novogalaico. Juan López.

En preparación

- Ameca, Protofundación Mexicana. Jesús Amaya Topete.
- Lecturas Históricas de Jalisco antes de la Independencia. Varios Autores.